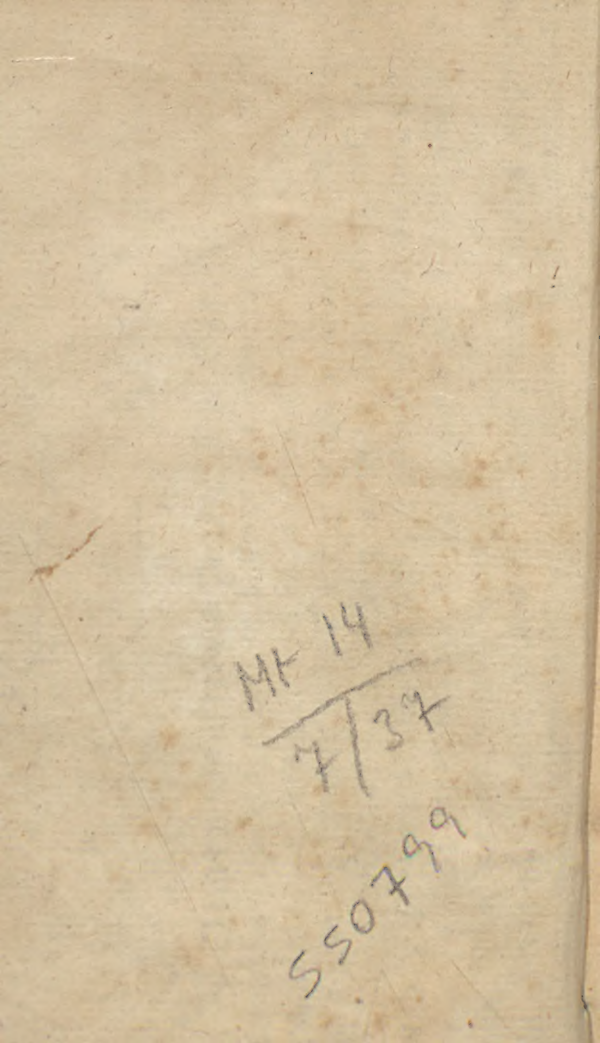







Mf 14
7/37
550799

LAS TARDES DE LA GRANJA, Ó LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO SEPTIMO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.

¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE SEPTIMO

TOMO.

LAS TARDES DE LA GRANJA.

TARDE XLIV.

LA AVARICIA.

Continuacion de la historia de Emiliano.

Restablecida estaba ya en casa de Palemon la tranquilidad, y Benito muy seguro de no perturbarla. Si la presencia de Mr. Roland

al principio le habia asustado, ya no le pesaba su venida, pues quedaban destruidas todas sus inquietudes. Ya se consideraba tan querido como sus hermanos, y habia resuelto procurar con todo esfuerzo conservar la ternura de su padre, de la qual interiormente conocia que habia abusado sin causa alguna. Así es que se manifestaba mas dulce con Leon y Julio, mas complaciente con Adela, y mas galante con Enriqueta: de modo que casi podia decirse que era mas amable que sus hermanos; y Palemon veia con la mas viva satisfaccion la enmienda de este mucha-

cho, y que ya no necesitaba de apelar á los golpes, los ayunos y mortificaciones. Sabia muy bien que la privacion de la compañía de un padre querido, es un castigo demasiado fuerte para unos hijos sensibles; en una palabra: le salia maravillosamente su sistema de educacion práctica, y esto era lo que mas lisonjeaba y satisfacia sus deseos.

Hacia un tiempo muy apacible; y la naturaleza encantadora, con la diversidad de quadros que presentaba, parecia que recompensaba de sus largos trabajos á sus hijos, y les prometia una abundan-

te cosecha en la inmensidad de espigas que moviéndose blandamente, formaban agradables undulaciones en las vecinas heredades. La frondosidad de los árboles, la verdura de las plantas, las vistosas y aromáticas flores, y los cantos variados de las aves, todo convidaba á disfrutar la frescura de la mañana y las delicias del paseo. Propuso Armando que llevase cada uno un pedazo de pan y fuesen á coger avellanas en el bosquecillo. Todos aceptáron, y al instante partiéron entre sí un pan reciente y floreado. Armando se encargó de la racion de Enriqueta, Julio llevó la

de Adela; y Benito y Leon, enlazando sus brazos, siguiéron á sus hermanos conversando agradablemente. Ya estaban nuestros seis amigos en el bosque, ocupados en verificar su idea. Enriqueta y Adela recibian en sus delantales las avellanas que les echaban Armando y Julio desde los árboles; y Benito y Leon se ocupaban en limpiar estos dones de la naturaleza. El golpe de vista era graciosísimo: una rama se rompe, otra se encorva, y á lo mejor Julio se descuida y cae en el herboso suelo sin hacerse daño, y excitando la risa de sus hermanos.

Quando ya se habia recogido

suficiente provision, los dos obsequiantes descendiéron de los árboles; pero uno de ellos tenia que hacer un regalo á su querida. En efecto Julio habia cogido un nido y se le presentó á Adela. No queria Armando ser ménos en punto á galantería, porque habia oido exclamar á Enriqueta: ¡qué cosa tan bonita! yo quisiera tener otro. Subió pues el apasionado muchacho á un álamo blanco, tuvo la dicha de hallar otro nido, y baxó muy satisfecho á ofrecérsele á Enriqueta. De este accidente nació entre ellos una multitud de reflexîones sobre la ternura maternal, que aun

á los animalitos obliga á cuidar de sus hijuelos. ¡Pobrecitos! ¡exclamó Enriqueta! ¡todavia son muy pequeños! ¡cómo abren sus piquitos! sin duda llaman á su madre, y es una crueldad privarles de su socorro! ¡quando vuelva su cariñosa madre!.. mirad: apuesto á que es la que está revoloteando allá arriba: ¿no veis como da vueltas al rededor del tronco, donde habia depositado su tesoro? ¡Dios mio! ¡parece que se queja allá á su modo ¡qué duros son los hombres? ¿qué nos ha hecho esta pobre madre para privarla de su familia? ¿son por ventura nues-

tros sus hijitos? no; son de su madre; el ayre es su residencia, y nadie tiene derecho para despojarlos de la libertad que les concedió la ley del órden de la naturaleza: miradla, miradla, no cesa; ¡me causa notable pena el verla tan afligida! No seamos crueles: Armando, ten la bondad de volver á colocar el nido donde estaba. — Sí, sí, Julio haz otro tanto con mi nido, dixo Adela, yo pienso del mismo modo que mi amiga, y padezco infinito viendo el tormento de la afligida madre, y la necesidad que tienen sus polluelos.

Sonriéronse Armando y Julio

de la mucha sensibilidad de sus queridas; pero viendo que insistian, no hubo arbitrio para dexar de complacerlas. Tomáron pues los nidos, subiéron á los árboles y los pusiéron en el mismo sitio que ocupaban anteriormente; baxáron á toda prisa, y todos los muchachos viéron con infinita satisfaccion varios páxaros (padres y madres sin duda) dirigirse rápidamente á los nidos, y que en ellos dexaban algunos granitos que traían en sus picos. ¡Qué contenta estoy, dixo Adela, de la reunion de estos animalitos! ¡ó! ¡sin duda era muy grande su pesar! acaso tan grande como el que noso-

tros experimentariamos, si en nuestra infancia nos arrebatasen nuestros padres. —Como sucedió á Emiliano, añadió Julio, quando se vió separado de su madre. — Ahora que se habla de Emiliano, dixo Adela, debia venir á visitarnos, pues papá nos lo ha asegurado. — No dexará de venir, repuso Benito: pues le manifestamos demasiado cariño, para que se olvide de referirnos los felices sucesos que le han proporcionado el hallazgo de su familia. — ¿Quién es ese Emiliano? preguntó Enriqueta.—¿Qué? ¿no le conoces? la respondió Benito... pero no; que tú no esta-

bas aquí quando Brígida vino con él; pero vaya, sentémonos, y Leon te contará su historia.

Hiciéron un círculo los muchachos, en cuyo centro se sentó Leon, y contó á la bella Enriqueta la historia de la niñez de Emiliano: historia que Julio, Benito y Adela sazonaban á cada instante exclamando: ¡sí! en efecto, ¡qué buena muger! ¡qué niño! ¡qué caritativo! ¡pero Brígida que desinteresada! &c.

Quedó Enriqueta sumamente conmovida, y dixo: se ve claramente que Emiliano es fruto de algun matrimonio de inclinacion. Ar-

mando, con mucha finura, la preguntó: ¿y solo estos casamientos son desgraciados? —— Yo creo que lo son todos los que se contraen contra la voluntad de nuestros superiores. — Pero qüando un padre, un tio ó un tutor aprueba la union de dos corazones que se aman, ¿hay algun estado mas dichoso? — No lo hay, respondió Julio, exhálando un profundo suspiro al que Adela correspondió con otro. ¿Qué es esto? dixo Benito: aquí todo el mundo suspira. — ¿No ves, dixo Leon, que todo el mundo se ama? yo penetro mas que tú: Armando quiere á Enriqueta, y hace muy

bien, porque lo merece, y creo que no es insensible á este cariño: Julio ama á nuestra Adela, á quien no le es indiferente: vé aquí el principio de todos estos ardientísimos suspiros. Como encarnadas rosas se pusiéron las mexillas de las muchachas, y Adela dixo á Leon, ¿estás en lo que dices? ¿qué hablas tú de amor ni querer?.. — Vaya, vaya, prosiguió Leon: bien sé yo lo que digo: aquí no nos vengais con disimulos: confesad los quatro que os amais, y que seriais felices si algun dia se verificase vuestra union con aprobacion de papá.

Miró Enriqueta timidamente á Armando, el qual dixo: yo lo confieso: yo tambien, añadió Julio.— Díxoles Leon lo mucho que debian agradecerle el haberles ahorrado el trabajo de una penosa declaracion; que jamas tendrian con que pagarle este beneficio; y que no creia se malograsen sentimientos tan honrados. Sobre esto hubo mil zumbas entre los muchachos, que almorzáron alegremente, y volviéron muy contentos á la granja, en la que, no hallando á su padre, se entregáron á sus diarias ocupaciones. Dos horas, poco mas ó ménos, ántes de comer, oyéron el

ruido de un coche que paró á su puerta. Baxáron de él un caballero, una dama de alguna edad, una jóven grociosísima, una anciana, y un muchacho que al instante conociéron los nuestros, y gritáron á una voz: ¡Emiliano! ¡Emiliano! Al instante se abrazan todos recíprocamente, entretanto que Palemon se ocupa en recibir y saludar cariñosamente al caballero y su compañera. Vé aquí mis padres, dixo Emiliano, señalando á estos últimos. — Sí, añadió Brígida; sus padres son; el cielo ha dispuesto que los hallase.

Despues de los cumplimientos

de estilo se retiráron á comer; ¡qué comida tan alegre para nuestros muchachos! no se cansaban de hacer mil preguntas á Emiliano en órden á sus aventuras, el qual les prometió satisfacer su curiosidad por la tarde: ¡pero qué lento corre el tiempo segun la impaciencia de nuestros jóvenes! En fin, despues de haber visitado la granja y las heredades del anciano Palemon, quando ya el sol empezaba á declinar, se juntáron todos en el terrazo, donde se trató de continuar la historia del jóven Emiliano: su madre fué la que se encargó de este empeño, refiriendo

sus propios sucesos en esta forma.

Antes de especificar los raros sucesos ocurridos durante el curso de mi vida, debo deciros alguna cosa de las aventuras de mi padre, para que conozcais las causas que determináron á un tio, el mas avaro y perverso, para perseguirme á mí, á mi esposo y á mi hijo. Mi padre, que se llamaba Dubourg, era comerciante: tenia un hermano mayor, tambien dedicado al comercio, en el qual se habia arruinado varias veces, por sus falsas especulaciones. En muchas ocasiones le habia ayudado mi padre con su crédito y caudal;

pero este hermano, sin principios y sin conducta, acababa de perderse incurriendo en una fraudulenta quiebra. Mi padre, cansado de disminuir el caudal que me pertenecia como hija única, pues mi madre ya habia muerto, por favorecer á un hombre tan disipado, y viendo por otra parte que qualesquiera sacrificios no serian bastantes para reanimar el crédito de su hermano, tomó el partido de negarle todos los auxîlios, y al mismo tiempo hacer de modo que nadie censurase el que no socorriese á su hermano. Para este efecto echó la voz de que una quiebra,

aun mas fuerte que la de su hermano, le precipitaba en el abismo de la miseria. Hizo tan bien su papel, que lo creyéron todos y mi tio el primero, el qual aun esperaba auxîlios de su hermano, y se veia ya sin la menor esperanza. Pero mi padre, que no tenia deudas, y por consiguiente á nadie hacia perjuicio, vendió secretamente sus bienes raices, y todo quanto poseia, reduciéndolo á dinero, que encerró en un cofre de hierro. Tenia la intencion de expatriarse, por no vivir en un país en que le avergonzaban las infamias de su hermano. Proponiase

pues llevarme á un país extrangero, y allí entregarse de nuevo al comercio, y cuidar de mi educacion y de mi fortuna.

Ya habia despedido sus criados; y las maletas estaban esparcidas por el quarto, y en una de ellas habia puesto su cofrecillo de hierro lleno de oro: pero ántes de partir envió á llamar á su cajero, llamado Leclerc, á quien habia colmado de regalos, y era toda su confianza. Estando pues los dos solos, mi padre le dixo: pues nos hemos criado juntos desde nuestros primeros años, y siempre has correspondido fielmente a tus obli-

gaciones, nada debo reservarte; por tanto no quiero que, como todos, creas que estoy totalmente arruinado: no, amigo mio; veo que estás muy afectado del dolor que te inspira la creencia de mi ruina, y debo consolarte. Sabe pues que poseo mas de doscientas mil libras en oro: guarda en tu corazon este secreto, y despídete de mí sin sentimiento. En qualquiera parte que determine establecerme te escribiré, y mantendré contigo miéntras viva la justa correspondencia debida á tu cariño y á tu providad.

El anciano Leclerc, gozosísi-

mo de que su amigo no era tan desdichado como él se lo imaginába, registró el cofrecillo: contó alegremente la cantidad que contenia; abrazó á mi padre; le prometió el secreto, y se despidió de él deseándole un próspero viage.

Iba ya mi padre á partir: el coche le esperaba quando... ¡ó primera desdicha que despues produjo tantas!.. Era mi padre muy grueso y sanguineo, y al ir á salir de casa le dió tan furioso accidente que cayó repentinamente sin sentido, y murió de allí á pocos minutos. Tenia yo entóces quatro años, y tengo este doloroso caso tan

presente como si acabára de suceder. Yo llenaba la casa de descompasados gritos, miéntras que unos vecinos oficiosos (pues no teniamos ya criado alguno), informados del suceso, se apresuráron á darle parte de lo ocurrido á mi tio. Llega Mr. Dubourg muy sofocado; se arroja sobre el helado cuerpo de su hermano, y hace quantos extremos de dolor puede sugerir el amor fraternal: ¡qué desgracia! decia, ¡qué degracia para esta pobre criatura! ¡perder su padre en tan tierna edad! ¿qué será de ella? ¡ó Dios! ¡yo me veo arruinado y tambien lo estaba su padre! yo no pue-

do encargarme de ella ; no es posible... ¿cómo la he de educar? ¡Aun si le hubiera quedado algo á su padre! pero todo lo vendió para pagar á sus acreedores. Estas maletas... ¿qué ha de haber en ellas? algunas ropas suyas y de su hija... ¿pero por qué á este hombre le habia ocurrido el expatriarse? Sin duda que el dolor de verse precisado á abandonar su país le ha causado la muerte: ¡Dios mio! ¡Dios mio! Buenas gentes (*á los vecinos*), hacedme el favor de recoger esta pobre niña, miéntras yo exâmino si han quedado algunos papeles útiles ú otra cosa... En fin,

es preciso registrarlo todo. No se cómo ha sido... Yo sabia los asuntos de mi hermano como los mios... parecia imposible... al cabo yo soy el único pariente que le queda á Carolina: llevadla, llevadla por Dios, miéntras yo registro todo.

Uno de los vecinos me llevó á su casa, y miéntras procuraba consolarme, mi tio se encerró en el quarto donde todavia estaba tendido el cadáver. Yo no sé si mi tio, ó porque no daba entero crédito á la quiebra fingida de mi padre, ó por un simple motivo de curiosidad, quiso registrar las maletas. Sea lo que fuere, él que-

dó atónito al hallar un cofrecillo tan pesado que apénas podia levantarlo. Buscó cuidadosamente la llave, y la halló juntamente con otras en uno de los bolsillos de la casaca del difunto. Abrió... ¡qué sorpresa tan agradable! ¡qué alegría seria la suya al ver tanto oro, muchas letras de cambio, y varias ricas alhajas! El malvado cierra el cofre, lo oculta en un sitio muy retirado, llama á los vecinos, y les dice. ¡Venid á ver que rica herencia! ¿no lo habia yo dicho? unos miserables vestidos: á esto se reduce todo; ni hay con que pagar el entierro: ¡cómo!



Todo dulce sentimiento,
Que naturaleza inspira,
Del corazon se retira
De un miserable avariento:
En vano el remordimiento
Le recuerda su vileza:
Nada labra en su dureza,
Pues confunde la malicia
De la voz de la codicia
La de la naturaleza.

Sed testigos todos de tan opulento patrimonio, mirad esta maleta... esta otra... Yo no puedo encargarme de la niña: será preciso llevarla á alguna casa de caridad. — ¡Santo Dios! exclamáron los vecinos, ¡llevar á una casa de caridad á una criatura tan hermosa! no por cierto: nosotros nos encargarémos de ella aunque sea contribuyendo cada qual con alguna cosa. — ¡Me enamora semejante rasgo, que declara la bondad de vuestros corazones! ¡no permita el cielo que yo me muestre ménos generoso que vosotros con una sobrina mia! y así aunque nada de-

ra de limosna. Despues hizo traer á su quarto las maletas; pero por sí mismo traxo de noche el precioso cofre. Dos dias despues me puso en casa de unas pobres mugeres, donde estuve hasta la edad de diez años, trabajando en labores ordinarias, vestida con la mayor humildad, y sin comer lo que fuese suficiente á satisfacer mi apetito, ó por mejor decir, mi hambre.

Mr. Dubourg, enriquecido, como desde luego se conoce, con las doscientas mil libras que le habia valido mi herencia, procuró no ostentar conveniencias en lós pri-

meros años. Obtúvo tiempo de sus acreedores para pagarles poco á poco, y lo hizo: renovó su comercio, y corregido por sus anteriores desgracias, se hizo avaro tanto como habia sido pródigo. Tenia yo diez años, quando mi tio, que ya rayaba en los sesenta, arregló todos sus negocios, y se retiró del comercio. Habia comprado una casa muy buena en París, donde vivia retirado conmigo y una ama de gobierno. Yo apénas habia conocido á mi padre; y firmemente creia que habia muerto en la mayor pobreza: mi tio me confirmaba en esta opinion, y continua-

mente me decia, que, si no es por él, yo habria experimentado los crueles extremos de la indigencia, y por consiguiente que le debia el mas profundo reconocimiento: yo lo creia, y á pesar de su dureza, altivez y consumada avaricia, la gratitud me le hacia respetar como á un tierno padre. Así viví con él seis años, ocupándome en el cuidado de la casa: se habia cargado de humores, resulta de la mala conducta de su juventud, y de algunas enfermedades, por lo que no eran sufribles sus impertinencias; de modo que yo no disfrutaba la menor diversion: casi

no salia de casa, y quando salia yo le acompañaba; y por la noche ó le leia algunos libros serios, ó jugaba con él á los cientos. Añadid á estas mortificaciones la continua presencia de una vieja ridícula, de maldito genio y muy envidiosa, y conocereis que género de vida tuve hasta la edad de diez y seis años, edad del amor y de la razon, en la qual comienzan mis particulares y personales sucesos: prestadme toda vuestra atencion.

Mi tio siempre habia sido amigo de un cierto Conde de Armance, á quien, en otro tiempo,

habia prestado algun dinero que jamas logró recobrar. Era este hombre de quarenta años, poco mas ó ménos; viudo, pero con familia; gastaba mucha ostentacion, y se preciaba de tener grande influjó en la corte. Mr. Dubourg atendia escrupulosamente á mantener la amistad con este caballero: no sabia el motivo; solamente sabia que delante de él se manifestaba muy humilde y sumiso; y el Conde, que de quando en quando venia á visitarle, tenia un objeto que mi tio estaba muy léjos de sospechar: me habia visto; yo le gustaba y habia formado á cerca de mí criminosos

designios. Tenia el Conde un Secretario jóven, tan amable como aborrecible su amo. Llamábase Leclerc; era gallardo, bien parecido, y estaba dotado de quantas prendas y bellas qualidades adornan á un hombre: en una palabra, era un Secretario muy necesario para un sugeto como el Conde que era ignorantísimo. Muchas veces venia Leclerc á traernos cartas ó algunos simples regalos de parte del Conde, y siempre que se presentaba, con sus miradas y suspiros me daba á entender que habia sabido conquistar su corazon: yo me complacia de ello,

y con el mismo lenguage mudo le aseguraba que no me era indiferente. Así nos entendiamos sin habernos comunicado jamas el estado de nuestros corazones. El Conde, que le queria mucho, le traia varias veces á nuestra casa, y yo, con el objeto de ver con mas freqüencia á Leclerc, suplicaba al Conde que nos favoreciese mas á menudo con su presencia. Interpretaba éste en su favor mis demostraciones; pero Leclerc conocia su verdadero espíritu, y sabia qual era el punto céntrico de todos mis deseos; y así, en quanto podia, empeñaba á su amo á

que concurriese á casa de Mr. Dubourg. Todo se hallaba en esta disposicion, quando un dia el Conde, hallándome sola, se atrevió á declararme su amor, cosa que me sorprehendió mucho, y aun me inspiró grandes cuidados. Sabia yo que este hombre podia disponer libremente de su mano; conocia el carácter ambicioso del avaro Dubourg, y temia que me sacrificase á la grandeza y opulencia. Señor, respondí al Conde delante de Leclerc, que no podia disimular su agitacion, mucho honor me haceis sin duda aspirando á mi mano; pero conozco que

sois muy delicado, y por tanto no querreis alcanzar mi mano sin obtener mi corazon. Si este corazon no consultase mas que la elevacion y la fortuna, os hubiera preferido, pero, por desgracia, solo atiende á la voz del ámor, y no tiene libertad para disponer de sí mismo. — ¡No tiene libertad! exclamáron á un tiempo el Conde y Leclerc. — No, señor Conde: yo amo á un jóven lleno de mérito, y me lisongeo que secretamente corresponde á mi afecto. Yo lo veo; está... en esta casa, y nunca nos hemos declarado nuestra recíproca pasion; y os protesto á entram-

bos ; que él será mi esposo , ó acabaré mis tristes dias en un cláustro.

Demasiado atrevimiento era para una persona de mi edad , hacer semejante declaracion á un amante en presencia de su rival; pero éste era tan orgulloso , y á mas de esto , tenia tanta confianza en su Secretario , que no sospechó que éste pudiera ser objeto de mi amor. Leclerc , por mucho que procuré reprimir mis ojos , adivinó el sentido de mis palabras , y faltó muy poco para que le descubriesen los ímpetus de su regocijo interior. El Conde , despues de haber reflexionado un poco , me

dixo así: señorita, ¡vé aquí un amor bien inexperado! ¿nunca se lo habeis participado á vuestro tio, ó alguno de vuestros amigos? — Nunca. — ¿Y ese jóven se halla en esta casa? — Sí por cierto. — Á la verdad que no alcanzo... ¿y tiene padre? — No; pero tiene un superior molestísimo que le violenta en gran manera. — Siendo así, si tiene facultades, si está establecido decentemente es preciso que sea esposo vuestro. — Eso es lo que yo deseo. — Mucho temo, señorita, que todo eso sea pura invencion para retraerme de mi pretension; pero yo lo sabré: partici-

paré á vuestro tio esos sentimientos, y veremos. — Muy bien, veremos.

Picado estaba el Conde y yo tambien: Leclerc temblaba, y ninguno de los actores de esta escena se hallaba satisfecho. Al instante conocí la imprudencia que me habian hecho cometer, el despecho y el odio que profesaba á este caballero. Fué á verse con mi tio; y le pintó mi oculta pasion con tan ridículos rasgos, que Mr. Dubourg asegurándole que en la casa, que él solo ocupaba, no habia jóven ni persona alguna sobre la que pudieran recaer mis expresiones, le

ofreció que me reprenderia, y me obligaria á que correspondiese á sus deseos. Comiéron aquel dia con nosotros el Conde y Leclerc. Mr. Dubourg no me dixo nada: á la tarde hubo un poco de música, y Leclerc, á instancias mias, cantó al piano los siguiente versos, cuyo sentido penetré al instante.

No seas imprudente;
calla corazon mio:
¿qué mas de Fili quieres?
no ves en sus benignos,
en sus graciosos ojos,
que envidia el amor mismo,
que premia tus cuidados
pagando tu cariño?

En sus labios de rosa
¿no ves aquel hechizo
de la sonrisa tierna,
con que de tus suspiros
al eco corresponde?
¿pues qué mas decidido
y manifiesto quieres
ver tu feliz destino?
y pues que en el silencio
jamas cupo el peligro,
no seas imprudente;
calla corazon mio.

Al otro dia mi tio se presentó en mi quarto, y me dió una terrible reprehension, amenazándome con su total abandono, si al momento no le decia, ¿quién era el se-

ductor que, segun él decia, habia extraviado de las sendas del honor mi juventud? ¿quién es, añadió, el jóven que vive en mi casa? — Yo no he dicho que vivia en esta casa; solamente he dado á entender que venia muchas veces á ella. — ¿Pero quién es?.. yo no veo... á no ser que sea... pero no... — Señor, no os canseis en saber una cosa que yo debo ocultar: mi amante no tiene bienes, ni yo tampoco. — Bien sé yo que tú no los tienes; ¿sabes que tu padre estaba arruinado quando yo te recogí? ¿sabes que no tengo con que dotarte, y que el señor Conde, no

solo no exîge nada de mí si te casas con él, sino que aun quiere pagarme todo lo que me has costado desde tu infancia? —— El señor Conde os promete todo eso del mismo modo que os promete todos los dias volveros el dinero que le habeis prestado. — Que me lo vuelva ó no, á tí no te importa nada, ni es de tu incumbencia sino de la mia el atender á estas cosas. —— Y ese hombre ¿quiére casarse conmigo? — ¿Quién lo duda? mañana mismo puedes casarte si te conformas con mi voluntad. Es verdad que se hará en secreto porque la clase, las conexîones y la grande reputacion

que el Conde tiene en la corte, no le permiten hacer publicamente un casamiento tan desigual. — ¿Tan desigual? la expresion no es nada lisonjera. —— ¡Bravo! ¡me gusta el orgullo! Sabed, señorita, que un matrimonio tan ventajoso no le pudiera esperar una huérfana pobre y desdichada como vos. —— ¿Ciertamente admiro la elevacion de vuestra alma y la extension de vuestro amor propio! ¿cómo? quando no fuera por otro motivo, por vuestro mismo honor ¿consentiriais que la hija de un hermano vuestro fuese sacrificada, y establecida furtivamente en el mundo

como si alguien tuviese que objetarla algun crímen vergonzoso? — ¿Y á qué vienen tan necias reflexîones? Hija mia, en el mundo no hay mas que tener que dinero; yo no puedo dártele, con que es preciso que te cases con quien le tiene. Pero no por esto te parezca que se me ha olvidado el jóven de quien te he preguntado; y al instante quiero saber su nombre. — Pues yo nunca le diré. — ¿No? pues bien, yo le sabré, porque desde hoy mismo despediré á todos los que de un tiempo á esta parte vienen á cantar ó dibujar contigo; y el primero ha de ser tú

maestro de música, porque estoy mas sospechoso de él que de todos los demas, y he notado que siempre se presenta vestido con la mayor elegancia, y luego con su piano, sus areas, canciones y miradas á medio morir, es capaz de volver loca á qualquiera mozuela. — Sea muy enhorabuena, cerrad la casa á todo el mundo. — Ya se ve que lo haré; sino es el Conde y su Secretario nadie ha de entrar en mi casa. A mas de eso, buen cuidado tendré yo de averiguar si recibes villetitos y respondes á ellos. Entretanto yo te mando que mires al señor Conde de

Armance como que ha de ser tu esposo; ¿lo entiendes Carolina? y si no lo haces así podras ir á buscar quien te mantenga, y te cuide como yo lo he hecho hasta aquí.

Despues de estas inútiles refleхîones, Mr. Dubourg me volvió la espalda; y no pude ménos de echarme á reir al pensar que solamente exceptuaba de esta proscripcion á el único que podia merecerla. Aquella misma noche despidió mi tio á mi maestro de música, y succesivamente á todos sus amigos: de modo que viviamos mucho mas solitarios que hasta entón-

ces. Era del partido de mi tio su envidiosa ama de gobierno, la qual tenia órden para interceptar quantas cartas me escribieran, y entregárselas juntamente con las que yo le diera para echarlas en el correo. Algunos dias despues Leclerc vino á verme; éste tenia franca entrada, y me habria incomodado que no la tuviera. Delante de mi tio, y de parte del Conde me traxo una gran vandeja llena de mil adornos mugeriles, y juntamente un ramillete. Desde luego quise rehusarlo todo; pero me resolví á admitir el ramillete, por las muchas ponderaciones que Leclerc hacia de

una tuberosa que estaba enmedio. Alabó tambien mucho al Conde, y ponderó el gran deseo que este señor manifestaba de conmover mi corazon, añadiendo: señorita, un hombre que os adora, suspira en secreto, se alimenta de su misma pasion, y pone toda su felicidad en alcanzar vuestra mano algun dia.

Conocí lo que queria decirme, y le respondí: ese hombre debe tener perseverancia y valor, pues tal vez llegará el dia de que pueda superar todos los obstáculos que se oponen á sus deseos. Quedó mi tio contentísimo de mi respuesta, mi-

rándola como el primer paso hácia un casamiento que tanto deseaba y me trató con ménos aspereza. Quando me hallé sola, registré el ramillete que Leclerc me habia dado, no dudando que en él venia encubierta alguna carta, y no me engañé, pues entre las flores venia un villete que me causó la mas viva emocion. Leclerc me decia en él que me amaba, y era feliz solo con saber que yo le correspondia; pero que su estado y fortuna venidera dependian de su proptector, por lo que se veia precisado á lisonjear su manía, para ganar su confianza, y propor-

cionar los medios de nuestra union. Finalmente decia que me conocia desde la infancia, y que tenia que comunicarme un gran secreto, para lo qual deseaba que yo le proporcionase alguna ocasion para hablarme á solas.

Deseosa de satisfacerle en esta parte, fingí mas docilidad y complacencia con mi tio, y aun me mostré sensible á las atenciones del Conde que continuamente venia á importunarme; y dixe á mi tio que si el tal señor se sujetaba á ciertas condiciones que queria imponerle, no seria imposible que le diese mi mano; pero

que nadie sino el Conde debia saber estas condiciones, ó quando mas su Secretario, aunque éste me parecia aun mas inconseqüente y frívolo que su protector, pero que sin embargo, si mi tio lo exîgia, venceria mi repugnancia y me declararia con el Secretario, á fin de que éste informase á su amo de mis ideas. Mr. Dubourg quedó un gran rato pensativo, y luego me dixo que se conformaba con mi parecer; y habiendo venido aquella noche Leclerc á traerme una carta de su amo, supliqué á mi tio me permitiese hablarle á solas. Retiróse Mr. Dubourg y por la

vez primera me hallé sola con el dueño de mi corazon. Bien conocereis que aprovechariamos el tiempo en hablar desde luego de nuestros amores. Despues le pedí que me revelase el secreto de que me habia hablado en su villete, y lo hizo en estos términos.

Os dixe, Carolina, que os conozco desde vuestra infancia, y voy á probároslo. De quatro años quedasteis huérfana: no es extraño que no fixeis demasiado la atencion en mi apellido; pero ¿nunca habeis oido hablar de un caxero de vuestro padre llamado Leclerc, y que vivió con él quince

años en el tiempo de su mas floreciente comercio? — No. — Yo lo creo: buen cuidado habrán tenido de no recordaros semejante hombre, el qual fué mi padre y al mismo tiempo el amigo mas íntimo del vuestro. ¡De mi pobre padre! ¡ay! ¡y tan pobre, que murió en la mayor indigencia! — Eso es lo que os han supuesto, y lo que es totalmente falso. — ¿Como? — Atended; pero prometedme guardar el mas profundo secreto sobre las extrañas cosas que voy á revelaros. Yo le prometí fidelidad, y continuó así.

Vuestro padre vino un dia á

participar al mio, afectando el mayor dolor, la fingida quiebra que le arruinaba. Desconsolado mi padre de tan repentino golpe, no teniendo ni aun lo muy preciso para subsistir y educarme, se vió en la precision de buscar otro recurso, y despedirse de casa de vuestro padre. Erais entónces muy niña, y no podreis hacer memoria de la escena que voy á recordaros, aunque la hubieseis presenciado. La víspera del viage prevenido por vuestro padre fué el mio á despedirse de él, y no pudo ménos de llorar amargamente al considerar el triste estado de

su amigo. No llores, le dixo en secreto vuestro padre; mi ruina es fingida; y solo he querido que corriera la fama de ella, para libertarme de las obligaciones en que me pone mi hermano, que nunca se enmienda, y así mas vale que él padezca solo, que no el que los dos nos arruinemos. Ademas de eso, no me conviene permanecer en este país donde las infamias de mi hermano trascienden hasta mí, y en parte me impiden disfrutar el buen concepto que merezco. No amigo mio, no he experimentado pérdidas: lo que he hecho ha sido reducir mis bie-

nes á dinero, y me llevo su importe. ¿Ves ese cofrecito metido en esa maleta? pues está lleno de oro, y contiene mas de doscientas mil libras. Esta es la herencia de mi hija: con que así vive tranquilo acerca de mi suerte, y á nadie reveles este secreto.

Asegurado mi padre de la felicidad de su amigo, le dexó y me llevó á una casilla de campo, donde se aplicó á mi educacion, y creyó buenamente que vuestro padre habia salido para su viage. Sin embargo, como éste le habia prometido escribirle, extrañó mucho no recibir cartas suyas, y queria

venir á París á informarse; pero una enfermedad habitual que padecia, se le agravó y le obligó á hacer cama, de la que no se levantó. Tuve la desgracia de perderle quando yo tendria como unos quince años. Antes de morir hizo retirar á todos, y me refirió la conversacion que habia tenido con vuestro padre al tiempo que estaba para viajar, y añadió: yo nada sé; pero estoy creyendo que alguno le habrá robado al buen Mr. Dubourg; y si así fuere, si tú le enqüentras alguna vez en el mundo, ó á su hija, ó á sus herederos, informate del cofrecillo; procura

indagar la suerte de un hombre, á quien debo la corta hacienda que te dexo. Hijo mio, este secreto que debí á su confianza es justo que yo le deposite en tu pecho, pues voy á dexar mi exîstencia. Sobre todo te encargo que si fueres á París, te informes de este hombre, de su hija, y del cofrecillo que no puedo desechar de mi imaginacion.

En efecto, era admirable que este cofrecillo, donde estaba depositada toda la fortuna de vuestro padre, diese tanto que pensar á un anciano en los últimos instantes de su vida. Pero parece que

algunas veces presentimos las desgracias que deben sucedernos á nosotros ó á los que profesamos particular cariño : mi padre lo experimentaba así, y yo le prometí cumplir exâctamente su voluntad. Espiró en fin, y despues de haber cumplido quantas obligaciones me competian en tal caso, auxîliado de un tio que quiso ser mi tutor, vendí las pocas posesiones que heredé. Con el producto de la venta me pude hacer una renta vitalicia de mil y ochocientas libras, y vine á París donde mi primer cuidado fué informarme de vuestro padre en la mis-

na casa que habia habitado. Grande fué mi sorpresa quando los vecinos me dixéron que habia muerto una hora ántes de su partida, al siguiente dia á aquel en que fué mi padre á verle por la última vez. Pregunté por Carolina, y me dixéron que su tio se la habia llevado y la tenia consigo; procuré saber si este habia practicado las formalidades necesarias para recoger la cortísima herencia de su sobrina, y me aseguráron que no; que habia estado algunas horas cerrado en el quarto del difunto, registrando todo su equipage, y que despues hizo á los vecinos testigos de la

miseria en que habia muerto su hermano; con lo que recogiendo quanto halló, se retiró á su casa.

Estuve para exclamar, ¡qué pícaro! pero me contuve por no aventurar el secreto dando que sospechar. Así es que sin detenerme en profundizar este asunto, que en su fondo nada me interesaba: solo traté de buscar algun acomodo que pudiese proporcionarme medios de subsistir y aumentar mis cortos bienes. Necesitaba secretario el Conde de Armance; me presentáron á él, me admitió, y continúo como veis en servirle. Debo

ahora deciros, amable Carolina, lo que me obliga á revelaros el secreto de vuestro padre y del mio. El Conde es un bárbaro, necio, libertino y de mala intencion. Mil veces le hubiera dexado, á no ser por la esperanza de lograr con su influxo algun destino en que poder adelantarme. Es hombre disipadísimo: siempre está pidiendo prestado; pero lo que con una mano recibe lo prodiga con la otra, de modo que yo tengo mas gratificaciones que sueldo. Por tanto contemporizo con él, soy su íntimo confidente; y yo lo celebro infinito, porque así estoy instruido de

todos los proyectos que forma contra vos. —— ¿ Contra mí ? — Si señora : este hombre, desnudo de toda providad, ha prometido á vuestro tio que se casaria con vos de secreto, por no indisponerse con su familia ; pues sabed que lo que quiere hacer es un matrimonio fingido : su ayuda de cámara ha de hacer las funciones de Párroco, con que nada mas tengo que deciros. — ¡ O cielos ! —— Quando me comunicó su intencion procuré ocultar mi indignacion y haciendo de admirado, le pregunté por qué no se resolvia á contraer un enlace legítimo, á lo que me respondió:

¿ Qué quieres Leclerc? esa mucha-cha es pobrísima; su tio avaro sobre todos los que los son, dice que la ha criado por caridad porque su padre no habia dexado mas que deudas : si este maldito tio se quisiera sangrar dándola algun dote, aunque no fuera quantioso, pudiera ser... pero no ; ni aunque me diera quanto tiene, no pienso tratar este asunto sino como por puro entretenimiento.

Al instante me acordé de la historia del cofrecillo, que casi se me habia olvidado, y ví claramente que se lo habia apropiado vuestro honradísimo tio, sin participar-

selo á nadie. Todo esto me ha inspirado un proyecto que voy á comunicaros. Mi padre me hizo tan puntual descripcion del cofrecillo, que no puedo engañarme acerca de su figura y construccion. Es prolongado, todo de hierro, un gran círculo dorado en la cubierta, y tiene dos cerraduras; en lo interior tiene varias divisiones donde estaban los luises de oro en rollos; y en el fondo ha de haber un secreto destinado á ocultar papeles importantes y letras de cambio. Es menester que os apodereis de este cofrecillo; ¿nunca le habeis visto? ¿no tiene vuestro

tio algun guarda-muebles ?.. —— Mi tio tiene en su gabinete un guardaropa que nunca he registrado, porque á nadie le da las llaves. —— Pues es forzoso, hermosa Carolina, que busqueis el cofrecillo, y hacer de modo que llegue á mi poder por qualesquiera medios. La astucia en semejante caso no es reprehensible, porque se trata de que recobreis vuestros bienes; y de confundir á un pícaro.

Conocí que Leclerc tenia razon, y prometí hacer quanto estuviera de mi parte. Quando ya quedamos conformes sobre este impor-

tante asunto, le dixe la estratagema de que me habia valido para hablarle en secreto: las condiciones, añadí, que he prometido no participar sino á vos ó al Conde, son muy simples. Direis pues á éste que exîjo de él que me dé su mano públicamente, para usar en todas partes, como es justo, el título de Condesa; que quiero vivir en la misma casa que ocupa; que quiero coches, caballos y todo el tren correspondiente á la clase en que tengo de entrar; y finalmente que ántes de verificarse nuestro matrimonio, me ha de presentar á to-

dos sus parientes é interesados. Segun los graciosos proyectos que os ha confiado no es posible que admita mis proposiciones ; y si por este medio no nos desembarazamos enteramente de él , nos dará mas lugar para nuestras cosas... No pude decirle todo lo que se me ofrecia , porque á esta sazon entró mi tio. Leclerc se retiró prometiéndome que participaria quanto yo le habia dicho á su amo el Conde. Mi tio quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome ántes un gran mérito de mi complacencia , le dixe con toda individualidad todas las

proposiciones que acababa de hacer al Conde por medio de su secretario. Mi tio meneó la cabeza á un lado y otro, diciéndome que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una muger como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenia derecho para exîgir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de alta clase; en una palabra, Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dixe que precisamente porque conocia que se habia de enojar, habia querido, ántes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del Conde. Se retiró des-

pidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondí con desden.

Se me habia hecho odioso desde este momento. Léjos de mirarle como á mi bienhechor, no veía en él sino un hombre sin fé, sin honor, y sin el menor vislumbre de providad. ¡ Cómo ! decia yo para mí, ¡ él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía ! ¡ me ha criado por caridad !.. ¡ qué horror ! ¡ qué despreciable me parecia este hombre, y quanto mas recomendable en mi pecho se hacia el jóven Leclerc, á quien debia tan favorables noticias y que no trataba sino de mi fe-

licidad! El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entretanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavia en poder de mi tio. Segun Leclerc, nos era muy necesario: con que era preciso que yo le buscase sin excitar sospechas en Mr. Dubourg; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon representó á sus

huéspedes que la noche se acercaba, y que tenian que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En conseqüencia Madama Leclerc y toda su comitiva volviéron á tomar el coche, y se despidiéron hasta el dia siguiente en que se continuaria una historia que tenia embelesados á los muchachos, los quales gustan tanto de estos lances intrincados, que están sin pestañear pendientes de las palabras del que refiere alguna historia ó suceso peregrino. Vease aquí el modo de conducirlos, pues al paso que se gana su atencion con la novedad, se les

inspira la sana doctrina, que debe dirigirlos en el espínoso camino de la vida.

TARDE XLV.

LA PERSEVERANCIA.

Sigue la historia de Emiliano.

Impacientísimos estaban nuestros amiguitos porque les parecia que tardaban en volver los padres de su querido Emiliano. Llegáron por fin; y Palemon que les tenia dispuesta una rústica merienda, les hizo sentar en el terrazo en medio de sus hijos. Merendóse alegremente; se repitió el romance de Leon, que fué muy aplau-

dido; y luego calláron todos para oir á Madama Leclerc, que de esta manera continuó su relacion.

Ayer os dixe que en brebe se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tio tenia la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gavinete. Registré todo, y en un rincon, tras de varias ropas, hallé la alhaja que buscaba, pues no podian engañarme su construccion, y las señas que Leclerc me

habia dado. Me apoderé de este convincente testimonio de la codicia de mi tio, y dexando las cosas en el estado en que las hallé, llevé el cofrecillo á mi quarto, donde le oculté cuidadosamente. Por dicha, mi tio no habia despertado durante toda esta arriesgada operacion, y así volví á poner las llaves en su volsillo, y esperé con impaciencia la venida de Leclerc. A la noche, quando me retiré á mi quarto, exâminé el cofrecillo que ántes habia abierto, y encontré en el fondo muchas cartas de mano de mi padre; y entre otras cosas leí una lista

de las ventas que habia realizado. A lo último del papel habia esta nota: *Yo he hecho hacer este cofrecillo á Mr. Dumon, maestro cerragero en la calle de la Harpe, á fin de depositar en él doscientas, diez mil, quatrocientas y ocho libras, que componen ocho mil, setecientos, sesenta y siete luises; todos divididos en rollos de á mil y ciento.*

Cárlos Dubourg.

Sobre otro papel habia otra nota de mi tio que decia así: *Efectivamente yo hallé en este cofrecillo la suma designada en la lista de mi hermano.*

Lorenzo Dubourg.

Convincentes eran estas prue-bas, y en mi concepto podian hacer mucho efecto recurriendo á la justicia; pero este medio era violento, pues habria arruinado á un hombre, que á lo ménos me habia criado, y en cierto modo me tenia obligada. Además de esto, para proceder judicialmente era preciso salir de casa, y no tenia parienta ni amiga con quien pudiese estar decentemente y con seguridad; y por todo me propuse callar hasta consultar á Leclerc. Vino el Conde á verme, tuvo despues una larga conferencia con mi tio y luego se me presentó éste,

intimándome que me dispusiese á partir con él al dia siguiente. — ¿Y dónde vamos? — Al castillo de Armance, donde ya está todo preparado para tu casamiento. — Pues qué, ¿me sacrificais de esta manera? — Antes bien trato de hacerte feliz. El Conde y yo hemos considerado que tus pretensiones son locas é inverificables; y no puede consentir en hacerte esposa suya públicamente. Clase, estado, crédito, todo lo perderia; pero despues, si te conduces bien con él, conseguirás todo lo que ahora deseas. Aprovéchate pues de las ventajas que se te ofrecen, y

que no podia esperar una muger como tú sin circunstancia particular que te recomiende en el mundo. Mañana te casarás; y dia llegará en que me des las gracias por la elevacion que te proporciono.

Iba á decirle que el proyectado matrimonio no era mas que un puro artificio, y que él y yo eramos víctimas de la traycion del Conde; pero me contuvo el temor de que me preguntase quien me habia informado de ello. No hice pues sino llorar y protestar que no iria al castillo de Armance, y que nunca consentiria en se-

mejante matrimonio. Mr. Dubourg me juró que si me resistia á darle esta satisfaccion, me abandonaria enteramente; y me dexó: mandándome elegir entre salir para siempre de su casa ó casarme con el Conde.

Quedé sola, y no sabia que partido tomar quando volvió á entrar mi tio con Leclerc. Entregóme éste un soberbio regalo de parte del Conde, reducido á encaxes y vestidos. Yo estaba anegada en lágrimas, y no queria admitir nada; pero una seña de mi amigo me determinó á aceptar el regalo. Díxele que iba á elegir lo

que era mas de mi gusto, y que tuviese la bondad de esperar para llevarse lo restante. Convino, porque comprehendió mi intencion, y se quedó con mi tio. Entretanto me retiré á mi quarto, donde registrando las ropas que el Conde me enviaba, encontré una carta de Leclerc concebida en estos términos.

Consentid en todo: dexaos conducir mañana, yo dispondré las cosas de modo que vayais sola en un coche, y hareis quanto se os diga. No puedo deciros mas: ¿sabeis algo del cofrecillo? Al instante le respondí así: *El cofrecillo está en mi po-*

der : ¿cómo podré entregaroslé? Seguiré puntualmente vuestros consejos : contad conmigo.

Oculté este villete entre los pliegues de un vestido de seda que yo misma entregué á Leclerc, delante de mi tio, diciéndole que tenia bastante con lo demas del regalo que me era muy indiferente. Mr. Dubourg, viendo que yo despreciaba un vestido tan rico, le arrebató de mis manos, ganando la accion de Leclerc, lo que nos causó mucho miedo á entrambos. ¿Por qué razon, exclamó este hombre avaro, dexas este precioso vestido? piensas que yo tengo

disposicion para darte otro tal? no señora, ó tomarlo ó dexarlo todo. Por fortuna Leclerc reparó el villete, y tuvo maña para cogerle, mientras Mr. Dubourg tenia el vestido desplegado; apoyó las ideas de mi tio rogándome que admitiese todo quanto me habia traido, y lo hice así porque habia visto los movimientos de Leclérc, y conocí que el villete estaba ya en su poder. Retiróse éste, yo fingí la mayor desesperacion, y mi tio, que se burlaba de todos mis sentimientos, me reiteró la órden de disponerme para partir á las nueve de la mañana siguiente.

Pasé una noche cruel, porque ignoraba los medios de que se valdria Leclerc para sacarme de tan estrecho paso. Estaba segura de él; y sin embargo, en algunos momentos temia ó que no se manejase bien, ó que fuese de acuerdo con el Conde y mi tio para hacerme caer en el lazo. Perdona, amigo mio, exclamaba yo en seguida: me avergüenzo de tan infames sospechas; pero el infeliz de todo desconfia, y aun del mismo amor, teme quando le ha engañado la naturaleza.

En fin llegó la mañana, cuyos sucesos y fin no podia yo preveer.

Estaba en una situacion dificil de pintar, pues mis ojos derramaban copiosas lágrimas, y mi corazon palpitaba violentamente. Así fué como empezé á poner mis vestidos en una maleta, y luego traté de adornarme... ¿para quién? ¿para el Conde? no por cierto, si no al parecer para mi amado Leclerc: pues yo encontraba dentro de mí misma otro fundamento y razon de este impulso de coquetería. Tanto es verdad que enmedio de los mayores pesares, nunca pierde nuestro sexô el sentimiento del amor, ni el deseo de agradar.

Pronto se presentó mi tio con

su mejor vestido, me dió las gracias de mi sumision y docilidad, y aun celebró, por la vez primera, que hubiese procurado adornarme. Vaya, me dixo, se conoce que no aborreces al Conde, pues parece que quieres embelesar su corazon y sus ojos. Luego llegó el Conde; y despues de haberme saludado con cierta especie de confusion, dixo á mi tio: vos vendreis conmigo, mi coche nos espera á la puerta, y conviene que nos adelantemos; luego vendrá otro coche por esta señorita, que hallará en él una camarera que he elegido para que la sirva.

Mi tio quedó atónito de oirlo, y el Conde prosiguió diciendo: he arreglado así las cosas, temiendo que Carolina no estuviese todavia dispuesta; y principalmente porque los dos tenemos que tratar en mi castillo algunos asuntos ántes que se verifique la ceremonia. No pareció mi tio muy satisfecho de dexarme sola, pues temia que yo acaso no quisiese seguir á la camarera que se esperaba, ó bien que me huyese; pero no se atrevió á comunicar sus recelos al Conde, á quien habia hecho creer que yo era ya mas sensible á su ternura. Por su parte Leclerc habia asegurado lo

mismo á su amo: de modo que éste estaba persuadido á que yo le amaba; pero no por esto dexaba de insistir en la ficcion del matrimonio, para cuya apariencia se valia de sacerdote y testigos falsos.

Así que se fuéron el Conde y mi tio me hallé mas sosegada, recordando la cláusula del villete de mi amante respectiva á que iria sola en un coche. Veia que las cosas empezaban favorablemente, y me lisonjeaba de que se terminarian del mismo modo. En efecto, al cabo de una hora se paró á la puerta de nuestra casa un coche poco brillante. Ví baxar de

él una muger alta y gruesa, que me pareció ser mi prometida camarera. Acercóse á mí y me dixo ¿estais ya dispuesta? — ¿Adónde me llevais? — ¿Adónde? pues qué ¿no lo sabeis? al castillo de Armance. Suspiré, y me despedí de la vieja ama de Mr. Dubourg, que sin duda alguna quedaria contentísima de verse sola para gobernarlo todo. En fin, subí al coche con mi nueva compañera, la qual, mirándome del modo mas expresivo, me dixo: me parece que se os ha olvidado alguna cosa. — No será extraño con tal turbacion; pero ¿qué es? — Cierta alhaja de que me ha habla-

do Mr. Leclerc. — Sí, sí; es verdad: ¡Dios mio!

Al instante subí á mi quarto á buscar el cofrecillo; pero estaba allí la ama de gobierno: ¿cómo habia de hacer para sacar esta alhaja tan importante? Miéntras que yo hacia como que buscaba alguna cosa, vino allí la camarera, y cubriendo el cofrecillo con su delantal, se le llevó diciendo: no seria poco lo que me riñera mi amo si se me hubiera olvidado el caxoncito de los encaxes. —— ¿De encaxes? dixo la vieja; veamos, veamos. —— No estamos tan despacio. Dicho esto baxó corriendo,

y se metió en el coche ; yo hice lo mismo llena de alegría , y el cochero latigueó los caballos. Entónces acabé de conocer la fidelidad de Leclerc , y que aquella muger era de toda su confianza. Por tanto la dixe : me parece , amiga mia, que sabeis mis secretos y los de....

No me respondió , y su frialdad y silencio me aturdiéron ; por lo que no sabia si podia confiarla el misterio de mi amor. Temblaba de que tal vez fuese confidente de mis enemigos ; pero ¿ cómo podia serlo , habiéndome recordado el cofrecillo que se me olvidaba ? ¿ quién la habia instruido ? no , no

podia ménos de ser amiga de Leclerc, pero ¿por qué no me descubria su corazon? ¿qué podia temer? Prosiguió con la misma reserva y silencio; y no pudiendo fixar absolutamente mis conjeturas, tomé el partido de imitarla, no profiriendo una palabra.

Yo ignoraba si el castillo de Armance estaba situado cerca ó léjos de París, pues nunca me habia ocurrido informarme de estas particularidades, de modo que me dexaba llevar como las víctimas humanas que en otro tiempo se sacrificaban en las aras de los falsos Dioses. Reparé sí, que atravesa-

bamos todo París; y ya nos hallabamos detras del hospital, quando el cochero paró delante de una casa de poca consideracion, segun su fachada. Abrió la portezuela y dió la mano á la camarera; y para mayor admiracion mia, oí que este hombre la dixo: aquí es preciso executar lo que hemos tratado. —— Teneis razon, le respondió mi compañera; y al instante sacó una pistola que me hizo estremecer, pues recelé si querian asesinarme; pero no era yo el principal objeto de esta escena. Casi junto á la cara del cochero disparó la camarera su pistola, de mo-

do que le quemó una gran parte de cabello ; y luego tranquilamente le entregó el matador instrumento. Yo baxé medio muerta del coche ; el cochero volvió á ocupar el pescante, y desapareció al momento.

Veo, amigos mios, que os admira suceso tan particular ; pero es bien seguro que pasó del mismo modo que os lo refiero ; y por vuestra sorpresa podeis juzgar qual seria la mia. No sabia adónde me hallaba, ni lo que querian hacer de mí ; pero luego, dándome la mano la camarera, me dixo : todo ha salido perfectamente ; en-

trad, hermosa Carolina, esta es vuestra casa; y á buen seguro que estareis en ella mejor que en la de vuestro malvado tio. Todavia no me conoceis; pero pronto sabreis quien soy, y no tardareis en ver la persona que os ama como á sí propia. . . . . . .

Sosegada con estas palabras, pronunciadas con la expresion mas afectuosa, entré en la casa que me pareció adornada modestamente, pero con gusto. Mi compañera tiró el cordon de una campanilla, y una criada se presentó trayéndonos algunos manjares delicados. La fingida camarera pidió luego

que la traxeran su hija, y efectivamente la traxéron una niña como de unos quatro años, que la hizo mil caricias, á las que correspondió su madre tiernamente, y luego la hizo retirar juntamente con su aya. Quando estuvimos solas pregunté á la señora de la casa qué significaba todo lo que me estaba sucediendo: ya es tiempo, la dixe, que me expliqueis todo, y de que desvanezcais las confusiones que padezco, aunque no dexo de conocer que todo es disposicion de Mr. Leclerc. — En efecto es así; y veis en mí, no á una camarera vuestra, aunque siem-

pre me será lisongero el serviros en quanto pueda, sino á una tia de vuestro amante Leclerc. Soy su tia, pues mi marido, que era mucho mas anciano que yo, era hermano de su padre. Ahora vais á saber como mi sobrino y yo hemos conducido y manejado todo este asunto. Este sobrino, á quien amo como si fuera hijo mio, vino á buscarme hace ocho dias, y me refirió vuestras desgracias, las suyas y el amor que recíprocamente abrasaba vuestros corazones. No puedo, añadió, dexar actualmente al Conde de Armance porque tengo que arreglar con él algunos asun-

tos de intereses ; pero luego que hubiere puesto todos sus papeles en órden , que no me costará largo tiempo , iré á vivir en vuestra casa con el dulce objeto de mi cariño. Querida tia , es preciso que me ayudeis á arrebatarla y substraerla de la tiranía de su tio y de los infames proyectos del Conde. Prometí hacer quanto estuviese de mi parte , y dispusimos la trama de esta manera. El Conde acababa de despedir á su cochero, y Leclerc hizo que entrase á ocupar su plaza un hombre de toda mi satisfaccion é hijo de un colono de la hacienda de un amigo mio. Se necesitaba

tambien una camarera para vòs, que fuese capaz de prestarse á todas las ideas del Conde : Leclerc habló por mí, y me presenté en casa del Conde, sin dar á entender la relacion que tenia con su Secretario. El amo me dió las instrucciones mas abominables, prometí contribuir á todo, y quedé desde luego en la casa. Leclerc, que lisongea las pasiones de su protector para no excitar la menor sospecha de su inteligencia con vos, le aconsejó ayer que se adelantase, con vuestro tio al castillo, y le añadió : Josefina (baxo este nombre me habia yo presentado) acompa-

ñará á Carolina, y durante el camino la dispondrá al género de vida retirada que quereis observe, y yo sé que lo conseguirá porque esta muger tiene muy poderosa persuasion. Consintió en ello el Conde, y esta mañana, como visteis; fué á buscar á vuestro tio. Durante este tiempo hablé yo á solas con Milet, que es el cochero que habeis visto, y le dixe: Milet, ya ha llegado el caso de servirme: ahora mismo vamos á buscar á la jóven Carolina; pero en vez de llevarla al castillo de Armance, la has de llevar á mi casa; y quando volvieres á la del amo te mostrarás de-

sesperado, diciendo que Carolina ha baxado del coche (con qualquiera pretesto) juntamente con su camarera en el bosque de Verrieres, que está en el camino de Armance; que allí Carolina ha empezado á dar grandes voces pidiendo socorro; que se han presentado varios hombres á caballo; que uno de ellos te ha tirado un pistoletazo, cuya señal enseñarás; y que habiendo caido desmayado del pescante, quando has vuelto en tu acuerdo, te has hallado solo. Aquí tienes diez luises, como señal de la grande recompensa que se te dará despues; y si te despidieren de

la casa; por haberte dexado robar á Carolina, no tengas cuidado, que correrá de mi cuenta tu colocacion. Milet me lo prometió todo; y ved aquí la razon del pistoletazo que me habeis visto tirarle tan junto al rostro, que le he dexado un poco señalado; y he tenido la advertencia de entregarle la pistola, señalada con un nombre desconocido, á fin de que pueda enseñarla, diciendo que la ha recogido despues de la retirada de los raptores, y de este modo se haga mas verisimil la invencion. En este supuesto, disipad, bella Carolina, todo temor: pues es imposible que os suce-

da en mi casa el menor contratiempo ni que os descubran con las precauciones que tomarémos para este efecto. Resta ahora que me digais si os pesa de haber dexado la casa de vuestro infame tio, ó de no haberos entregado al Conde, que es el mas pérfido é inmoral de todos los hombres.

Agradecí á Madama Leclerc (así se llamaba la tia de mi amigo) los cuidados y empeño que habia tomado por libertarme, y la aseguré que léjos de estar pesarosa me hallaba contenta y satisfecha; pero la pregunté, ¿por qué no me habeis dicho todo esto quando ve-

niamos? Mucha inquietud me hubierais escusado. —— ¿ Qué tal digais? ¿no tenia que temer la inmoderacion de vuestra alegría, y el que me espiasen tal vez algunas personas adictas al Conde? Os aseguro que estaba bien ocupada en exâminar todas las figuras, y las curiosas miradas de quantos pasaban junto al coche. Yo lo arriesgaba todo, y vos solo aventurabais el ser conducida á Armance ó á casa de vuestro tio.

Sus razones eran justas, y así no insistí mas sobre este punto. Quando ya me recobré totalmente de mi turbacion y aturdimiento

registró el nuevo asilo en que iba á vivir. Era agradable y cómodo, y tenia un gracioso jardin, donde podia disfrutar el ayre libre con mucha comodidad. Madama Leclerc era de condicion franca, y su trato amenísimo. Su criada era excelente muger, muy fiel, y tan apasionada por su señora, que era capaz de hacer por ella los mayores sacrificios. Yo estaba como en mi centro, porque habia recobrado mi libertad en este tranquilo hospedage, donde esperaba disfrutar las delicias del amor, á cuyos impulsos no me habia podido entregar hasta entónces, si-

no llena de inquietud y recelos.

Pasáronse dos dias sin que viésemos á Leclerc, lo que nos causó bastante cuidado. En fin llegó al tercero, y desde luego podeis juzgar qual seria nuestra curiosidad por saber lo que habia pasado en el castillo de Armance el dia de mi libertad. Leclerc, asegurado de su tia y de la execucion de su proyecto, habia ido muy de mañana al castillo, para hacer los preparativos necesarios, ya para la fingida ceremonia, ya para la comida y fiesta que debia celebrarse. Mr. Dubourg y el Conde llegáron hácia las once, y se cerráron en

un quarto para tratar de asuntos particulares. A mediodia ya estaba todo dispuesto, y yo no llegaba. Diéron las tres y no parecia: y todos se turbaban, Leclerc se agitaba, se encolerizaba; queria tomar un caballo y volar á París, para sacar á su amo de incertidumbres; pero le detuviéron, y permaneciéron en espectativa. Mr. Dubourg estaba pensativo; sospecha la fuga de su sobrina, pero no se atrevia á manifestar sus recelos. En fin, á las siete de la noche llegó muy sofocado el mayordomo que el Conde tenia en París. Refirió que el pobre Milet estaba herido, y que

Carolina habia sido robada por unos desconocidos en el bosque de Vergieres. Esto era lo que yo receelaba, exclamó Mr. Dubourg: por eso queria yo está mañana que viniese conmigo, y no lo permitió el señor Conde. Ya se ve, ¿quén habia de suceder? ¿cómo si no se supiese lo que discurre una muger enamorada? No ignoraba yo que tenia un amante que nunca he podido descubrir; él habrá sido sin duda alguna el raptor.

Todos quedáron asombrados; pasáron la noche entera razonando, ó, por mejor decir, delirando sobre este suceso; y por

la mañana Mr. Dubourg, y Leclerc volviéron á París. Se ocupó el primero en hacer mil inútiles investigaciones; y volviendo á su casa, reprehendió agriamente á su vieja ama de gobierno, suponiéndola de que estaba de acuerdo con su sobrina para favorecer sus amores, recibir cartas, y volver las respuestas. La vieja se enfadó; replicó, la despidiéron, y en toda la casa reynaba la mayor confusion. Entretanto el Conde juraba y protestaba que me descubriria, y tomaria cruel venganza de mis raptores. Leclerc le consolaba, le compadecia, y le dixo que haria quanto

cupiese para averiguar el asunto; y al fin halló un momento favorable para venir á ver á su tia y su dulce amiga. Tomó varios coches de alquiler; se hizo conducir sucesivamente á muchas partes, para deslumbrar á los que pudieran espiar sus acciones, aunque de él nadie podia sospechar, y llegó á pie á casa de su tia, donde nos hizo la relacion de todo lo ocurrido.

¡Qué deseada de entrambos habia sido esta visita! podiamos hablar de nuestros amores sin reserva ni temor, en presencia del testigo mas respetable. Leclerc me propuso nuestro legítimo matrimo-

nio á que su tia y mi amor me decidiéron ; y señalamos el dia para esta augusta ceremonia. Yo me creia independiente de un tio, á quien no debia mas que mi odio, y en efecto era enteramente señora de mi mano y de mi corazon. No nos separamos este dia sin hablar del cofrecillo ; se le enseñé á mi amigo, y me dixo que le guardára hasta que él volviese á decirme el uso que habia de hacer de él. En fin nos separamos con disgusto ; y Leclerc, para volver á presencia del Conde, tomó las mismas precauciones de que se

habia valido para venir á vernos.

Volvimos á ver á Leclerc muchas veces ántes de nuestro casamiento, y nos dixo que mi tio y el Conde se habian quejado á la justicia de mi fuga precipitada; tambien habian dado mis señas, y varias personas estaban encargadas de buscarme. Era imposible sospechasen que yo estaba en una casa tan retirada, de la qual nunca salia; pero para precaver qualquiera contingencia, resolvimos otras varias precauciones. En conseqüencia, un Sacerdote de confianza y providad nos casó una mañana muy

temprano en una iglesia cercana, y algunos dias despues mudé de habitacion. Fuí pues á vivir en otra casa inmediata á la de Madama Leclerc, la qual tuvo la bondad de darme para que me sirviera á su criada Juana, que sabia mis secretos, y era fiel á toda prueba. Nuestra tia tomó otra; y yo, baxo el nombre de Madama Leclerc, pasaba serenos y felices dias, cuidando de mi casa y de mi esposo, que venia á verme quantas veces podia hacerlo con seguridad; pero siempre era de noche por el temor de que siguieran sus pasos si me visitaba de dia. Ya habia yo dado á

luz un hijo, y mi marido no tenia aun por conveniente llevar á efecto la resolucion que premeditaba para aumentar mi fortuna, porque esperaba á verse independiente del Conde; y entretanto se mantenia en su casa. Muchas veces le hablaba de mí este señor; decia que siempre me amaba; y juraba que si alguna vez llegaba á encontrarme, no me volveria á huir de su poder. Conservaba siempre amistad con mi tio, y ambos confiando á Leclerc sus ideas, estaban muy léjos de pensar que él fuese su rival, mi raptor, y mi esposo.

Mucho padecia Leclerc con la

altivez y vicios del Conde, que se le hacian insufribles, pero era esposo y padre. Era preciso por lo mismo que pensase en la comodidad de su familia; y con solo este objeto ocultaba su matrimonio, y sufria la dependencia del Conde. Entretanto se acercaba el momento en que iba á descubrirse todo. Un dia que el Conde y Mr. Dubourg, que casi siempre estaban juntos, habian ido á ver una casa de campo distante algunas leguas de París, que el primero queria comprar, los sorprehendió una tempestad horrorosa al volver á la ciudad. La piedra era tan fuerte que habia roto

todos los cristales del coche, y los caballos apénas podian moverse de fatigados. Debo advertir que así la casa de mi tia, como la mia estaban fuera de París y aisladas; y tuve la desdicha de que para huir del temporal, entrasen en mi casa que daba sobre el camino y direccion que traian. La tempestad me habia obligado á cerrar las vidrieras; oí llamar, y sin la menor desconfianza abrí una ventana, me asomé y ví que entraban en el portal mi tio y el Conde. Por desgracia Juana les habia abierto las puertas, con que no tuve mas arbitrio que encerrarme en un gabi-

nete, sin poder instruir de cosa alguna á mi criada, que ya habia introducido en la sala á mis enemigos. Expusiéron estos lo mucho que les habia asustado la tempestad, y pidiéron que se les permitiese descansar allí hasta que el temporal se aplacase, y pudiesen volver á continuar su camino. Oía todo esto y temblaba que acaso habiendo descubierto mi asilo, se valiesen de este pretexto para introducirse. Mi criada me llamaba no la respondia porque no me conociesen en la voz. ¿Dónde estará esta señora? decia Juana; y registrando todos los quartos buscándome, al fin llegó

á mi gabinete; abrí, volví á cerrar al instante, y la dixe. — Imprudente, ¿qué es lo que has hecho?... ¿sabes el peligro en que me has puesto? mi tio y el Conde son los que estan en la sala. — ¡Dios mio!... pero señora, ¿cómo podia yo adivinarlo? — Ve y dí que no estoy en casa; y si te preguntan mi nombre ú otra cosa á nada contestes.

Volvió Juana á la estancia en que se hallaban los dos, y notó que manifestaban mucha inquietud. Miéntras la criada habia ido á buscarme, mi hijo, que jugaba en la sala, habia llamado su atencion:

le habian abrazado y preguntado, y Emiliano, que entónces tenia quatro años, respondió á todo con la mayor sencillez. ¿Cómo se llama tu madre? — Madama Leclerc. — ¡Madama Leclerc! ¿y tu padre? — Mi padre no vive aquí; nunca viene á casa; yo nunca le he visto pero mamá me dice que es éste. El muchacho les enseñó el retrato de mi marido puesto en un brazalete que yo habia dexado por descuido sobre una mesa. El Conde se acercó á exâminar la miniatura, y conoció á su secretario: llamó á Mr. Dubourg y le dixo: mirad, este es Leclerc, ¡casado sin saberlo yo!

¿qué misterio puede ser este? ¡gran Dios! ¡qué extrañas sospechas me ocurren!... ¡en efecto seria cosa rara!... pero no; no puede ser que se haya casado con vuestra sobrina. — ¡Con mi sobrina!... ¡qué rayo de luz!... dime, querido, ¿tiene padres tu mamá? — No señor, no tiene mas que un tio muy malo, del que me habla muchas veces; pero yo nunca le he visto. — ¡Un tio! no hay remedio, ella es.

En este interrogatorio estaban los malvados, quando entró Juana, y advirtiendo que preguntaban al muchacho, le hizo salir de la sala. Entónces Mr. Dubourg se

puso á exâminar á la criada, y la dixo: mucha priesa os dais á apartar de nosotros ese niño, ¿le pide su madre? porque estoy seguro de que se halla en casa. — ¿Quién os lo ha dicho? — Vos misma, no ha mucho. — Pues me equivoqué, porque ha salido. — ¿Con el tiempo que hace? es cosa imposible; presentadnos á ella, y os recompensaremos bien el favor. — ¿Qué quiere decir eso, señores? ¿Habeis venido aquí á otra cosa que á defenderos del temporal? siendo así sirvanse ustedes.... — Antes de irme quiero ver á la pérfida Carolina: ¿no veis Conde como es-

ta muger se ha sobresaltado al oir este nombre? Carolina está aquí, y yo sabré hallarla.

Al instante se puso á correr por todas partes; en vano Juana se oponia á sus intentos, pues la empujaba, y dió con ella en el suelo; visitaba furioso toda la casa, y queria que se le abriesen todos los quartos. Juana se desesperaba; no sabia como contener tan bárbara violencia; gritaba, pedia socorro, y á sus voces acudió el cochero del Conde, el qual tuvo la audacia de mandarle que contuviese á Juana, y el cochero obediente la cogió entre sus nerviosos brazos, y no la dexaba

mover. Yo oia todo este alboroto, y no teniendo mas recurso, tomé el de presentarme y decir á mi tio: Aquí estoy; vedme hombre sin principios y sin delicadeza. — ¿No la veis? ella es, Conde: bien me lo habia imaginado.

En tanto que el Conde, aturdido con tan repentino golpe, estaba sin movimiento y sin voz, medio caido sobre una silla, dixe á Mr. Dubourg: ¿con qué derecho violais el asilo que se os ha concedido por pura bondad? ¿es esta vuestra casa? ¿no tengo esposo á quien únicamente debo responder de mi conducta? Vos sois

mi tio, pero un tio hombre sin fe que me ha despojado de mi herencia. —— ¡Despojado! —— Sí, y yo lo probaré; tengo en mi poder cierto cofrecillo de hierro.... ¿Os estremeceis? Idos y contentaos con haber robado los bienes de vuestro hermano, sin perseguir tambien á su desdichada hija. —— ¿Con qué teneis el cofrecillo?... ¡y quién os le ha dado! —— Yo he sabido apoderarme de él ántes de huir de vuestra casa. —— Eso es imposible, pues yo le hubiera echado de ménos. —— Todavia teneis tiempo para desengañaros. Entretanto, señor mio, salid de esta casa; y temblad



A perder á su Emiliano
Se ve expuesta Carolina,
Y armada se determina
A castigar á un tirano:
Cede su tio inhumano
Viendo tal resolucion;
Pues teme en esta ocasion
Que el materno afecto herido
Y en lo mas vivo ofendido
Pase á desesperacion.

Alex. Blanco lo g.

de que yo haga valer en justicia las pruebas de vuestras maldades que estan dentro del mismo cofrecillo. —— Tú eres la que debe temblar; tú ingrata, que te atreves á faltar al respeto á un tio que te ha llenado de beneficios; pero no importa, Labric, (*al cochero*) lleva á esta muger al coche. —— Qualquiera que seais no os acerqueis á mí. Diciendo esto saqué una pistola que habia tomado en mi gabinete, y amenacé de muerte al primero que tuviese la osadia de acercarse.

Tembláron todos al verme tan determinada; y Mr. Dubourg, to-

mando de la mano al Conde, le dixo: salgamos, salgamos de aquí, amigo mio; las leyes sabrán vengarnos, dando justo castigo á muger tan perversa. Saliéron de la sala, y por el ruido conocí que se alejaba el coche; mas no por eso pude recobrar mi serenidad. Persuadida á que iban á quejarse de mí ante algun Magistrado, no tenia que perder ni un momento para evitar qualquiera violencia. Tomé pues lo mas precioso que tenia; cerré todas las puertas y ventanas; y seguida de Juana, que llevaba en sus brazos á mi Emiliano, fuí á refugiarme á casa de

la tia de mi esposo, que no era conocida de mis perseguidores, y estaba á cubierto de toda sospecha. Llegué, y me arrojé en sus brazos derramando un torrente de lágrimas. Mucho se asustó de verme así, se lo referí todo, y la supliqué me ayudase con sus consejos; el suceso la confundió tanto como á mí; porque el Conde tenia amigos poderosos, y podia causarnos las mas crueles vejaciones, pues la justicia de mi causa era muy débil en comparacion del crédito de sus protectores. Lo mas seguro parecia ocultarnos en algun asilo ignorado.... pero Leclerc, que

nada sabia de lo ocurrido, seria sin duda la primera víctima del resentimiento del Conde; y quando así no fuese, ¿cómo podria hallar á su esposa? ¿podria buscarla? ¿no era mas verosimil que le encerrasen en alguna estrecha prision? Estos eran los temores de dos mugeres que no conocian la fuerza de las leyes, y todo lo miraban siniestramente. Mi tia sin embargo tomó un partido prudentísimo, y fué el escribir á Leclerc un villete con estas sucintas palabras:

¡Todo se ha descubierto! erès perdido si al instante no vienes á mi casa. Escrito y cerrado el villete,

mandó á la criada que tomase un coche y fuese á buscar á Milet, cochero del Conde, que permaneció en la casa sin embargo de haberse dexado arrebatar á Carolina, y que le dixese que buscase sin dilacion á Leclerc y le entregase el villete. Juana executó puntualmente el encargo, y volvió al cabo de una hora que nos habia parecido un siglo. Habia encontrado á Milet, el Conde aun no habia vuelto, y Leclerc se hallaba fuera; pero Milet sabia que estaba en casa de un comerciante, adonde fué para entregarle el villete.

Esto nos tranquilizó un poco;

aunque era de presumir que el Conde y Mr. Dubourg se hubiesen detenido en casa de algun Magistrado, para que tomase alguna providencia contra mí y contra mi marido. Contábamos los minutos, y no cesábamos de asomarnos á las ventanas. La noche empezaba á obscurecerlo todo, y no llegaba mi Leclerc. En fin, nos llamó la atencion el ruido de un caballo que venia corriendo, cuyo ginete tenia todo el ayre de Leclerc, y en efecto era él. Desmontó, metió el caballo en el patio, y nos abrazó. ¿Has visto al Conde? esta fué la primera expresion que le dirigimos. No,

respondió, no le he visto; pero el villete me ha causado la inquietud mas cruel: ¿con que todo se ha descubierto? ¿pues qué es lo que ha sucedido?

Le conté apresuradamente la escena terrible, que me habia proporcionado la casualidad, y de la que no hubiera salido tan bien á no ser por mi inesperada resolucion; extremecióse mi esposo, y dixo: llegó el caso, todo lo saben, con que no hay arbitrio para disimular; pero no por eso os desconsoleis, no por cierto; el mal no es tan grande como le imaginais, puede remediarse, y no se me oculta el

respondió, no le he visto; pero el villete me ha causado la inquietud mas cruel: ¿con que todo se ha descubierto? ¿pues qué es lo que ha sucedido?

Le conté apresuradamente la escena terrible, que me habia proporcionado la casualidad, y de la que no hubiera salido tan bien á no ser por mi inesperada resolucion; extremecióse mi esposo, y dixo: llegó el caso, todo lo saben, con que no hay arbitrio para disimular; pero no por eso os desconsoleis, no por cierto; el mal no es tan grande como le imaginais, puede remediarse, y no se me oculta el

modo. — ¿Y quál es? — Ocultarnos desde luego por algun tiempo; y perseguir despues en justicia á Mr. Dubourg por las doscientas mil libras que nos debe, pues tenemos pruebas tan convincentes. En este caso no podrá ménos de ausentarse, y no se atreverá á perjudicarnos. Al Conde no le temo, pues le consta que yo sé ciertos secretos suyos... En fin, le tengo cogido. — Pero ¿qué secretos son estos? — Vais á extremeceros, particularmente de lo horroroso del carácter de Dubourg. — ¿De mi tio? acaba. — El Conde.... ¡no te has admirado

alguna vez de que sea tan íntima su amistad con Mr. Dubourg? ¿no te ha sorprehendido el ascendiente que el Conde ha tomado sobre este viejo avaro, pues le saca prestado todo el dinero que quiere sin que jamás se lo pague, y sin que por eso cese su amistad! — Es cierto: muchas veces he reflexîonado sobre eso. — Pues todo proviene de un abominable crímen que ambos han cometido juntos. — ¡Un crímen! — Horroroso. Un particular, mozo rico y sin parientes cercanos, tenia una posesion que queria vender; para este efecto salió un dia con to-

dos los títulos respectivos á su posesion en el bolsillo, y llegó á París con ánimo de encargar este asunto á algun Agente. La casualidad le hizo desmontar en casa de Mr. Dubourg: esto sucedió hará unos diez años. Procuró éste ganar su confianza, y lo consiguió; supo que tenia que vender una hacienda, y sabiendo que el Conde de Armance deseaba comprar, le participó las ideas de su huesped. El Conde conocia á Dubourg, porque éste le habia prestado dinero á crecidísimas usuras: bien creo, Carolina, que seria el dinero de tu herencia. Estos dos bribones

querian adquirir la posesion, pero sin pagarla. Convidáron á cenar al propietario, y quedando á solas, sacáron cada uno su pistola, y le amenazáron de muerte sino extendia una escritura de venta de la heredad en favor de ambos. Todo lo executó el infeliz temblando; y luego, ¡ó iniquidad! le diéron veneno. —— ¡Cielos! — Yo tengo en mi poder las pruebas de esta maldad, el Conde no lo ignora; y me hace mil finezas, sin duda por obligarme al silencio. De todo esto podeis fácilmente conocer que Dubourg y el Conde son inseparables tanto porque tienen un mismo carácter,

como porque se temen recíprocamente. Dubourg desde luego habia entrado á poseer la mitad de la heredad, precio de su crímen; pero el Conde se ha manejado tan bien, que ha cargado con toda la posesion, y arruina al infame Dubourg á fuerza de sacarle prestado quanto quiere, pues nada se atreve á negarle. Ya conoceis la perversidad de estos dos pícaros; y de esto podreis inferir quanta paciencia me habrá sido precisa para vivir con el Conde á quien aborrezco y detesto con todo mi corazon, tanto como merece. La conducta que ahora quiero seguir es trasla-

dar á mi esposa á un barrio distante; salir inmediatamente de casa del Conde, dexándole escrita una carta; y como esposo de Carolina estrechar á su tio judicialmente para la restitucion de sus bienes.

Pareciónos bien este plan; y en conseqüencia, al dia siguiente fuí con mi hijo y Juana á establecerme en otro arrabal de París; y Leclerc permaneció en casa de mi tia; desde donde escribió al Conde una carta tan fuerte y enérgica que no se atrevió á perseguirle. Por lo que hace á Dubourg se entabló contra él un proceso, en el que se produxéron para pruebas el cofrecillo,

el cerragero que le habia construido, las cartas de mi padre, la lista de la venta de sus efectos, la nota de mi tio, y los vecinos que atestiguáron haber visto morir á mi padre, y que mi tio se habia encerrado solo en el quarto del difunto, donde no sabian lo que hizo. En una palabra, se acumuláron tantas pruebas y tan convincentes, que pusiéron en claro mi derecho; y á pesar de las intrigas del Conde y mi perverso tio, se dió á mi favor (*) la sentencia, condenando á

(*) Sentencia iniqua, pues ademas debian haberle ahorcado.

Mr. Dubourg á que me entregase ciento y noventa mil libras, exceptuándole de pagar veinte mil y quatrocientas en recompensa de haberme mantenido trece años. Dubourg casi nada tenia, porque el Conde se lo habia trampeado todo. Se vendiéron las pocas propiedades que conservaba, y que produxéron cosa de quarenta mil libras, con lo que hube de contentarme. Llamada á casa del Escribano de la causa para que yo misma percibiese esta cantidad que consistia en villetes de banco, fuí allá, aunque tomando las mayores precauciones para que no me vieran ni siguiesen

las gentes del Conde; de quien sabia que aun persistia en la idea de arrebatarme donde quiera que me hallase. Recogidos mis intereses en mi cartera, volví á mi casa, donde hallé una carta de mi esposo en la que me decia que mi tio, desesperado de haber perdido lo poco que le quedaba, habia muerto de pesar. Nada hubiera sentido esto; pero me prevenia al mismo tiempo mi marido que el malvado Conde habia obtenido una órden para hacerle encerrar en la Bastilla.

Yo sabré, añadia Leclerc, *substraerme á esta órden iniqua*; *y vengarme de este perverso*; *pero entre-*

tanto conviene huir. Toma al instante y á toda costa un coche, y ponte en camino para Chartres. Te incluyo una carta para mi amigo Belville, que vive en la calle de la Visitacion : te recibirá muy bien y puede que yo llegue al mismo tiempo que tú, por otro camino, pues no seria prudencia el ir juntos. Parte, amada Carolina, con tu hijo y tu fiel criada ; y no tengas el menor cuidado en quanto á mí. Mañana á la noche nos reuniremos en Chartres, cuenta con mi prudencia para disipar tus recelos.

¡Quántas lágrimas me hizo derramar este nuevo peligro que cor-

ria mi esposo! ¿Quándo, exclamé, se cansará de perseguirme la desgracia? ¡Diez años ha que estoy casada, y siempre he vivido distante y alejada de mi esposo, no viéndole sino raras veces, y entónces con mil temores! ¡Este inocente niño casi no conoce á su padre, ni ha podido disfrutar de sus tiernas caricias! ¡Habrá familia mas desdichada! ¡Creia haber llegado al término de mis males y quizá comiénzan de nuevo con mayor encarnizamiento! ¡Cruel Armance, perseguidor de la inocencia!... Pero es preciso partir, pues mi esposo lo manda. Vamos á ver si en otra

parte encontramos mas tranquilidad. Salí, busqué una silla de posta y un postillon seguro, y la mañana siguiente, despues de haber pasado una noche agitadísima, hice mis preparativos para este viage, cuyas conseqüencias fatales me estaban diciendo los presentimientos de mi corazon. Abrazé á mi hijo, y le dixe: Emiliano mio, ahora vamos á unirnos tal vez para siempre con tu desdichado padre; tú le abrazarás y le harás mil caricias; ¿no es así? por que ha padecido mucho por tí, y yo tambien.

Ocurrióme luego la idea de entregar á mi hijo la cartera ponién-

dola en la faltriquera de su casaquita juntamente con mi retrato, y enseñarle esta especie de arenguilla ó cumplimiento para saludar á Leclero: padre mio, á la naturaleza corresponde el ofreceros los rasgos del amor, y los regalos de la fortuna que tanto os ha perseguido. El niño habia aprendido perfectamente estas cortas cláusulas. Subimos en fin Juana, Emiliano y yo á la silla, y partimos. Fué feliz nuestro viage hasta Maintenon; la noche se acercaba, y entre este lugar Maintenon y Chartres, campiña árida, vasta y desierta, se nos acercáron tres malvados y amenazá-

ron al postillon con la muerte si no se detenia. Dos de estos monstruos arrancáron á mi hijo de entre mis brazos ; se alejáron ; y el tercero subió á la silla , se sentó á mi lado, alargó un bolsillo al postillon , y le habló , no se qué , al oido. Yo estaba casi sin vida; Juana, llena de miedo, no se atrevia á levantar los ojos del suelo ; y el traidor postillon sacudió á los caballos , que me separáron para largo tiempo de mi amado Emiliano.

No sé como he tenido fuerzas para contaros este suceso, cuya memoria todavia quebranta mi corazon. Mañana , amigos mios , sa-

breis quien fué el autor de esta atrocidad, y os referiré la multitud de desgracias que me hizo padecer este perverso.

En este estado dexó Madama Leclerc su narracion; se despidió luego de Palemon; y volvió con los suyos al coche que la conduxo á la granja de Brígida.

TARDE XLVI.

EL VALOR.

Fin de la historia de Emiliano.

Al dia siguiente Madama Leclerc, su esposo, Emiliano, Brígida y la jóven, que hasta ahora no se sabe quien es, volviéron á la granja de Palemon, con grande complacencia de sus hijos; y despues de los políticos cumplimientos, fuéron al terrazo para oir el fin de los extraordinarios sucesos que hacia dos dias fixaban toda su atencion.

Os dexé ayer, prosiguió Madama Leclerc, en el momento del funesto rapto de mi hijo en el camino de Chartres. Estaba, como os dixe, poseida de un gran desmayo, del que no volví en gran rato; y apénas me recobré un poco quando oí un ruido de caballos, originado de un destacamento que por allí pasaba á todo galope. La vista de los soldados asustó de tal manera á los hombres que estaban apoderados de Emiliano, que le arrojáron en un barranco. Yo, á grandes voces, pedia mi hijo al hombre que estaba junto á mí; pero él, riéndose, me dixo: ya le vereis. —

Pero, ¿adónde me llevais? ¿con qué derecho disponen de mi persona? —— Pronto lo sabreis. — Yo imploraré el socorro de los primeros pasageros que se presenten, y de toda la ciudad de Chartres. —— No pasarémos por ella. —— ¡ Gran Dios! ¿ qué quieren de mí?

Me levanté para arrojarme á todo riesgo fuera de la silla que corria con la mayor velocidad, pero me contuvo aquel hombre, y sacando una pistola, me dixo, que á la menor accion, á la menor voz que diera, me quitaria la vida. No podia espantarme la muerte en tan amarga situacion; pero era madre,

y me aseguraban que volveria á ver á mi hijo; ¿podia abandonar esta esperanza? Me resigné pues, y guardé silencio. En efecto, no pasámos por Chartres; el pérfido postilion, que estaba sobornado, nos llevó toda la noche por caminos extraviados; y al amanecer me hallé á la puerta de un antiguo castillo, donde me obligáron á entrar diciéndome: ya estais en un sitio donde hace mucho tiempo que os esperaban. Mucho habeis tardado en venir, pero nunca es tarde para lo que se desea con ansia.

Estas breves palabras me hiciéron conocer que estaba en el

castillo de Armance, y que, como lo habia presumido, era mi raptor el Conde. Me recibiéron varios criados con toda atencion en una sala donde no tardó en presentarse mi enemigo. En fin, me dixo sonriéndose, ¡ estais en mi poder, hermosa fugitiva! yo me lisongeo de que no os volvereis á huir. Monstruo, le dixo; ¿ qué quieres? ¿ qué exîges de mí? ¿ qué es de mi hijo? ¿ por qué se le has arrebatado á su madre? ¿ debe esta inocente criatura ser víctima de tu pasion enfurecida? —— Ya le verás, pero baxo una condicion. — ¿ Quál es esa condicion, hombre bárbaro y sin ho-

nor? — ¡Bien por vida mia! ¿te atreves á llamarme hombre sin honor despues de tu pérfida conducta y la de tu marido, que ha abusado de mi confianza del modo mas indigno? ¿quién sino él vendiera á un hombre que le confiaba sus mas secretos pensamientos? ¡Lisongeaba mi pasion, y era mi rival; y extendió su infamia hasta servirse de mis propios criados y de mi coche para ser tu raptor! ¿es esto honradez? ¡gentes ingratas! ¡habeis cansado mi paciencia, y conducido al sepulcro á un desgraciado tio que no queria sino vuestra felicidad! pero no os librareis de

mi enojo. Ya está el pérfido Leclerc encerrado en una prision para siempre; y tú.... — ¡Cielos!... ¡mi esposo!...— Sí, no volverás á verle: y á tí solo te resta un medio para desarmar mi cólera; pero si te resistes, no volverás á ver la luz del dia. — ¿Y es esta la finura con que esperas hacerte amar? ¿Es esta la conducta con que intenta atraherse los corazones el Conde de Armance? En efecto sabes inspirar sentimientos de odio y de horror; esto es lo único que inspiras.

El Conde, algo confuso, se volvió á los suyos; y fixando

principalmente la vista en el que me habia traido, le dixo : esta muger ha perdido el juicio : es preciso compadecer su estado : que la lleven á la estancia que la he destinado. A estas palabras se apoderáron de mí, y exclamé ; ¡ó Juana! ¡ó mi leal criada! ¿tendrán tambien la crueldad de separarme de tí? Entónces el Conde, con mucha frialdad, dixo : que la acompañe su Juana para servirla ; y dicho esto se retiró sin mirarme.

Yo estaba desesperada : Juana se me presentó y procuraba en vano consolarme. Nos lleváron á un

quarto alto, cuya ventana, que tenia rexas, daba sobre el campo. Unos muebles simples, pero cómodos, eran el adorno de mi prision. Junto á una alcoba habia un gabinete muy reducido para mi criada. Quedamos pues las dos encerradas en este asilo doloroso. No os pintaré mi estado, pues fácilmente podeis conocerle. A cosa de las dos, nos traxéron algunos manjares que no pude probar, á la noche hiciéron lo mismo; pero esta noche cruel me recordaba á mi esposo en un estado mas infeliz que el mio, y á mi hijo afligidísimo con la falta de su tierna madre; y el

efecto de estas ideas encendió en mí una calentura que abrasaba mi sangre. En dos dias me ví á las puertas de la muerte: el Conde queria entrar en mi estancia; pero dixe que su presencia serviria solo de acelerar mi muerte. Yo solo pedia mi hijo, y prometia que si me le entregaban, me prestaria gustosa á quantos remedios querian subministrarme los físicos. Todos enmudecian; nadie me daba noticia de mi Emiliano; y aun oyó Juana que el Conde decia á media voz á su mayordomo: ¡estos pícaros criados! yo no queria sino separarle por un momento de su

madre para que ésta fuese conmigo complaciente.... ¡ perder al muchacho!

Juana se persuadió á que aquellos bárbaros habian tenido la atrocidad de matar á mi hijo; pero no se atrevió á comunicarme tan funestas sospechas. En fin, la fuerza de mi edad y la de mi temperamento me hiciéron sobrevivir á tantos males; ¡ tanto es cierto que la muerte, que mil veces nos sobrecoge en medio de las felicidades, casi siempre ensordece á las voces del infeliz que la llama! Me restablecí poco á poco; y quando Juana me vió bastante fuer-

te, me fué por grados preparando á la triste noticia de la muerte de mi hijo, que ella tenia por segura. Yo sabia que el veneno no era medio desconocido al Conde, quando queria deshacerse de alguno; pero no veia qué interes hubiera podído tener en acabar con esta inocente criatura, á no ser por vengarse de su padre, á quien habia jurado un odio implácable. Esta idea era la única que podia tener fundamento, y lo mismo que Juana, me persuadí á que Emiliano ya no exîstia: ¡qué dolor para una madre!

Muchas veces quiso el Conde

entrar á verme, pero le amenacé con que me mataria á sus ojos, si tenia él atrevimiento de profanar mi estancia con su presencia. Estuvo mas de un mes sin entrar; y yo advertia que de quando en quando iba á París, pues se conocia esto en el silencio del castillo y la falta de los criados. El mayordomo era la única persona que entraba en mi quarto para traerme quanto necesitaba. Era el mismo que se habia apoderado de mí en el camino de Chartres, y me causaba horror al pensar que podia ser uno de los asesinos de mi hijo. En vano deseaba huir de mi

cárcel; cada dia me convencia mas de esta imposibilidad; y de que me era forzoso padecer allí hasta que el cielo se dignase de compadecer mis penas. Continuamente pensaba en Leclerc, y lo suponia en la Bastilla: pues á estar libre, hubiera empleado mil medios judiciales ó de otra especie, para sacarme de la prision; pero, ¿cómo habian podido prenderle? creí que el Conde le habria preparado otra celada como á mí en el camino de Chartres; ¿mas quién habia revelado al Conde el secreto de nuestra fuga? ¿quién le habia indicado con tanta exâctitud el camino

que yo debia seguir ? ¿ quién me habia vendido tan iniquamente? Juana era sola mi confidente, y esta muchacha, ademas de no haberse separado de mí un minuto, era incapaz de semejante baxeza : todos los dias me confirmaban en esta buena opinion sus lágrimas, su amor y sus consuelos. Ella, así como yo, tenia horror á quantos nos rodeaban; con ninguno hablaba, y era mi fiel y continua compañera; ¿pues de dónde provenia tanto daño? ¿de alguna indiscrecion de Leclerc? En fin, estabamos los dos separados y presos, sin esperanza de recobrar en largo

tiempo la libertad, y para siempre privados de la dulcísima prenda de nuestra union. Así era que la vida no me presentaba atractivo alguno; habia resuelto quitármela á las primeras instancias del amor brutal del Conde, y con este objeto tenia entre los colchones de la cama escondido un cuchillo, que debia auxîliar este acto legítimo de mi desesperacion.

Una noche que por entre los hierros de las rexas de mi estancia, contemplaba la hermosura de los diferentes sitios que esclarecia la luna, oí en el campo, no muy léjos del castillo, un laud, que sin

saber por qué me llamó la atencion, y excitó en mi afligido pecho una conmocion agradable. El que tocaba el laud se acompañó con él una cancion de la pieza de música, *la Maga Urgelia*, cuyas estancias todas acaban en este verso: *Aquí está tu bien querido*; y repetia tanto esta cláusula, que noté en ello bastante afectacion. Dexó de cantar luego por un corto espacio de tiempo, y volvió á hacerlo, entonando una polaca de una opereta del teátro italiano, cuyo título es: *Nunca puede estarse en todo*: las palabras eran las siguientes:

En la noche obscura

baxo mis ventanas,
una voz escucho
que eleva mi alma.
Pues muy expresiva
dice quando canta:
ven, ven, ven á verme
mi prenda adorada.

El incógnito músico repitió igualmente muchísimas veces el final de esta letrilla, cosa que no dexó de hacérseme misteriosa; y dixe á Juana, ¿has oido la música? —— Si señora; y ciertamente que el cantor lo hace muy bien.— Yo no sé, Juana, por qué razon esta voz me ha conmovido tanto; lo que yo siento es que no prosiga...

pero vuelve á sonar el laud. En efecto el músico al son de su laud, cantó unas coplillas de otra pieza, que dicen.....

Ines, Ines, Ines,
aquí está quien tuyo es.

Repitió tambien muchas veces estas últimas palabras, y dixe á Juana: seguramente indican algun misterio tan afectadas repeticiones. Registré en quanto pude con mucho cuidado el campo, por si distinguia quien era el que me regalaba con su música; pero no pude conseguirlo, porque estaba al parecer bastante retirado del castillo, y reparé con disgusto que se aleja-

ba, pues le oí cantar en varios parages de donde se percibia ménos la voz; y aun me pareció que dió vuelta al castillo cantando, lo que me inquietó bastante. Pasé toda la noche reflexîonando sobre este suceso; y á la mañana conversé largo tiempo con Juana, que no habia hecho el menor reparo de tanta repeticion dirigida al parecer á un mismo objeto. Hícela sobre esto varias reflexîones, en fuerza de las quales convino en que esta *serenata* incluia algun secreto que no podiamos penetrar. A la noche siguiente volví á ponerme á la reja; y quedé atónita al oir la misma

voz que repitió con igual órden que la noche anterior las mismas canciones. Entónces me persuadí á que tantas afectadas repeticiones se dirigian á mí, ¿pero cómo podia responder? No tenia instrumento alguno con que pudiese acompañar mi voz; y ademas de esto era muy aventurado el que yo cantase ó hablase, pues acaso exponia al músico, que tal vez podia venir de parte de mi esposo, ó serlo él mismo, aunque nunca le habia oido cantar ni tocar, sin embargo de haberme dicho varias veces que manejaba con destreza el laud. En la

confusion en que me hallaba de como corresponderia á esta especie de llamamiento, de repente me ocurrió un medio muy á propósito. Esta noche estaba el desconocido cantor mas cerca de mis rexas, porque sin duda llamaba su atencion la luz que esclarecia la estancia. Me pareció que distinguia la figura de un pastor, pero muy en confuso. Juana, que se habia criado guardando cabras en los montes de Aubernia, sabia silvar perfectamente, y yo no. Procuré pues en voz baxa enseñarla una sonata, que á la segunda leccion repitió silvando con la mayor exâctitud;

hice que se acercase á la rexa, y en ella silvó lo que yo la habia enseñado cantando, que era la muy conocida cancion de *Zemira y Azor*, quando aquella dice á éste....

Azor, Azor,
pues yo te llamo,
ven á mi voz.

El músico que estaba preludiando otra sonata, al oir silvar suspendió su preludio, lo que nos dió á entender que se ponia á escuchar. Luego que acabó Juana, cantó el músico:

Ines, Ines, Ines,
aquí está quien tuyo es.

Y Juana le respondió:

Azor, Azor,

ven á mi voz.

Este extraordinario duo se prolongó bastante, y la afectada expresion de los dos actores manifestó que se correspondian recíprocamente. El incógnito se acercó mas á la rexa y cantó un rondó, cuyas repeticiones todas decian:

Si obscuro está,

él volverá.

Un ligero ruido que oimos nos hizo temblar; el hombre desapareció; y de este modo finalizó tan gracioso concierto, que me daba á entender que habia quien pensaba en mí, y que tal vez se buscaban me-

dios para que recobrase mi libertad. Con sola esta débil esperanza fué tal mi gozo que abracé á Juana mil veces, y empezó á resplandecer en mi ánimo la aurora de la felicidad. Solamente la idea de la muerte de mi hijo turbaba mi alegría; pero á lo ménos, exclamaba, si recobro mi tierno esposo seré mucho ménos desdichada. A la mañana, por vez primera despues de mi enfermedad, entró el Conde en mi quarto. Su presencia me hizo estremecer temiendo que hubiese oido el concierto de la noche anterior, y me imputase alguna inteligencia con el músico: porque el infeliz de todo

desconfia, y cree muy fáciles de adivinar sus secretos; pero á las primeras palabras del Conde conocí que eran vanos mis recelos. Me habló con dulzura, rogándome que no persistiese en ser mi mas mortal enemiga, y procurase mejorar mi suerte siendo mas complaciente con él. A no ser por la aventura del músico, creo que al instante hubiera executado el proyecto que habia concebido de quitarme la vida; pero comprehendí que debia ganar tiempo para que le tuviera de libertarme el que se interesaba en mi suerte. Me mostré pues ménos irritada; y le supliqué dulcificase el tédio de mi

cautiverio dándome libros, tinta y papel, haciéndole entender, que quantas mas finezas le debiera, tanto mas iria desvaneciéndose de mi corazon el resentimiento. Me prometió cumplir exâctamente mis deseos, y se retiró bastante satisfecho. Volvió de allí á poco á suplicarme que le permitiese visitarme con mas freqüencia; pero sin contestarle á este punto, le pregunté si estaba seguro de haberse cumplido la órden de prision despachada contra mi esposo. Respondióme que sí, y añadió: „no os „quede la menor duda de que no „volvereis á verle; sin embargo, sí

„ en adelante... si no fueseis tan in-
„ dócil... no me falta crédito para
„ obtener su libertad... pero esa ex-
„ traordinaria obstinacion... tan po-
„ cas pruebas de reconocimiento...
„ En fin, no espereis verle libre
„ hasta darme pruebas seguras de
„ que no me aborreceis.

Retiróse sin esperar contestacion, y me entregué de nuevo á mis sentimientos. Leclerc estaba preso, con que no era él quien cantaba cerca de mis rexás... ¿Y si este fuese un nuevo lazo dispuesto por el Conde?... ¡Es tan pérfido y tan capaz de qualquiera maldad!... ¡Gran Dios! no destruyas, decia yo, con

este funesto pensamiento la esperanza que empieza á reanimar mi espíritu atribulado. ¿Sería posible?.. pero no, ¿á que fin? ¿con qué intencion? ¿para saber si todavía amo á mi esposo? ¿cómo puede dudarlo? ¿para asegurarse de si tengo deseo de huir de su poder? Menos puede dudar esto. No, no puedo creer que el Conde entra en este suceso. El que canta sin duda es algun amigo de mi esposo, y nada arriesgo en escribirle; si vuelve esta noche le obligaré á que fortalezca ó destruya mis esperanzas. Es de suponer que el Conde me traxo quanto le pe-

dí, y así escribí al instante estas breves cláusulas:

Quálquiera que seais, hombre sensible y generoso, sacadme de aquí, y volvedme á mi esposo, por quien sin duda os exponeis. Indicadme los medios de ayudaros en esta empresa, y contad con mi eterno agradecimiento.

Carolina Leclers.

Firmé este papel, porque estaba resuelta á quanto pudiera sobrevenirme; y á mas de esto, si por casualidad el incognito era uno de aquellos hombres de fantasia acalorada, y que gustan de abrazar empeños extraordinarios, era preciso

nombrarme para que mejor pudiese tomar sus medidas. Esperé pues la noche con la mas viva impaciencia, y á la hora acostumbrada me arrimé á la rexa. Al instante ví, aunque algo distante, al del laud que se acercaba cantando estas palabras de la opera del *Desertor*.

La voy á oir,
la voy á hablar:
¡ay que placer
tan singular!

Repetia muchas veces la expresion de *la voy á hablar*; y temiendo que la repeticion de la música excitase sospechas en los que velaban en el castillo, le inter-

rumpí dando algunas palmadas. Quando ya le ví debaxo de mi rexa, con unas cintas que habia enlazado, descolgué mi villete: le tomó y desapareció al momento. Desde este punto cesó entre nosotros toda especie de música. Conocí que este hombre no podia saber como habia de escribirme, y por consiguiente que no traeria carta alguna preparada; y así para recibir contestacion, me era preciso esperar hasta la noche siguiente. Nunca tiempo alguno se me hizo tan largo. En fin llegó la suspirada hora, y ví á mi hombre arrimarse á mis rexas. Compre-

hendí su intencion; y habiendo puesto una piedrecilla en el cabo de la cinta, la descolgué; de allí á muy poco la tiré hácia mí; el hombre se retiró apresuradamente; y yo me hallé con una carta. Mira, mira, dixe á Juana; he recibido esta carta. — Leedla pues. — ¡Cielos! ¿qué veo? esta letra es de mi esposo... — Pues veamos lo que dice.

¡En fin he descubierto donde te hallas querida y desgraciada Carolina! sabe pues lo que me ha sucedido. El dia convenido fuí á Chartres á casa de mi amigo Belville: ¡quál seria mi sorpresa al preguntar por tí, y responderme que no ha-

bias parecido! Esperé, pero no llegaste; esperé otro dia: y sucedió lo mismo. Yo no podia presentarme en París, por no exponerme á que me prendiéran en virtud de la órden que habia para ello. Supliqué á Belville, que fuese á informarse; y los dos dias que tardó en volver, fuéron dos siglos para tu triste esposo. Estuvo Belville en tu casa, donde no habias parecido despues de tu partida; fué á ver á nuestra afligida tia, pero tampoco le pudo dar noticia alguna de tí; ¡qué cruel inquietud! No pude sufrir esta incertidumbre, y de noche fuí á París: estuve con Madama Leclerc, y la supliqué hiciese quanto fuese po-

sible para saber de tí. Nuestra buena tia, sospechosa de alguna traicion del Conde, se valió de todos sus amigos, y llegó á saber que un criado del Conde habia descubierto tu habitacion en París; que velando sin cesar al rededor de tu casa, vió una mañana parar á tu puerta una silla de posta, que al punto que subias á ella con tu hijo y tu criada, el agente del Conde preguntó al postillon dónde os llevaba, y que éste sin el menor reparo se lo dixo, lo que tú, ocupada en acomodar tus efectos, no advertirias. Ya no nos quedó duda de que el Conde habia sido tu raptor; pero no podiamos

sáber adonde te habia conducido. La tia al instante recurrió al Intendente de policía, quejándose de que el Conde de Armance le habia arrebatado una sobrina que amaba entrañablemente; pero este Magistrado la respondió: el señor Conde tiene mucho valimiento, y es dificil, por no decir imposible, recobrar la jóven que pedís. Yo me echaré á los pies del Rey, le dixo mi tia, indignada de semejante injusticia. Haced lo que quisiereis, la respondió el juez; pero el Señor Conde tiene en palacio mucho influxo y no sereis atendida, ni conseguireis hablar á S. M. Quando supe esto estuve para

morir de pena; particularmente cortándome todo arbitrio la órden de mi prision. Resolví pues valerme de artificios, á falta de otros medios. Fuí á casa del Conde, y supe que casi siempre estaba en su castillo de lo qual inferí que este seria tu cárcel, y que aquí debia buscarte. Medité mucho tiempo el medio de conducirme; y á pesar de las vivas instancias de mi tia, que queria contenerme y tomar á su cargo el libertarte, partí á las cercanías de este castillo. Me vestí de pastor, tan bien que era imposible conocerme; procuré que me entendieses por medio del laud, instrumento pre-

cioso, cuya melodía nunca me ha sido tan agradable. En fin, me comprendiste, me escribistes, te contesto, y me hallo mas sosegado.

Pero ahora, ¿cómo he de hacer para libertarte? Tus ventanas tienen rexas, y es vana toda tentativa por esta parte. ¡Si pudieras conseguir que te trasladasen á la habitacion del piso inferior, pronto te verias en mis brazos! Dame quantas señas puedas acerca de lo interior del castillo, su disposicion, y las gentes que le guardan, para que yo pueda discurrir alguna invencion favorable. Te prevengo que este castillo y las tierras adyacentes, son precisamente los bie-

nes que el Conde y Dubourg robáron al infeliz á quien diéron veneno; y esto debe hacerte mas odiosa semejante morada. Mañana á la misma hora espero tu respuesta.

Mil veces leí esta carta, y toda la noche estuve pensando como haria para satisfacer los deseos de mi esposo, pues yo nada sabia de la disposicion interior del edificio. No tuve pues mas arbitrio que al dia siguiente suplicar al Conde me permitiese pasear y ver el castillo. Alegróse mucho, él mismo se sirvió de acompañarme para este efecto, y me enseñó todas las habitaciones. Quando estuvimos en la

que se hallaba debaxo de la mia manifesté deseo de ver la del piso inferior, condescendió el Conde, y baxamos á ella, pero al entrar me dixo: id con cuidado; y entónces reparé en una especie de pozo que habia enmedio; alcé los ojos, y ví en el techo una trampa; pregunté al Conde que significaba aquello, y me dixo: yo os lo explicaré quando estemos en los quartos de arriba. Desde el piso inferior subimos al entresuelo, que era la habitacion de que me hablaba mi esposo en su carta. Por sucia y asquerosa que estaba, la hubiera preferido á la mia, pues me habria

proporcionado mi libertad; pero no me atreví á proferir ni una palabra en órden á esto, porque sin la menor duda me hubiera hecho sospechosa. En el segundo piso reparé en los suelos y techos trampas iguales á la que abaxo habia visto. Recordé al Conde su promesa de explicarme para que servian estas trampas, y lo hizo así: sabed, Carolina, que esta ala del castillo es antiquísima. Aquí encima, en el tercer piso, hay una estancia, que en los tiempos del dominio feudal, los señores del castillo la llamaban la cámara ardiente; en ella encerraban á las perso-

nas á quienes aborrecian, y á cierta señal se abrian á un mismo tiempo las trampas de todos los pisos, y la víctima caia en el profundo pozo que habeis visto abaxo.

Me estremecí al considerar que yo habitaba encima de esta cámara ardiente, y conociendo la perversidad del Conde, temblé que algun dia me hiciese padecer igual suplicio; pero me tranquilicé reflexîonando que á tener semejante intencion, no me habria declarado el destino de las trampas. Visitamos tambien la huerta que era bellísima; y fingiendo que estaba cansada y algo indispuesta, dixe

que queria retirarme á mi quarto. Me acompañó el Conde, y se despidió asegurándome que en breve me comunicaria un proyecto, de que dependia mi libertad. Retiróse y cerró la estáncia. Quando me ví sola con Juana, pensé en sacar partido de las situaciones locales que habia exâminado; y aunque sin resolver todavia nada, escribí á mi esposo lo siguiente.

Estoy pensando en un vasto designio, que creo me ha de salir bien; y á fin de no perder tiempo, no te puedo escribir largo. Mañana á media noche estarás baxo de la ventana del entresuelo, que es de

la que tú me hablas : yo la abriré, y por ella baxaré á tus brazos. Dispon las cosas de modo que podamos huir seguramente, y cuenta con la criada para este efecto.

Mi esposo en su carta no me hacia pregunta alguna en órden á mi hija, porque sin duda suponia que se hallaba conmigo. No tuve por conveniente hablarle de este asunto, y quebrantar su corazon, participándole la fatal noticia de su pérdida. Por la noche, Leclerc, vino por mi villete, y me dió otro, donde me juraba que perderia ántes la vida que no alcanzar mi libertad; y añadia: que muchas ve-

ces habia tenido intencion de denunciar al Conde como asesino de un rico propietario; tenia todas las pruebas necesarias para convencerle; pero fuera de que se le hacia odioso el ser delator, habia reflexîonado que este asunto resultaria en infamia de la memoria y familia de mi tio: con que por solo un puro efecto de delicadeza, se proponia abandonar al cielo la venganza de sus agravios. Pronto veremos que no podia dexar largo tiempo impunes las maldades del Conde de Armance.

Quando mi esposo se retiró despues de haber tomado mi villete

pensé seriamente en cumplir lo que le habia prometido, sin poder yo misma comprehender como habia incurrido en semejante ligereza: porque efectivamente era demasiada imprudencia prometer una cosa, sobre la qual no habia meditado, y que exîgia medios que no estaban á mi alcance; y en una palabra, solo tenia idea muy confusa de mi proyecto. Sin embargo me ocurrió de repente un pensamiento muy atrevido, pero que verificado llenaba enteramente mis deseos. El quarto que yo habitaba no tenia trampa como los inferiores; sabia que todos los techos de abaxo es-

taban horadados, y que nadie ocupaba estas habitaciones. Ayudada pues de Juana, aparté mi cama y la puse en medio de la estancia. En el sitio que ocupaba mi lecho me puse, por decirlo así, á sondear el suelo, que por fortuna era solamente formado de travesaños llenos de latas y yeso. Quitamos la primera cubierta, y á fuerza de trabajo, y con el auxîlio de una paleta de chimenea y unos alicates, llegamos á hacer un agugero bastante ancho para que pudiésemos descolgarnos por él. Un pequeño madero que quitamos, muy grueso pero mas corto que los otros,

nos proporcionó una abertura bastante grande; y en fin la obra quedó concluida poco ántes de amanecer. Yo temblaba de que el Conserge que habitaba no muy distante de nosotras nos oyese; pero no sucedió así, pues tuvimos la precaucion de trabajar con nuestras manos, y sin instrumento alguno que hiciese ruido. Quando el agugero estuvo en toda forma, volvimos á poner la cama donde ántes estaba, de modo que era imposible descubrir cosa alguna de nuestro trabajo. Por la mañana el Conserge y el Conde viniéron á verme; supuse que tenia una gran

jaqueca, y á la tarde supliqué que me traxeran la cena temprano, porque tenia mucha necesidad de dormir.

A la noche, quando todos se hubiéron retirado y nos vimos señoras de nuestras acciones, tratamos de dar el último punto á la obra. En conseqüencia, apartada la cama, atamos las sábanas por sus extremos; yo llevaba unas tixeras y un cuchillo que al tiempo de cenar oculté cautelosamente; despues por medio de las cintas atadas entre sí, descolgamos la bugía, y el candelero al quarto inferior; atravesamos en la abertu-

ra el madero que habiamos quitado, y anudando en él fuertemente el cabo de una sábana, nos descolgamos con la mayor felicidad. Habiamos dado el primer paso para nuestro intento; y aunque dificil, no lo era tanto como el que nos faltaba. La maldita trampa del suelo que pisabamos, sin duda hácia larguísimo tiempo que no estaba en uso, de modo que parecia clavada en el quadro en que se encaxaba. Era tambien de temer que si lográbamos levantarlas, nos precipitásemos con ella al quarto entresuelo, porque ignorábamos el artificio con que estaba cons-

truida ; bien que nos animó mucho el ver que en medio tenia un anillo de yerro , pero tan mohoso , que nos costó infinita paciencia y trabajo el ponerle corriente. La trampa tenia dos hojas , lo que nos fué de infinito provecho , porque dexando la una abierta , atamos las sábanas de la cama de Juana en el anillo de la otra ; y finalmente descendimos al entresuelo , habiendo descolgado primero la bugía y candelero con las mismas cintas, pues como Juana baxó la primera en la escena anterior , las desató del candelero , y yo las recogí. Al punto que nos vimos en el entre-

suelo corrí á la ventana, y ví que solamente nos impedia la salida por ella una red de alambre, al paso que las ventanas de los quartos altos todas tenian rexas muy gruesas. Desde luego se conoce la facilidad con que quitariamos un impedimento tan débil como el de la red. En fin, por última escena, atamos á la ventana una especie de soga que hicimos de nuestras mismas ropas interiores, y nos hallamos brevemente en el campo, locas de placer por el recobro de nuestra libertad. Entretanto llegó la media noche, y Leclerc no parecia. Temblabamos de miedo de que

por casualidad nos descubriesen las gentes que habitaban en la ala izquierda del castillo, que se prolongaba hácia la parte por donde hibiamos huido. Ya empezaba á desesperar quando reparé un hombre que venia hácia nosotras : ¿eres tú? me dixo.—— Sí, yo soy ; y nos abrazamos estrechísimamente. Huyamos al punto, exclamamos los tres á un tiempo ; y despues de haber andado á pie como un quarto de legua, encontramos dos caballos, que Leclerc tenia atados á unos árboles para qualquiera caso. Mi esposo, embriagado con el placer de verme, y por otra parte

ocupado en oir las particularidades de mi fuga, no me habia hablado de mi hijo en este corto tiempo; pero luego que llegamos adonde estaban los caballos, dixo: ¿y Emiliano? ¿dónde está, que no le veo? yo pensé que Juana le traia en brazos. — Amigo mio, dixe, vertiendo un mar de lágrimas, no volverás á verle. — ¡Cielos! — Los ministros del Conde nos le arrebatáron; y no sin graves motivos sospechamos que han tenido la barbaridad de matarle, por vengarse de su padre. — ¡Cómo!... Armance... ¡hombre abominable!... ¡y yo me resistia á de-

latarle! No, no: es forzoso que acabe sus miserables dias en un cadahalso. Yo queria huir y expatriarme, pero mudo de parecer. Vamos al punto á París, allí me conocerá el malvado, y pagará todos sus crímenes.

Me valí de quantos ruegos son imaginables para disuadir de este intento á mi esposo; pero se obstinó, diciendo que queria saber lo que habian hecho de su hijo. Hube de condescender; bien que lisonjeándome de que quando estuviese ménos dolorido, le haria pasar á un país seguro; y entónces yo, como madre de Emiliano,

estrecharia al Conde en justicia, y le pediria mi hijo. En fin, llegué á templar un poco los primeros sentimientos de su desdichado padre, y montamos. Juana, como acostumbrada en su país á este exercicio, ocupó sola un caballo; y mi esposo me puso á la grupa del suyo. De este modo llegamos al amanecer á París y á casa de nuestra tia, á la qual hallamos muy inquieta porque nada sabia de su sobrino, á quien no habia visto por espacio de ocho dias. Nos abrazó llorando de alegría, però bien pronto participó de nuestro dolor por la pérdida de Emiliano, y nos pro-



Si sufres adversa suerte,
Sea con resignacion,
Que es mas ilustre blason
Ser sufrido, que el ser fuerte:
Tal vez en bien se convierte
La mayor adversidad,
Y en la ciega obscuridad,
De que ceñidos estamos,
Lo que por mal reputamos
Es nuestra felicidad.

Lit. Blanc. Lig.

metió ayudarnos con todo su poder en las investigaciones que queriamos hacer sobre esta materia. Creiamos que, si Emiliano exîstia, no podia ménos de estar en poder del Conde, y esto nos impedia para tomar noticias en el camino de Chartres por razon de nuestro peligro, aunque este era el mejor medio para rastrear algo. No nos ocurrió leer los papeles públicos, que tal vez podrian habernos dado alguna luz, porque ademas de que nuestra seguridad llamaba toda nuestra atencion, todo el mundo ignoraba que Leclerc tuviese un hijo llamado Emiliano. Así es que

las mas profundas tinieblas nos ocultaban este niño, miéntras Brígida y Mr. Laurent hacian todo lo posible para saber de sus padres.

Me hallaba tan fatigada, que por espacio de seis dias estuve en cama, de la que todo este tiempo no se apartáron mi esposo y su tia. Quando estuve algo restablecida propuse á mi marido que pasase á país seguro en tanto que yo imploraba el socorro de las leyes contra las persecuciones del vil Armance, que me habia despojado de mi libertad y de mi hijo. No queria Leclerc acceder á mis ideas; y estando en esto, Milet, el

cochero que mi tia habia acomodado en casa del Conde, entró en nuestra casa muy apresurado diciéndonos: ¡ sea enhorabuena! ¡ felices noticias! el Conde está perdido. — ¿Perdido? — ¡ Y bien perdido!, — Milet, ¿qué es lo que estás diciendo? siéntate, y dinos lo que sucede. — Ya sabeis que no estoy en casa del Conde, porque me despidió luego que supo que Mr. Leclerc era marido de la señora Carolina. Me acusó de haber sido cómplice en la fuga de ésta, pero esto no me quitó el seguir mi amistad con los demas criados, á los quales, como nunca

me falta algun dinerillo, convido de quando en quando, bien que en esto ellos me corresponden; no, no tengo que quejarme... — Al caso, al caso. — Pues bien; oid lo que me han contado. Hace ocho dias, que, á cosa de media noche, una tropa de soldados, que pasaba á poca distancia del castillo de Armance, advirtió un grandísimo resplandor; sorprehendiólos esta novedad; fuéron acercándose, y viéron que estaba ardiendo la ala izquierda del castillo. Yo no sé como estaba abierta una ventana, y de ella colgando unas ropas atadas en su extremo á la misma ventana, ó

no sé adonde ; lo cierto es que al parecer habia una vela encendida en el quarto , y saltando... pero no estoy en esto muy puntual ; lo cierto es que ardiéron algunas materias combustibles que habia en la estancia ; y de ésta , por medio de unas trampas que no se sabe como estaban todas abiertas , se comunicó el fuego á las demas habitaciones de arriba. Los soldados llamáron ; despertáron las gentes del castillo ; del lugar que está casi contiguo acudió la Justicia; apagáron el fuego ; y para asegurarse , registráron bien todas las habitaciones , y en la más baxa ha-

lláron un pozo hondo; baxáron á él por si habia caido dentro alguna cosa de valor; ¿y qué os parece que sacáron? un cadáver, que acaso por la frescura del sitio, ó por otra causa que yo no comprehendo, aun estaba entero; y lo que es mas, vestido; bien que las ropas estaban casi del todo podridas. Juntáronse las gentes á ver el cadáver, y uno de los asistentes exclamó: ¡cielos! ¡este es mi tio! no, no hay que dudar; él es: todos quedáron atónitos, y mas el Conde que se hallaba presente, y perdió del todo el color, de modo que parecia tan difuuto como el

otro. Precisamente el oficial que mandaba esta tropa era el que habia hecho esta exclamacion, con que dirigiéndose al Conde, le preguntó como se hallaba allí el cadáver de su tio; pero respondió el Conde tan mal, y manifestó tanta confusion, que el oficial sin detenerse en nada le mandó atar, y le traxo á París aquella misma noche. Era este bastante jóven, de mucha resolucion, y al parecer heredero de su tio; habia viajado, y á su vuelta supo que éste habia muerto despues de haber vendido el castillo y tierras de Armance. Aunque habia procurado saber noti-

cias individuales de la muerte de su tio, y de su última disposicion, se lo impidiéron varias obligaciones de su carrera militar, en la que tenia bastante crédito. Volvia de una de ellas quando se halló en el incendio del castillo, y presenció la extraccion del cadáver de su tio; le hizo registrar, y los médicos aseguráron que daba muy grandes señales de haber sido envenenado. En fin, parece que el oficial no se ha descuidado; se ha echado á los pies del Rey, que ha mandado que al instante se averigue el asunto, y en un momento se ha sabido que al tal hombre habia sido robado y

asesinado: porque algunos criados antiguos han depuesto que el mismo Conde, despues de haber cenado en París con un tal Dubourg y otro hombre, habia puesto el cadáver de este en su mismo coche; que le habia llevado al castillo, y ayudado de Dubourg le habia echado en un pozo, á cuya accion habia contribuido tambien un criado de confianza; y que nunca este ni los otros se habian atrevido á declarar nada temiendo el poder de su amo. Ahora, no sé como, ha quedado el asunto en claro; y los parientes del Conde, temiendo que el tal señor saliese á la plaza, han

revuelto, como dicen, el cielo y la tierra, y han podido conseguir que salga desterrado á nuestras colonias, para donde esta misma mañana ha marchado. —— ¿ Estás seguro? —— ¿ Si estoy seguro? ni siquiera un criado ha quedado en la casa; y los bienes del Conde han sido adjudicados al oficial, como heredero del difunto. La cosa se ha hecho volando, porque, al parecer S. M. estaba ya muy cansádo de quejas que le habian dado contra el tal caballero.

¡ Gran Dios! exclamé yo: si está ausente, ¿ cómo podremos saber de nuestro Emiliano? Pues

qué, ¿ os le ha robado tambien ? dixo Milet : ¿si le habrá echado tambien en algun pozo ? Esta reflexîon me hizo estremecer. Al punto fuí á ver á los jueces del Conde; la relacion de Milet era cierta; el único criado que se halló; y era el Conserge que estaba preso, fué preguntado en órden á esto, y dixo: que los dos criados á quienes él mismo habia entregado el niño en el camino de Chartres, hacia mucho tiempo que habian salido de la casa, sin que jamas hubiesen vuelto á comparecer en ella; y que por consiguiente nada podia saberse. Se hiciéron mil diligencias en busca de

estos hombres; pero saliéron vanas, y nos vimos precisados á llorar eternamente la pérdida de Emiliano. Obtuvimos fácilmente la revocacion de la órden que se habia despachado contra mi esposo, y nos fixamos en París con nuestra querida tia; pero nos hallábamos casi arruinados, porque Emiliano, quando me le arrebatáron, tenia consigo la cartera en que estaban las quarenta mil libras de la restitucion de Mr. Dubourg, reducidas á villetes de banco. Leclerc no tenia mas que su corta renta vitalicia; pero la vendió; compuso una suma bastante crecida; y se puso á comerciar con

tán buen acierto, que en ménos de diez años adquirió bienes muy considerables. Nada turbaba la felicidad nuestra sino la triste memoria de nuestro hijo; no teniamos otro, y esto aumentaba nuestros sentimientos. Murió nuestra amada tia, dexándonos encomendada una hija, que adoptamos. Viéndola estais, á vuestra vista está la amable Rosalía dotada de quantas bellas qualidades caben en una jóven; pero se avergüenza, y quiero excusarla el rubor de oir sus alabanzas para llegar al feliz suceso que nos proporcionó el recobro de nuestro querido Emiliano.

Habrá algunos meses que Brígida vino á París con su hijo adoptivo, para hacer ciertas compras de efectos que necesitaba. Tomó un mozo de carga para llevar unos paquetes al coche en que iba á subir para volver á su pueblo. Emiliano, á quien hizo la casualidad que nombrase; Emiliano, dixo el mozo de carga, mirando atentamente al muchacho; ¡quántas cosas me recuerda ese nombre! ¿Habeis conocido, le preguntó Brígida, á alguno que se llamase Emiliano? — Sí, conocí á un niño.... pero no pensemos en esto; ya está hecho, y no tiene remedio; pero nunca tendré

tanto sentimiento como.... ¡Un niño! me admirais; ¡si este fuese! — Á la verdad que seria de su edad; pero este es hijo vuestro, y casi no puede ser el de que yo hablo, cuya madre era una bellísima dama. — Yo no soy su madre; casualmente lo encontré. — ¡Bueno! vos habeis encontrado un Emiliano, y yo he perdido otro. — ¿Perdido? — En el camino de Chartres: allí le perdí. — ¿Qué oigo, cielos? ¡sin duda es este! ¿qué edad tenia? — Cinco años. — ¿Con chaleco blanco, pantalon verde, y casaquita azul? Precisamente, yo creo que le tiré á un barranco, porque

me sobrecogió un miedo... — Ya no hay duda, dixo entónces Emiliano; ¿no erais dos con librea? — Cierto; la librea del Conde de Armance, á quien servia entónces. — ¡Gran Dios! ¡Armance! yo me acuerdo de haber oido á mi pobre madre muchas veces ese nombre. Ibamos en una silla de posta con una criada, y dos lacayos me arrancáron de los brazos de mi madre; otro se metió en la silla en que ésta iba, y luego se alejáron á toda priesa. — Cabalmente; ¿con que vos sois? ¿cómo? ¿vos sois aquel pobre niño que yo?... terrible miedo tuvimos los dos compañeros

quando vimos que se encaminaban hácia nosotros los soldados: os echamos á un barranco, y luego escapamos á todo correr, y no volvimos á nuestra casa; porque sobre haber hecho semejante picardía, temimos que el Conde nos pidiera cuenta del niño, y no pudiendo dar razon de él, nos habria castigado cruelmente; digo que no podiamos dar razon de él, porque aunque de allí á media hora volvimos al puesto en donde os habiamos dexado, no estabais ya allí; por tanto tomamos nuestro partido: mi compañero se acomodó con un ingles, que le llevó á su tierra;

y yo pasé á la América con un amo, que ha vuelto hace algunos meses; acaba de morir; y para mantenerme he tomado el oficio que veis. — ¿Sabriais ahora hallar á mi padre y mi madre? — Bien dificil es: lo que únicamente puedo deciros es que se llamaban Mr. y Madama Leclerc... pero ahora que me acuerdo, Milet, mi amigo, fué cochero de casa entónces; esta mañana justamente lo he encontrado, y me ha dicho donde vivia; vamos allí, y él nos dará algunas noticias.

Brígida y Emiliano, rebosando de gozo, siguiéron al mozo, que les llevó á casa de un particular,

donde Milet se hallaba sirviendo: preguntó por él; salió, y le dixo: amigo, ¿sabes donde viven Mr. y Madama Leclerc? — Sí por cierto. — Pues aquí ves á su hijo Emiliano, á quien he encontrado hoy mismo: encárgate de entregarlo á sus padres, porque yo temo se me siga algun perjuicio, aunque yo realmente no hacia mas que cumplir lo que el amo me mandaba.

Fuése el mozo; y Milet, contentísimo, tomó al instante un coche, donde subió con Brígida y Emiliano, y llegáron á nuestra casa, situada en la calle de la Universidad, donde continuamos ha-

bitando. Juzgad quales serian los extremos de nuestra alegría. Dimos á Milet mil pruebas de gratitud, y le diximos asegurase al mozo de carga que perdiese todo recelo de parte nuestra. Hallamos en fin nuestro hijo; Brígida nos contó la historia de su adopcion, y admiramos la probidad de esta honrada muger, respecto de un niño desconocido, á quien trató con toda la delicadeza del tutor mas escrupuloso. Ella nos ha prometido no dexarnos nunca, y ahora vamos á su granja con intencion de comprarla, y asegurarla su subsistencia para toda su vida; y en su compañía y la de

nuestro Emiliano esperamos pasar el resto de nuestra vida en medio de la virtud y la terneza filial: bien cara nos ha costado esta dicha, pero tanto mas placer nos causa ahora el haberlo adquirido.

Esta es, queridos amigos mios, la historia de Emiliano, que deseabais ver concluida: amadle siempre como á un hermano vuestro, y miradnos como amigos de vuestro padre, que nos ha dado tantas pruebas de su estimacion.

Así acabó Madama Leclerc la historia de sus desgracias, y se retiró despues con su familia, exîgiendo de Palemon la promesa de

que al dia siguiente iria con sus hijos Mr. Delacour y Enriqueta á la granja de Brígida, que iba á convertirse en patrimonio suyo, como justa recompensa de su hospitalidad y extremada honradez.

TARDE XLVII.

LA UNION.

Gràn diversion de los muchachos.

A la mañana siguiente la jóven familia de Palemon se reunió para desayunar. Adela toda la noche habia soñado en cadáveres, trampas y profundos pozos: las rosas de su rostro estaban algo descoloridas, sobre lo qual la zumbáron todos. Ella se defendió con la debilidad de su sexô, y la conversacion recayó sobre el atroz carácter del

Conde de Armance y Mr. Dubourg, tio de la joven Madama Leclerc. Luego se trató de Emiliano; del modo que se extravió; del rapto de su madre, y su prision; todo esto analizó largamente, y de comun acuerdo convinieron en que, si hay buenas gentes en el mundo, tambien se encuentran muchas veces entes viles, corrompidos y perversos. Leon dixo: parece novela la vida de ciertas personas; á la verdad me parece que todo quanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado, ó debe verificarse, si no precisamente en un sugeto, en varios,

lo que viene á ser lo mismo. ¡Suceden tantas cosas en el mundo, originadas ya por la debilidad de unos, y ya por la perversidad de otros! De todo esto es preciso sacar un plan de conducta, y ciertas reglas para no ser víctimas de la maldad de los réprobos, y creo que la mas segura de todas es seguir con candor y firmeza el camino del honor y de la probidad: tarde ó temprano la virtud triunfa de todo, y el crímen queda descubierto. Seamos virtuosos, para no perdernos jamas con los malos. — Verdaderamente, dixo Armando, que esa es una moral muy digna de aproba-

cion: Leon habla como un libro. — Alguna vez, respondió este, puede que escriba libros; y para esto es necesario tener buen corazon, juicio recto, fino discernimiento, y penetrarse de las verdades que se pretenden inspirar á los demas: el que escribe, y no piensa, edifica sobre la arena; no es posible que su moral se sostenga, y que su estilo sea siempre el mismo, pues en muchas ocasiones no podrá ménos de descubrir su inmoralidad y su verdadero modo de pensar; con que por consiguiente jamas podrá adquirirse la estimacion y confianza. O! ahora, gracias á las lecciones

de papá, y á los exemplos que ha presentado á nuestra vista, conozco los hombres lo bastante para no engañarme sobre sus vicios, ni sobre sus virtudes. Yo los estudio mas que mis hermanos, porque me propongo ilustrarlos algun dia. Hago lo mismo que un jóven artista que se dedica á la pintura; nada se le escapa de los sitios que quiere dibuxar, y en los que apénas reparan los otros. Abraza hasta la cosa mas menuda, miéntras que no ve en lo que exâmina sino un conjunto agradable. No me parece que se me puede reprehender de que yo quiera hacer un estudio profundo

del corazon humano ; pues sobre mi insinuada intencion de escribir, tambien me servirá este estudio para manejarme en el mundo, donde, lo mismo que en el juego, que no me gusta, no quiero engañar, ni ser engañado. Ve aquí, hermanos mios, mi modo de pensar ; y creo que si papá me oyese, tendria la dicha de merecer su aprobacion.

Conviniéron todos en que Leon decia muy bien; sin embargo, Julio le objetó que veia las cosas demasiado siniestramente ; que sin duda habia demasiados criminosos en el mundo; pero que habia mil medios para preservarse de sus golpes ; y que lo

que á uno sucede, no les sucede á otros cien mil. Julio teme que á fuerza de desconfiar de los hombres se les llegue á aborrecer; y en este caso es de preferir vivir en un monte, á vivir en una ciudad; y será preciso renunciar la sociedad de los hombres para tenerla con las fieras. Me parece, añadió, que la mucha desconfianza conduce á la misantropía, que es el sello del extravío de la razon; y por otra parte, ¿qué razon tendrá un hombre para tenerse por mejor que los demas? ¿porque no roba, ni da venenos como el Conde de Armance? Nosotros tenemos nuestros defectos y debi-

lidades, si otros tienen pasiones criminosas; y en todo esto no veo sino cierto mas ó ménos, que diferencia las especies, y separa los buenos de los malos. Por felicidad estos últimos son pocos: sí; los grandes malvados son unos fenómenos de la naturaleza, así como los terribles uracanes que se verifican raras veces, y destruyen la esperanza del útil agricultor; pero estos vientos, quando son templados, producen mil beneficios. Ya veis, pues, hermanos mios, que es menester no preocuparnos contra la especie humana, porque en ella se encuentren algunos individuos

que la degradan ; estos no son como los demas hombres , y no deben considerarse con relacion al todo que es bueno, sensible , generoso y compasivo (*)

Demasiado séria era esta conversacion para Adela y Enriqueta ; y así la interrumpiéron , empeñando á sus jóvenes amantes á que les hicieran ramilletes porque como habian de comer con otras gentes, necesitaban adornarse algo mas de lo

(*) Demasiada filosofia me parece la de Julio y Leon atendida su corta edad; pero puede disimularse en cambio de la instruccion que presenta.

regular. Al instante Julio y Armando saliéron al campo á recoger los preciosos regalos de Flora, para que sirviesen de ornato á sus queridas. Traxéron los ramilletes, que fuéron muy alabados, y cada qual se retiró á disponerse. Palemon, que habia oido la conferencia de Julio y Leon, se paseó con su amigo Delacour, y ambos conviniéron en que no podia darse mas juicio y discernimiento que el que manifestaban aquellos jóvenes. ¡O amigo mio! dixo Delacour á Palemon, ¡qué padre tan feliz sois!— No me cuesta pocas fatigas y sudores tan sagrado título. ¿No veis que empleo

todos los instantes de mi vida en la educacion de mis hijos, y que esta es una ocupacion bastante penosa? Todos mis conocidos me dicen que para educar los hijos del modo que yo lo hago, es preciso no atender á otra cosa, y yo lo confieso: el arte de educar la juventud exîge tanta atencion y tanto desvelo que no permite el menor descanso; pero yo no puedo acomodarme al método de aquellos preceptores que toman treinta, quarenta ó mas discípulos, les hacen repetir uno tras otro ciertas lecciones, atienden regularmente solo á tres ó quatro de ellos, sin cuidar de los demas, ar-

reglan las horas de sus tareas como las de un jornalero; y al cabo de unos años, preciosos si se emplearan bien, entregan á sus padres unos muchachos muy griegos y latinos, pero muy embusteros, envidiosos, desconfiados, é imbuidos de todos los vicios que mutuamente se comunican, y despliegan despues en la sociedad, corrompiéndola y escandalizándola. Me hago cargo de que no todos los padres pueden hacer lo que quieren; y que les es preciso, por decirlo así, sortear la educacion de sus hijos aventurándola; pero yo, gracias á Dios, puedo evitar este mal, y me ocupo

exclusivamente en las obligaciones que me ha impuesto la naturaleza. No pierdo de vista á mis hijos ni un minuto en todo el dia, y los sigo tanto en sus tareas como en sus recreaciones. Oigo todo lo que dicen, veo quanto hacen y por lo regular sin que ellos lo sepan; y rectificando sin cesar su juicio con la leccion animada del exemplo, jamas tengo con ellos el tono de un preceptor ridículo que siempre está con la palmeta en la mano. Así es que debo confesar que no hay padre tan feliz como yo, y que nadie recibe recompensa mas útil y dulce de sus fatigas. Es preciso

confesar que mis hijos son bellísimos; y sin hablar de su corazon, que es excelente, como su razon está cultivada, y su ingenio es vivo y penetrante, tienen conocimientos que pueden serles utilísimos en el mundo. El mayor es un excelente matemático, y todo lo puede emprender. Benito habla cinco ó seis lenguas, es emprendedor; y un amigo me ha prometido acomodarle muy bien en el ramo de la marina, donde podrá adelantarse. Leon... ¡ó! este es un preciosísimo muchacho: su talento es prodigioso, nada se le resiste, y le tengo preparada una plaza de Se-

cretario de un gran señor, que puede elevarle á los primeros empleos del estado. Ya cuento por acomodados á estos tres, aunque el establecimiento de Armando no está del todo asegurado, y por eso nada digo de él; pero no me causa pena. Me restan todavia una hija, y un hijo adoptivo: oid lo que pretendo hacer con ellos. Quando hubiere acomodado á sus hermanos, que no dexará de costarme bastante dinero, casaré á Julio con mi Adela, y estos buenos muchachos quedarán en mi compañía: ellos cerrarán mis ojos; partirán mi herencia con sus hermanos, y les de-

xaré ademas mi granja para morada suya. Tal es mi plan, amigo mio : me parece que no tengo nada que añadir... sino una cosa de que no me ha querido hacer presente vuestra modestia. Armando ama á vuestra hija Enriqueta, ¿ consentiriais en su union ?... Vamos, vamos, me parece que sí : veo que os embarazais porque nada podeis dar á Enriqueta; pero no os dé cuidado, ya buscarémos con que puedan acudir á sus necesidades ; y luego, amigo, que trabajen así como nosotros hemos trabajado ; y el señor matemático tendrá, si no me engaño, muy buen cuidado de

hacer feliz á su esposa y á sus hijos, si los tuviere: ¿qué tal? ¿qué decis? ¿no os parece esto bien pensado?

Mr. Delacour agradeció á Palemon la delicadeza de su proceder, y los dos amigos se paseáron juntos hasta la hora de partir para el convite, hablando de todas estas cosas con la mayor confianza y satisfaccion. ¡Qué alegre estaba el buen Palemon! ¡brillaba en sus ojos el fuego de la ternura y de la alegría! Acababa de arreglar el destino de sus hijos, entre quienes repartia igualmente su afecto y su fortuna. ¡Era justo, era buen padre, era fe-

liz! ¡ ó ! ¡ qué satisfacciones tan dulces son las de la paternidad ! Ellas dan al hombre cierto carácter augusto, que inspira á un mismo tiempo amor y veneracion.

Todavia se paseaban nuestros amigos quando viéron á la hermosa tropa de muchachos, que muy aseados y llenos de júbilo venian á avisarles que ya era hora de tomar el camino. Mr. y Madama Leclerc los habian convidado, y era preciso llegar temprano para tener tiempo de pasearse y divertirse. Palemon tomó su báculo y sombrero, que traxo Benito. Delacour tomó el suyo de manos de su hija, y todos

saliéron al campo abierto. Ya no era aquella tropa libre y alborotada, que en tiempos anteriores habia pasado por el mismo camino saltando y jugando á las quatro esquinas: eran ya personitas muy compuestas y racionales. Cada amante daba el brazo á su querida con licencia de los papás que se sonreian. Benito caminaba reposadamente junto á Palemon y su amigo que hablaban de cosas serias; y Leon iba separado de todos, meditando acaso en la composicion de algun poema. Armando y Julio atendian con mucho desvelo á servir á las señoritas: no camineis, las decian, por

esos guijarros, seguid por esta senda, ¿quereis aquella hermosa flor? no camineis tan apriesa que os cansareis &c. &c. Ved aquí lo que manifestaba la atencion y sensibilidad de nuestros jóvenes.

Llegáron á la granja de Brígida, donde los esperaban con impaciencia. Desde la puerta un delicioso olor que salia de la cocina lisonjeaba el olfato; y nuestros jóvenes que se sentian con gentil apetito, se miraban y se reian complaciéndose. La granja de Brígida estaba lo mismo que un espejo. En la sala baxa encontráron nuestros amigos á Madama Leclerc y á la jóven Rosalía,

que se levantáron á recibirlos. Al instante enviáron á decir la llegada de Palemon á Mr. Leclerc y su hijo Emiliano, que estaban ocupados en la huerta, y luego viniéron á abrazar al virtuoso anciano y á sus hijos. Despues de todas las cortesanas demostraciones de un franco recibimiento, determináron dar un paseo por la huerta. Emiliano dió el brazo á su madre, y Leon ofreció el suyo á Rosalía, cuyas gracias y adorno modesto le hiciéron bastante impresion. Entráron en la huerta, ¡qué agradable sorpresa! baxo de un pavellon que formaban las entrelazadas ramas de unos tilos,

jazmines y madreselva, habia una mesa con muchos cubiertos; todos los árboles estaban adornados con guirnaldas de flores; y los rústicos ecos de un tamboril, que acompañaban los de una dulzayna, advirtiéron que este lugar estaba destinado á Ceres, Baco y Terpsicore. Se danzaría despues de comer, y segun parecia hasta entrada la noche; porque unos faroles, pendientes de las guirnaldas, anunciaban que habria iluminacion. ¡Qué dia tan divertido se preparaba! Nuestros jóvenes saltaban de placer á vista de tan gratos preparativos: ¿qué es esto exclamó Palemon? ¿estamos en

los palacios encantados de la celebrada Armida?— Todoquanto veis, respondió Leclerc, es disposicion de mi hijo, todo es invencion suya; y ha pasado una parte de la noche el pobre muchacho para proporcionaros algun entretenimiento. Ha querido recibir dignamente á unos amigos sinceros y afectuosos, y celebrar con placeres inocentes la felicidad de haber hallado á sus padres. Brígida le ha ayudado.... ¡ ó! ¡ si hubieseis visto á esta buena muger subir, baxar, correr, y no parar á pesar de su mucha edad, con tanto zelo... creo que se echaria en el fuego por su Emiliano : es im-

posible hallar muger mas buena.... pero ahora no lo veis todo ; aun espero veros mas sorprehendido por que los festines de Neron, que describe Petronio, son nada en comparacion de lo que os falta por ver. Ya, ya advertireis qué luxo, qué máquinas, qué fuegos artificiales !... pero debo callar, pues si mi hijo supiera que os participo sus ideas lo sentiria infinito. —— ¡ Qué buen padre sois ! — ¿ Qué he de hacer? ¡ el muchacho es tan dócil, tan respetuoso y tan bueno! A mas de eso, á su madre y á mi nos ha costado tantas lágrimas que se nos debe perdonar si incurrimos

en algun exceso de condescendencia. ¡Ah Palemon! ¡si todos conocieran como nosotros la felicidad de ser padres! Dexemos á estos niños correr, jugar, travesear y divertirse á nuestra vista con inocentes placeres, que este es el medio de que nunca apetezcan otra sociedad que la nuestra. Esta noche, á una hora regular, volvereis á vuestra granja en mi coche; los muchachos se acomodarán tambien en él del modo posible, y os acompañarán mis criados, aunque estos campos no son peligrosos, ni por sus caminos, ni por los malhechores, que infestan otras comarcas.

Quedó Palemon contentísimo de que á sus hijos se les proporcionase tanta diversion; y dió las gracias á Mr. Leclerc, que era un hombre de instruccion y de bellísimo carácter, y de bastante ménos edad que Palemon. Vamos pues á pintar los placeres de este dia á nuestros lectores; porque, como amigos de la tierna juventud, no se desdeñarán de atender á estas individualidades, y participarán así de la fiesta preparada por Emiliano, que de ménos años les ha interesado tanto en los primeros tomos de estas tardes.

Desde luego un columpio es la

primera diversion á que se aplican temer que todos los muchachos: no hay que se rompa, porque Mr. Leclerc responde de su seguridad. Ve aquí á Adela, que es la primera que ocupa el columpio: Julio, detras de ella, empuja el asiento, miéntras que Emiliano y Armando tiran por delante de una cuerda para facilitar el movimiento. Adela prorumpe en desmedida risa al verse girar por la region del viento; pero de quando en quando dice: poco á poco: no quiero tan alto; y como no estaba habituada á este exercicio, Palemon, despues de un corto rato, dice: basta, basta; Julio que lo oye,

al momento contiene la maquina, porque teme que su querida se haya indispuesto; Adela desmonta, se rie como ántes, y todo el mundo se sosiega. Luego dicen á Enriqueta que ocupe el columpio, pero ella se resiste; mas tiene que ceder, y ocupa el asiento. A las primeras vueltas suplica que la paren, porque se le turba la cabeza, y se le revuelve el estómago. Baxó pues, y fué á sentarse junto á Adela; y como ya no habia damas á que atender, se levantó una terrible competencia entre los muchachos sobre quien habia de ser el primero á columpiarse. Á mí me toca, dixo Ar-

mando : déxame á mí, contestó Julio : detras de mí irás tú, repuso Leon, separando á Julio : ya lo veremos, dixo Benito, arrojándose á coger el columpio : los otros se oponen ; pero empuja á uno, echa en tierra á otro, y se revuelve entre todos como un torbellino ; y al fin, como es tan cabezudo, se sale con la suya. Ve aquí pues á Benito que vuela en el columpio hasta tocar las hojas de los árboles vecinos; pero como es tan resuelto, nada le parece bastante, y grita ; mas alto, mas alto. ¡Qué contento está! pero no se rie : su satisfaccion es concentrada, y solo de quando en

quando dice: ya toco los árboles; ¡quánto se ve desde aquí! ¡qué placer! ¡adelante, adelante! Pero esta no es la cuenta de los demas: se cansan, dexan las cuerdas; y como Benito no tiene quien lo empuje, se ve precisado á baxar. Despues se columpió Leon; tras de él Julio y Armando; y en fin llegó el turno á Emiliano, que en esto no quiso ceder de su derecho. Pasado un gran rato de esta diversion, se cansan de ella, y la dexan por jugar á la sortija, cuya máquina habia transportado Emiliano de la ciudad á la huerta de Brígida.

¡Nuevo juego, nueva disputa!

Es claro que Enriqueta y Adela deben ocupar las sillas; ¿pero quién montará en los caballiots? Para esto hay quatro competidores, y Benito quiere llevársela de guapo; pero Julio dice, echemos pajitas, y tóquele á quien le tocare. Convienen todos; echan suertes, y toca empezar á Armando y Emiliano. Los otros muchachos ponen mal gesto; pero se consuelan, pensando que luego llegará su turno. Ocupan pues las damas las sillas, y los jóvenes los caballos con una gravedad, que parecia estaban en alguno de los torneos que nos cuentan los libros de caballería. La máqui-

na rueda velozmente, y los jugadores van enfilando las sortijas que sucesivamente se presentan. Enriqueta gana la partida; le ha gustado mucho este juego, y continua ocupando su silla, y tambien Adela. Los caballeros desmontan, y los reemplazan Julio y Benito. Este quiere que la máquina ruede con mucha mayor rapidez; pero le hacen presente que esto podria incomodar á las señoritas. Julio gana la partida, y Benito se enfurece: no quiere desmontar; y el buen Julio cede su derecho á Leon; y para colmo de la cólera de Benito, Adela gana el juego. Esta, Enri-

queta y Leon desmontan ; y dicen á Benito que haga como ellos ; pero él no quiere , y se obstina en jugar solo : para desesperarlo mas, todos se aplican á los manubrios de la máquina , que gira con la mayor rapidez ; el muchacho no puede enfilar ni una sortija , y rabiando de enojo se tira al suelo desde el caballo ; su mal humor divertia mucho á los concurrentes , quando viniéron á avisar que la comida estaba ya en la mesa.

Cada qual corrió al pavellon, baxo el qual estaba situada la mesa , en la que hizo Palemon los honores. Colocó á Emiliano entre su

padre y madre, y á Brígida junto á Mr. Delacour; él se puso entre Adela y Enriqueta, y por pura casualidad tocó á Leon sentarse junto á la jóven Rosalía. Un particular, de cierta edad y respetable presencia, estaba sentado junto á Mr. Leclerc, y nuestros jóvenes amigos tenian puestos los ojos en él. Entónces Madama Leclerc, levantando la voz, dixo: yo presento en esta sociedad á Mr. Lucas, antiguo propietario de algunas tierras de estos contornos, á quien ha arruinado un suceso muy raro: es un amigo de Brígida, y por consiguiente lo es mio y de mi marido;

yo espero que todos nuestros amigos le traten con toda la atencion que se merece.

Todos le hiciéron un cumplimiento muy cordial, y luego se pusiéron á devorar los simples, pero excelentes manjares que se sirviéron: entretanto la alegría hizo los gustos de la conversacion, y llegáron los postres, que fuéron exquisitos. Habian puesto en medio una especie muy grande, cuya figura era como la de un vizcocho. Al instante que Emiliano quitó la cubierta del pastel, que estaba hueco, se escapáron de él algunos paxarillos, que, atados por un pie,

no pudiéron elevarse mucho, y presentáron á la sociedad algunas divisas muy bien dibuxadas, y puestas con tal arte, que parecia las llevaban en sus piquillos. Muchos fuéron los aplausos universales que mereció esta invencion. Mr. Leclerc dixo sonriéndose: ¿tambien para mí sorpresas? Cogiéron pues las divisas, y se leyéron en alta voz. En una decia: *al respeto filial*: en otra, *á la ternura paternal*: otra, *á la amistad sincera*: otra, *á la hermosura y los placeres inocentes*; en una palabra, cada divisa ó tarjeta contenia un lema moral y corto: esto divirtió mucho rato la concurren-

cia. Las damas pidiéron que se les diese libertad á los paxarillos; y al momento se les quitáron las prisiones, y voláron alegres á los apetecidos campos. A poco rato despues cayéron desde los árboles sobre la mesa unas coronas de flores delante de las damas, y varias ramas de mirto delante de los hombres. No fué ménos agradable que la primera esta sorpresa. Se pidió que las damas se pusiesen las coronas, y que los caballeros acomodasen las ramas en los ojales de sus vestidos; hízose así, y parecia todo un quadro animado de la primavera. Celebraban los convidados á porfia la

invencion de Emiliano, quando otra nueva sorpresa arrebató la general admiracion, y echó el sello á la alegría. Una blanca paloma atravesó por el ayre rápidamente, y dexó caer sobre la mesa un círculo lleno de anillos de diferentes tamaños: cruza todo el círculo una inscripcion que decia: *repartid entre vosotros estas prendas de la amistad.* Sacáronse del círculo los anillos, y cada qual se acomodó, el que mas se acomodaba, á su dedo y á su carácter; porque sobre cada anillo se habia grabado una palabra, tal como *ancianidad*, que tocó á Mr. Delacour; *bondad*, á Pa-

lemon; *hermosura*, á la jóven Rosalía; *ternura*, á Madama Leclerc; *probidad*, á Brígida; *delicadeza*, á Mr. Leclerc; *vivacidad*, á Benito; *ingenio*, á Leon; *valor*, á Mr. Lucas; *dulzura*, á Enriqueta; *talento*, á Armando; *candor*, á Julio, y *respeto*, á Emiliano. Quedaba un anillo en donde decia *amor*: ¿á quién se le habia de dar? Nadie lo podia, ni queria decidir; pero Palemon resolvió la dificultad, diciendo, sonriéndose, á su hija: Adela, á mí me parece que te estará muy bien este anillo; haz la experiencia. La jóven, encendida como una rosa, obedeció á su pa-

dre, y le contestó: parece que expresamente lo han hecho para mí. — Pues bien, guárdalo, repuso Palemon mirando á Julio, que conoció toda la fuerza de la mirada.

Así se divirtiéron hasta el momento en que á las damas se les suplicó cantasen alguna cosa. Enriqueta, Adela y Madama Leclerc se excusáron: únicamente la prima de Emiliano, la bella Rosalía, sin hacerse de rogar, cantó con infinita gracia y gusto los versos siguientes, que fuéron muy celebrados.

En la apacible cumbre
del elevado Olimpo

el sempiterno Jove
una fiesta previno
por festejar á todos
los Dioses sus amigos:
y porque en nada fuese
turbado el regocijo,
no llamó á las Deidades
que ciegan los sentidos:
así es que del convite
quedó Baco excluido,
sirviéndose ambrosía
en vez del licor ciprio:
Amor, el rapaz ciego,
sufrió el desayre mismo;
pero para vengarse
arco y dardos previno;
y oculto entre las ramas

de un siempre verde mirto,
flechando fué uno á uno
los Numenes divinos,
que ardiendo á la eficacia
de fuego tan activo,
tormentos solo halláron
en vez de regocijos.

Bien conociéron todos que estos versos se habian compuesto expresamente para la funcion; y Leon, á quien le habian gustado mucho, preguntó de quién eran. No está el autor muy léjos, contestó Emiliano: conocedle en los colores que la modestia derrama en su semblante; mi prima Rosalía... —— ¡Cómo! exclamó Leon

embelesado; ¿esta señorita hace versos? —— No debo tener pretensiones, dixo Rosalía, de pasar por poetisa, aplicándome un título, que parece proscribén de nuestro sexô su flaqueza, y la educacion que se le da tan distante de semejante objeto, pero tengo aficion á la poesía; y algunas veces sigo con la pluma los impulsos de mi corazon. —— Segun me parece, repuso Leon, si os aplicais, no será dificil que os veais coronada de laurel de Apolo.

Rosalía se avergonzó de esta galantería de Leon, el qual despues de haberla mirado un rato,

como admirado dixo : ¡ feliz talento ! ¡ graciosos versos ! yo tambien los hago, señorita. Apénas Leon prorumpió en esta indiscreta expresion, quando conoció su imprudencia, y le pesó mucho, pues Rosalía le dixo : ¿ con que haceis versos ? y esta frase, repetida con ingenuidad por los dos jóvenes, excitó cierta sonrisa agradable en toda la sociedad. ¡ O ! dixo Palemon : mi hijo es un poeta como pocos ; aunque no sé como ha tenido valor para atribuirse esta habilidad, despues de haber oido los graciosos versos de esta señorita; pero una vez que lo ha dicho, es

muy natural que nos lo haga conocer; y en consequencia, suplico á la amable Enriqueta, que nos haga el favor de cantar el romance que hizo Leon para la última fiesta de campo que tuvimos. Estos señores conocerán sus disposiciones, y sin duda me darán la enhorabuena de ser padre de tan grande hombre.

Palemon pronunció estas palabras sin dureza, ni darlas el tono de una ironía demasiado amarga; pero Leon no dexó de quedar algo picado interiormente. En fin, Enriqueta accediendo al deseo de Palemon, cantó el insinuado ro-

mance, que fué universalmente aplaudido. Sobre todos Rosalía quedó muy contenta, y miró á Leon con cierto interes que éste la agradeció, dirigiéndola furtivamente algunas miradas llenas de expresion. Palemon, á quien nada se ocultaba, conoció que la similitud de caractéres empezaba á unir las voluntades de estos dos jóvenes; y no le fué muy sensible. No queria sino la felicidad de sus hijos; y en punto á matrimonio, atendia mas á la conveniencia de las inclinaciones, que á la de la fortuna; persuadido á que ésta depende de la actividad y talento del

hombre, y que regularmente es imprudencia arriesgar la felicidad de una larga vida á solo las convenciones sociales.

Adela tambien cantó una coplilla, y aun el mismo Palemon, á pesar de su edad cantó unos antiguos versos, cuyas estancias todas acaban con estas palabras: *porque Gregorio gusta mas de beber que de enamorar:* las quáles fuéron repetidas en coro en medio de mil carcaxadas de los jóvenes, que no podian contener la alegria que les inspiraba la del virtuoso anciano, y el placer que les causaba su complacencia.

Apénas se acabó tan alegre comida, quando en un momento fué quitada la mesa, y se preparó una sala de bayle en el mismo sitio. El terreno estaba cubierto de menuda arena, se encendiéron algunos faroles, se multiplicáron las guirnaldas y varios músicos de instrumentos rústicos tocáron las contradanzas mas conocidas. Los baylarines y baylarinas no eran muy numerosos, pero la fama de la fiesta habia atraido varias gentes de la comarca que se agregáron al bayle. Así en medio de la libertad mas pura, se entregáron á todos los extremos de placer que inspi-

ra esta diversion. Madama Leclerc bayló con su esposo, y Emiliano precisó á la anciana Brígida, á pesar de su resistencia, á dar un par de vueltas á la redonda. En quanto á Julio y Armando ya se dexa conocer quales serian sus compañeras; y Leon, que tambien empezaba á perder su indiferencia, danzó toda la tarde con Rosalía, que ciertamente no se mostró ofendida de la preferencia que la daba este jóven. Mil géneros de manjares se prodigáron durante el bayle, y los muchachos les hiciéron muy cumplidos honores, porque el exerci-

cio habia despertado grandemente su apetito.

Volvió de nuevo el bayle, y Palemon se entretuvo hablando con Mr. y Madama Leclerc y su amigo Mr. Lucas. Interesó este último tanto á Palemon, que le rogó se dignase de ir al dia siguiente á su granja, y referir á sus hijos su historia, pues no podia ménos de ofrecerles excelentes lecciones de moral. Mr. Lucas se obligó á complacerle y á ayudar con todo su esfuerzo el plan de educacion que constantemente seguia aquel buen padre. Esta conversacion, como tambien el bayle, fué-

ron interrumpidos con una multitud de cohetes que se dispararon á un tiempo mismo desde un pequeño terrazo que estaba poco distante. Todos corriéron al sitio, y ya se vé que los muchachos no serian los últimos en llegar. El buen Emiliano estaba dando este espectáculo; y al instante Benito se llegó á él y le dixo: amigo, déxame, déxame ver si yo acierto á disparar algun cohete. Emiliano de buena gana le habria complacido; pero Palemon, que conocia la viveza y atolondramiento de su hijo, le llamó y le mandó que no se separase de su lado, lo que causó bastante pesar á

Benito que hubiera dado entónces quanto tenia por ocupar el lugar de Emiliano.

Los fuegos fuéron muy variados, y vistosos porque se presentáron imitados el sol, luna y estrellas; y al fin una graciosa decoracion de transparencia, que en su fondo ofrecia á la vista de todos esta inscripcion: *Felices aquellos que, como yo, encuentran un buen padre y una tierna madre.*

Habian entrado en la huerta muchas gentes que no se cansaban de repetir aplausos con gritos, vivas y palmadas, celebrando la ingeniosidad de la invencion. Nuestra

sociedad se divertia, mas que viendo los fuegos, considerando la admiracion y tumultuosa alegria de los buenos labradores, para quienes tal vez hasta entónces habrian sido desconocidas semejantes escenas. Acabada esta funcion vino Emiliano á recibir los justos elogios que se tributáron á la finura y gusto de su invencion. Todos le abrazáron, particularmente sus padres, que habian llorado de ternura quando leyéron la inscripcion.

Pero los placeres tienen su fin, como todas las cosas que exîsten en el mundo: fué preciso retirarse; y Dios sabe si á mas de dos se les

oprimió el corazon de sentimiento de ver terminado tan dichoso dia. Palemon volvió á tomar el báculo y sombrero: Mr. Delacour hizo lo mismo, y la despedida fué ternísima. Yo estoy tanto mas satisfecho, dixo Mr. Leclerc á nuestras gentes, de que hayais querido participar de esta inocente diversion, quanto es la última que podemos proporcionaros aquí. Esta misma mañana hemos vendido esta granja con sus tierras, y casi puede decirse que á un mismo tiempo la hemos comprado y vendido, porque Brígida no quiere por ningun motivo, separarse de su Emiliano, si no ve-

nir á vivir con nosotros á Paris, donde la pondremos á ganancia el producto de la venta, del que podrá disponer como mejor la pareciere; y nosotros no podemos ménos de complacerla hasta en lo mas mínimo. A Dios amigos mios; despues de mañana iremos á París, donde nos lisonjeamos de veros siempre que qualquiera asunto os llame á la corte. Estad seguros de que si volviéremos con algun motivo á esta comarca, vendremos á veros. A Dios, y abrazad por despedida á Emiliano, cuya felicidad es desde ahora segura, respecto de que depende de nosotros.

Nuevamente fué abrazado de todos este bello jóven, y nuestros amigos ocupáron el coche de Mr. Leclerc, que envió para seguridad dos criados suyos muy bien armados. No sé positivamente, amigo lector, como se acomodarian tantos en un coche; presumo que Palemon, Mr. Delacour y Enriqueta ocuparian la testera; Adela iria al vidrio; Benito á su lado; sobre sus rodillas Leon; y sobre las de Armando Julio. Lo cierto es que todos llegáron con felicidad, y se entregáron al instante al sueño de que tenian mucha necesidad despues de tanto exercicio.

TARDE XLVIII.

LA INCONSECUENCIA.

Historia de Mr. Lucas.

Fáciles de conocer si dormirian profundamente nuestros jóvenes, á quienes el bayle habia cansado bastante. Así es que á la mañana fué dificil el despertarlos, y á no ser por Palemon que fué de cama en cama llamándolos, no se hubieran levantado en todo el dia. Quando se reuniéron para almorzar, el dia antecedente fué el único objeto de

la conversacion general. ¡Cómo me duelen las piernas! dixo Benito. — A mí los brazos, añadió Leon; y Julio aseguró que tenia dolorido todo el cuerpo. Quejábanse todos, pero sin tristeza; ántes bien sentian solo que no hubiera otros muchos dias como el anterior. Luego fuéron particularizadas todas las diversiones que habian disfrutado. Ponderáron mucho el gusto de Emiliano; y la gracia con que habia desempeñado los honores de la encantadora fiesta, cuyo objeto habia sido tan tierno. Alabáron hasta lo sumo á este jóven, sin dexar de hablar de él en toda

la mañana. Este dia fué de asueto y holgura, porque Palemon no quiso que trabajasen sus hijos por hallarse sumamente cansado; y así es que les dió licencia para divertirse, baxo la condicion de que al otro dia se entregarian con mas ardor á sus respectivas ocupaciones. Pero lo que el buen padre hacia para que descansasen, solo sirvió para fatigarlos mas, pues al instante se fuéron á la huerta, donde Benito, que era el mas alborotado, los excitó tanto á travesear, que hiciéron mil locuras inocentes, muy propias de su edad. Solo el ingenioso Leon estaba

serio ; y aunque no tenia mas de quince años, ya su corazon le hablaba por la bella Rosalía, cuya imágen habia tenido presente toda la noche. En fin Leon estaba enamorado, y un poeta con amores es mas tierno y sensible que qualquiera otro amante. Bien sabia que dos de sus hermanos amaban; y muchas veces los habia zumbado sobre esto porque él no habia hallado hasta entónces objeto que arrebatase toda su atencion y pensamientos; pero no se atrevia á confesar su pasion. Si se hablaba de Rosalía tenia cuidado de no elogiarla, temiendo que sus alaban-

zas diesen á entender la naturaleza de los sentimientos que le agitaban. Huia de sus hermanos; y semejante á los pastores de la Arcadia, iba á suspirar á la orilla del arroyuelo que atravesaba por la huerta, y nacia de una cristalina fuente. Se proponia cantar la hermosura de su querida, y ya disponia en su imaginacion mil amorosas canciones y elegías. En una palabra, era uno de aquellos amantes que Honorato de Urfé nos pinta en su Astrea. Sus hermanos advertian esta mudanza, aunque no se atrevian á burlarse de él por no causarle pena; pero se reian entre sí, y

con tal extremo y tan ruidosas carcajadas, que Palemon, que pasaba cerca de ellos, se llegó á preguntarles dulcemente el motivo de su descompasada alegria; dixéronselo, y el anciano riyó de la especie con todos ellos. Así se pasó esta mañana, y al mediodia vino Mr. Lucas á comer como lo habia prometido; y los muchachos celebráron mucho volver á ver á un hombre que habia participado de los placeres del dia antecedente. Leon se acercó á él, y con mucho disimulo le preguntó cómo estaba la bella Rosalía, y sobre la respuesta de que se hallaba buena, sus

facciones se animáron de tal modo, que sus hermanos adivinando el motivo, no pudiéron ménos de sonreirse. Largo tiempo habló Mr. Lucas de sus trabajos, y de los favores que habia debido á Mr. Leclerc y á su esposa, favores que, segun decia, eran para él mas apreciables que todos los tesoros del mundo. Hiciéronse los elogios del padre y madre de Emiliano, y de ellos nació consiguientemente el de Rosalía, sobre lo qual se extendió Leon con mucho fuego. Habló tambien Mr. Lucas, con entusiasmo de Brígida, á quien hacia mucho tiempo que trata-

ba ; y últimamente de su hijo adoptivo , que justamente era tan estimado de nuestros jóvenes , y quando se acabó la comida, pasáron al terrazo , donde rogó Palemon á Mr. Lucas les contase su historia , y él lo hizo de esta manera.

Yo , amigos mios, fuí tambien jóven como vosotros ; y en aquel tiempo hice tantas locuras juveniles como el que mas. Perdí mis padres desde muy niño , y quede al cargo de un tutor que me daba todo el dinero que queria , y por tanto me entregaba ciegamente á la disipacion y á los placeres de mi

edad, quando el amor vino á arreglar mi conducta y mis inclinaciones. Vivia en París, y freqüentaba mucho las tullerias, paseo el mas hermoso y concurrido en aquel tiempo. Allí ví un dia á una jóven, cuyas gracias personales arrebatáron toda mi atencion. Iba en compañía de una señora anciana, que presumí seria su madre ó alguna parienta. Paseáronse largo rato, yo dí las mismas vueltas que ellas, al fin se retiráron, y las seguí á lo léjos hasta la calle de San Honorato, donde vivian en una casa muy buena, y muy cercana á la calle nueva de Luxêm-

bourg. Al dia siguiente procuré informarme en la vecindad de quienes eran estas señoras. Dixéronme que la jóven se llamaba Luisa, que vivia con su madre y un tio muy anciano; que era custodiada con mucho desvelo, porque siendo como era hermosa y rica, sus gentes trataban de establecerla ventajosamente, y temian los lazos de la seduccion. Con estas noticias procuré y conseguí ganar la confianza de una criada, por lo qual supe que esperaban un maestro de lengua italiana para Luisa, recomendado por el Comendador Erville primo de la señorita, que

habitaba en una casa de campo. Hizo la casualidad que en poder de Julia (que así se llamaba la criada) estuviese la carta de recomendacion del maestro ; y á fuerza de oro y promesas conseguí que en vez de entregársela, como debia, á su ama Madama de Volange, me la entregase á mí. En representacion pues del maestro italiano me presenté aquel mismo dia á Madama Volange, y la entregué la carta de recomendacion del Comendador su sobrino. La anciana me recibió muy bien, y me encargó la mayor decencia quando diese leccion á su hija, previnien-

dome al mismo tiempo que no la enseñase en italiano las palabras, *yo amo, yo adoro amante, &c.* y que no le diese á leer el Petrarca, nì otro libro alguno que tratase de amores. Prometílo todo; y desde este momento dí continuas lecciones á la bella Luisa, que permaneció largo tiempo sin sospechar que yo fuese su amante encubierto. Me atreví pues un dia á revelarla mi secreto, y quedé fuera de mí al hallar á esta jóven sensible y agradecida á los extremos de mi amor. Ella me aseguró que la misma opresion en que la tenian, no hacia mas que excitar la fuerza de sus

pasiones; y ademas de esto Julia ya la habia dicho quien era el fingido maestro italiano. Luisa me amaba me lo decia, y al mismo tiempo lloraba considerando que sin nacimiento distinguido, y sin grandes bienes, era imposible que yo llegase á ser esposo suyo. Procuré tranquilizarla; estaba enamorado, y nada se me ponia por delante..... ¿qué os podria decir para evitaros el quadro de una criminosa íntriga? Hubo ocasiones, el amor habló demasiado á los sentidos, nos extraviamos; y al cabo de algun tiempo Luisa me anunció las resultas de nuestra locura. Para mayor

desgracia el Comendador Erville vino á París; dixo á Madama Volange que yo no era su recomendado; Julia fué echada de la casa, y yo tambien con tanta confusion que temí verme puesto en una cárcel. Sin embargo no desmayé en mi empresa. Julia tuvo maña para ganar é instruir á la nueva criada que la substituyó llamada Francisca; prometió ésta que nos ayudaria en todo; pero ni ella ni Luisa podian imaginar el tenor de vida que con su hija empezó á observar Madama Volange, la qual desde luego conoció que yo era algun amante, y que Luisa me cor-

respondia. Pero nunca la perdia de vista durante el dia, y por la noche la encerraba juntamente con su criada en una sala que estaba inmediata á su misma habitacion; á la mañana abria la puerta á su prisionera, no se separaba de su lado, y así continuaba todos los dias.

¿Qué se habia de hacer en tan estrecha situacion? Yo, á lo ménos, debia salvar el honor de una señorita con quien no podia casarme; ella me lo suplicaba con instancias por medio de su criada que me escribia con cierto artificio que no es del caso especificar,

y la delicadeza me imponia el deber mas estrecho en esta parte. Tomé pues el partido que mejor me pareció. Junto á la casa de Madama Volange habia otra construida baxo el mismo plan, y ambas habian sido de un mismo propietario; pero éste las habia vendido á diversos dueños, y por consiguiente se habian tapiado todas las puertas de comunicacion de una casa á otra. Yo tuve la dicha de alquilar una habitacion en la casa contigua á la de la madre de Luisa, y casi en el mismo piso que ésta habitaba, de modo que solo una simple pared me separaba de mí

querida. Yo me lisongeaba de que abriendo un agujero en la pared, podria hallar á Luisa, consolarla, y tomar las providencias necesarias para resarcir su reputacion; pero fuí mas feliz de lo que esperaba; porque hallé la puerta de comunicacion de ambas casas, que solo estaba tapiada con un tabique muy delgado: quité con todo silencio los ladrillos, y abrí la puerta: quando estuvo acabada esta operacion, me puse á escuchar, y oí hablar á Luisa con su camarera; entónces la llamé, y me dí á conocer: díxela lo que habia hecho, y que por su parte hiciera á lo ménos una abertura capaz

de pasar por ella una persona, pues la debilidad del tabique respectivo á su estancia lo permitia. En fin, para no cansaros, tuvimos proporcion de tratarnos. Yo tenia gran cuidado de no salir de dia sino lo muy preciso, y disfrazándome: ademas habia mudado de nombre, para que Madama Volange no supiera que yo era su vecino. Todas las noches veia á Luisa delante de Francisca, y la prometia socorrerla á todo trance quando llegase el momento de su maternidad. Llegó pues esta hora tan temida: Luisa habia disimulado su situacion con la mayor cautela, de

modo que nadie recelaba lo que habia realmente. Ayudado de mi ama de gobierno, en quien tenia entera confianza, y de Francisca, recibí en mis brazos el fruto de nuestros amores, que ésta me entregó por la abertura del tabique, que quedaba cubierta con un quadro. Luisa fingió una indisposicion, y así pudo estar en cama algunos dias, durante los quales, la puerta y tabiques volviéron á ponerse como anteriormente estaban; y todo esto se executó con tanta felicidad, que el asunto quedó enteramente sepultado entre Luisa, Francisca, mi ama de gobierno y

yo; pues ni aun Julia tuvo noticia de ello. Pasado un mes, Madama Volange llevó á su hija al campo; desde donde unas desgracias inesperadas las precisáron á pasar á la América, y yo tuve el sentimiento de saber que esta jóven habia muerto en la travesía. Mucho lloré su pérdida; y como su secreto y el mio estaba ya oculto para siempre, no pensé sino en educar la preciosa hija que Luisa me habia dado; para la qual tambien era preciso tomar algunas precauciones. Tenia yo un tio muy rico, pero muy severo en órden á costumbres, el qual me prometió

todos sus bienes, si yo me casaba con quien él quisiese. No tardó mucho tiempo en proponerme una boda: resistí largo tiempo; pero reflexîonando que un casamiento ventajoso me proporcionaria medios para mejorar la suerte de mi amada Luisita, consentí en casarme con Eusebia La-roche, hija de un famoso asentista. Fuí bastante feliz con mi esposa, que me dió un hijo, y luego murió ella de pulmonia. Yo todavia no podia educar libremente mi hija, teniéndola en mi compañía; porque mi tio, que aun vivia, amaba tanto á su sobrinito, que me habria ex-

heredado, á saber que debia partir algun dia sus bienes y los mios, con una hija mia, fruto precioso de un amor infeliz. Puse pues á Luisita en una casa de pensionistas, baxo un nombre supuesto; y quando llegó á sus diez y seis años, la pasé á poder de una viuda amiga mia, que cuidó de ella como si fuera hija suya. Temiendo la indiscrecion de mi Luisa, nunca la habia manifestado que yo era su padre, y pasaba á sus ojos por un protector suyo y de sus padres, cuyos nombres y suerte ignoraba la pobre muchacha. Para evitár sospechas la veia muy

pocas veces, y todo iba en esta parte muy á mi gusto; pero en mi casa no era feliz. Mi hijo anunciaba ya que seria muy mal sujeto: mimado sobremanera por su abuelo, despreciaba mi autoridad, y se complacia en jugarme pasadas, demasiado fuertes para su edad. Quando tuvo diez y ocho años, le domináron las pasiones; yo no le daba el dinero suficiente para satisfacerlas, pero él me lo robaba; y si yo lo advertia y lo reprehendia, se ponia furioso. Entre otros un dia me dió mucho que sentir, y le dixe que le haria sufrir todo el peso de mi enojo; pero el tal ca-

ballerito tuvo atrevimiento de amenazarme con que sentaria plaza para vengarse: y en efecto, lo hizo creyendo darme mas que sentir por este medio: pero se equivocó mucho, porque me fué muy lisongero el desembarazarme de un pícaro con quien no podia hacer carrera; y quando ya arrepentido y lloroso vino á suplicarme le alcanzase la libertad, no quise hacerlo, y le precisé á que siguiera su destino. Yo estaba persuadido que estaba muy léjos de mí; pero su abuelo le habia libertado, y, lo que era peor, detestaba delante de su nieto lo que ambos llamaban

dureza y crueldad mia. Supe esta necedad en una visita que hice á su abuelo, porque al entrar ví un jóven que apénas llegó á verme se escondió en un gabinete; mas ya yo habia conocido quién era. Seriamente reprehendí al anciano su condescendencia, y me entregó el muchacho, saliendo garante de su docilidad y buena conducta en lo sucesivo.

Efectivamente durante algun tiempo adiniré su mutacion: era ménos aturdido, ménos disipado, y noté que andaba triste, suspirando á cada punto, y muy pensativo; de lo que inferí que le dominaba alguna pasion oculta: no

podia dudar que amaba, ¿pero á quién? Muchas veces le alababa su conducta, y le preguntaba sobre el estado de su corazon; á lo que me respondia que el matrimonio era únicamente lo que podia fixarlo. Pues bien, le dixe, yo te buscaré algúna jóven amable que pueda, segun tus circunstancias, ser digna compañera tuya; pero él, al oir esto, volvia á otro lado la cabeza, y se quitaba de mi presencia. Le propuse varios partidos ventajosísimos que desechó. Indignado de esta indiferencia hácia un estado que él mismo decia convenirle, le reprehendí severísimamen-

te, y le aseguré que si estaba apasionado por alguna persona indigna de su mano, nunca obtendria mi consentimiento para casarse. Conocia yo á fondo la poca delicadeza de mi hijo, y sabia que era capaz de unirse con qualquiera de estas desgraciadas mugeres de costumbres perdidas, cuya sociedad hacia mucho tiempo que no le era desconocida: no me volvió, ni yo volví á hablarle de establecimiento; pero se estaba fuera de casa dias enteros, y una gran parte de las noches. Era mas dulce, mas sumiso y respetuoso; pero disipadísimo, y sobre todo muy re-

servado. Quando yo estaba discurriendo medios para saber lo que le traia tan distraido, me hallé con una esquela de mi suegro, en que me decia fuese á verlo para tratar de un asunto muy importante. Al punto fuí á su casa, donde quedé atónito de hallar un notario ocupado en extender unos contratos matrimoniales.

Lo mismo fué entrar que mi suegro, con tono colérico, me dixo: ¿no os habia yo prevenido mil veces que lo errabais en tratar con tanto rigor á vuestro hijo? ¡bellas resultas ha producido vuestra crueldad! — ¿Pues qué ha hecho

de nuevo? — Á la verdad que si yo no fuera tan bueno como soy, daria al diablo toda vuestra familia, que no me da si no pesadumbres: pero he perdonado todo, y aun he prometido que vos tambien perdonariais y consentiriais en todo; y es forzoso dexarme bien puesto. — Pero, señor, ¿qué he de perdonar? ¿qué he de consentir? — Habeis de consentir en un matrimonio pronto para salvar el honor de una niña bellísima y de muy buenas prendas. — ¿De una niña? explicaos. — La ha robado. — ¿Quién? — Mi nieto. — ¿Cómo? — ¿No oís que vuestro

hijo esta misma noche ha robado de su casa una muchacha muy hermosa? — ¡Y bien!.. — ¡Y bien! es preciso casarlos: yo no creo que haya otro medio para evitar el escándalo, y proceder conforme á los buenos principios. — ¿Pero quién es esa muger? — Es una jóven... vaya, es preciosa: se ha arrojado llorando á mis pies, y me ha llamado su padre, su libertador, su protector, y qué se yo... El bribon bien sabia lo que hacia, trayéndola á mi casa, y no á la vuestra. — ¿Pero cómo ha pasado todo esto? — Ciertamente que yo ya lo sabia, no puedo ne-

garlo. Hace mas de dos meses que mi nieto me dixo que estaba enamorado de la criatura mas bella de todo el mundo ; pero como no tiene bienes ni familia conocida , le puse por delante que no podia soñar en casarse con ella , y que no os hablase nada en esta materia ; pero él no se ha detenido en nada , y esta mañana me la ha traido : ¡es cierto que tiene la cara mas linda !.. ¡unos ojos!.. ¡unos labios!.. Por cierto que aunque tan anciano, todavia soy sensible al aspecto de las gracias. Me he enternecido ; y el bribonzuelo ha jurado que se mataria si hoy mismo no se casa-

ba con su Dulcinea. Yo se lo he prometido, y por tanto os llamo para que firmeis los contratos. — ¿Pero sin verla?.. — Nunca se atreverá á presentarse á vuestros ojos sin que se pueda llamar nuera vuestra. — ¿Y por qué? — Ya sabreis los motivos. — ¿Pero su nombre, su estado, su conducta, sus parientes? — Yo estoy bien informado de todo, y esto basta. — Sin embargo... — ¿Qué sin embargo? me teneis por tan poco juicioso, que quisiera introducir en vuestra casa á quien no lo mereciese? ¿soy algun majadero, algun insensato? — No digo

yo eso ; pero si conociese á esa señorita , si la viese , si la hablase.... — No tratamos de eso : ¿ quereis hacer venturoso á vuestro hijo? ¿ Qué importa que la muchacha no tenga bienes ? Yo tengo sobrados para todos ; y desde luego doto en veinte mil libras á esta criatura, que tanto me ha interesado ; y á mas de esto , señalo á los dos para su manutencion mil escudos annales si consentis en su matrimonio; y despues de mi muerte heredarán quanto tengo : ¿ qué tal? parece que no os desagrada la proposicion ; no es mal partido por una simple firma. — ¿ Pero quándo

se ha visto que un padre case á su hijo sin saber con quién? — Pero, pero... ¡válgame Dios! No he visto hombre mas duro y desconfiado. Ea pues, ó firmar el contrato, ó reñimos para siempre. — Ciertamente señor... veo que estais ciego con mi hijo. — No estoy ciego con vuestro hijo, sino con su muger: ¡qué gracia! ¡qué modestia! ¡ah! seremos demasiado felices poseyendo semejante tesoro.

En otra situacion me hubiera reido del entusiasmo de mi suegro; pero el buen hombre estaba alargándome la pluma, sin cesar de instarme para que firmase el con-

trato, ni permitirme que viese la firma de la novia. Sin cesar me repetia las sonoras voces de herencia, escudos, miles... en fin, me resolví, reflexîonando que si la nuera no me convenia, la despediria de mi casa, y ella y su marido se irian á vivir con su abuelo; y aunque en este caso, decia yo, no veré mas á mi hijo, viviré seguro de su fortuna, y nunca podrá culparme de haberle reducido á la miseria. Está muy bien, dixe por fin á mi suegro; firmo ciegamente el contrato; y celebro daros esta prueba mas de mi sumision y confianza.

Firmé, pues; y el viejo, lleno

de regocijo, me abrazó, me hizo mil caricias, y añadió: ahora que ya no podeis desdeciros, sabed que conoceis á la señorita. — ¿La conozco? — Sí por cierto; y se os han ocultado su presencia, y aun su nombre porque no se hubiera atrevido jamas á presentarse á vuestros ojos, despues de haberse dexado robar por un jóven... ¡pero si se quieren!... ¿qué podia resultar? Ahora la vereis, y quedareis pasmado con la agradable sorpresa que voy á proporcionaros. Venid acá, muchachos, venid á besar los pies á vuestro padre.

Abrióse entónces una puerta, y





De todos es el errar;
Pero de cuerdos ha sido
De un error ya cometido
Las consegüencias cortar:
El que llegue á abandonar
Un cuidado tan preciso,
No se quexe; pues que quiso
No ser de su bien zeloso,
Y tolere lo penoso
Por lo que tuvo de omiso.

F. Suria lo f.

mi hijo corrió precipitado á mis brazos, juntamente con una jóven que exclamó: ¡mi digno bienhechor! ¿me perdonais el haberme atrevido á ser hija vuestra? El rayo, que cae á los pies del descuidado caminante, no le causa revolucion tan fuerte como la que en mí produxo la vista de esta jóven, que era mi verdadera hija Luisa. — ¡Cielos! dixe: ¡mi hija! — Seguramente que ahora lo es, dixo mi suegro muy regocijado; y yo le contesté: ¿Qué habeis hecho? ¿sabeis quién es esta jóven? ¿sabeis qué esposa dais á mi hijo? su misma hermana. —— ¡Su herma-

na! —— Sí, su hermana, hija de un amor infeliz, y á la que he educado ocultamente.

Todos quedáron petrificados; yo conté sucintamente la historia de mis amores con Luisa de Volange, y los motivos que me obligáron á ocultar el fruto de mis amores, con que todos quedáron nuevamente confundidos. Mi hija lloraba, mi hijo estaba desesperado, y mi suegro se extremecia de horror, porque el mal no podia remediarse, sino con el matrimonio y este era inverificable; pero en vez de consolarme me llenó de injurias, y cambiando de repente en

odio todo su amor al nieto, se retiró diciendo: huid de esta casa, nunca volvais á ella, ni espereis de mí el mas leve socorro. Salí pues de casa de mi suegro con mis hijos; y á la mañana siguiente supe que habia hecho testamento, disponiendo de todos sus bienes en favor de una hija que tenia casada en América. No fué solo este el mal que hizo, si no que refirió el caso á mi tio, que se hallaba en cama hacia algunos meses; y éste, que era un fanático, me desheredó, fundando con sus bienes una obra pia. Extendióse la noticia del caso, lo qual me causó graves disgustos. Yo

no me atrevia á tener juntos en una casa á mis hijos; pero ántes que yo tomára providencia en esta parte, la tomó mi hijo robándome quanto pudo, que fué mucho, y desapareciendo una noche, sin que jamas haya vuelto á saber de él. Así que él huyó mi suegro reclamó el dote de su hija, y me implicó en un proceso dispendioso, que perdí. Entretanto mi hija, consumida por la pasion que alimentaba, cayó en tal languidez, que á pocos meses la arrojó al sepulcro. Vime solo en el mundo, enfermo, y casi enteramente arruinado. Finalmente vendí lo poco que me quedaba, y con

el producto me formé una corta renta vitalicia, con la que á duras penas subsisto. En el tiempo de mis trabajos los únicos que me consoláron fuéron Mr. y Madama Leclerc, á quienes estaré eternamente agradecido. Ved aquí, hijos mios, los dolorosos sucesos que me han llenado de amargura, y casi de miseria. Un hijo desnaturalizado, un suegro rico y un tio caprichudo han causado todos mis tormentos: conseqüencias bien merecidas de mis juveniles excesos, que nos han hecho infelices á Luisa Volange, á su hija, á mi hijo y á mí. El vicio nunca puede ser

largo tiempo feliz; es preciso que mas ó menos tarde reciba justo castigo. Sigamos pues el camino de la virtud. Amemos; pero á vista y direccion de nuestros padres, y con un objeto legítimo.

Volvióse Mr. Lucas á casa de Mr. Leclerc, despues de haber hecho esta relacion de las desgracias de su vida. Nuestros jóvenes, que habian quedado solos con su padre, habláron largo tiempo de esta historia, que los habia llenado de horror. Con este motivo le tomó Palemon para deplorar la suerte de las jóvenes imprudentes que como Luisa de Volange, sin

noticia de sus padres entregan su corazon á seductores que las deshonran ; recargó el quadro de un mal hijo , y de la debilidad culpable de un padre ó de un tio preocupado; en una palabra , su excelente moraral dulce y sin sequedad , hizo una profunda impresion en sus jóvenes oyentes , que se propusiéron revelarle en adelante hasta sus mas mínimos pensamientos. En la tarde siguiente veremos el efecto que produxo en ellos la historia que se acaba de leer ; pero ántes de concluir esta tarde , debo añadir una cosa, que sin duda será muy agradable á mis lectores.

Antes que se retirasen del terrazo, Marcela traxo á Palemon una carta que leyó en alta voz y decia así.

Amigo mio: al fin puedo comunicaros una noticia que os será gustosa, atendido el interes que repetidas veces me habeis manifestado. He descubierto al hombre invisible, mi bienhechor, mi tirano, como quisiereis llamarle, que me causaba tantas inquietudes. Ahora me hallo tranquilo y feliz; pero no puede haber historia mas interesante que la mia, añadiéndola lo que os falta que saber. Al instante que haya concluido al-

gunos negocios que me ocupan iré á veros, y á presencia de vuestra hermosa familia referiré las maravillosas aventuras que me han sucedido desde nuestra última visita. Abrazad en mi nombre á vuestros hijos, y esperadme á lo mas dentro de diez dias. Longchamps.

No es creible la alegría que causó á nuestros muchachos la lectura de esta carta. Mucho les habia entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leido en el tercer tomo de esta obra; y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometia: ¿era necesario otro estímulo para picar su

curiosidad ? Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Longchamps, que no tardará mucho ; y entretanto oigamos una sesion que tuviéron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como ellos.

TARDE XLIX.

LA SUMISION.

Conferencia de los tres amantes.

Por la mañana envió Armando á llamar á su quarto á Benito, Julio y Leon á quienes hizo sentar, y tratándolos como un hombre que sabe hacer los honores de su casa, les dixo: Os he reunido, hermanos mios, en mi quarto, para tomar vuestro parecer en un asunto muy importante. Toda la noche he estado pensando en la

historia de Mr. Lucas, así como en otras que se nos han referido hace algun tiempo. En todas he visto padres infelices, ó jóvenes desgraciados por falta de sumision y confianza; he visto amantes quererse y casarse sin noticia de sus padres, y suscitarse así eternos pesares; he visto padres y madres, que sin ocultárseles la inclinacion de sus hijos, han querido sacrificarlos á unos objetos que no podian amar, y que estos padres han experimentado mil infortunios. En una palabra: he visto que en todos los sucesos de la vida se mezclan el orgullo, la falta de inteligencia, la

vanidad, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de flaqueza y comunicacion. Reflexîonando pues sobre mí y sobre vosotros, he dicho para mí: ¿no nos podria suceder á nosotros lo mismo? y el exemplo de otros ¿no ha de ser suficiente para que arreglemos nuestra conducta? Nosotros somos amantes, y padre lo ignora. ¿Quién sabe lo que piensa acerca de nosotros? ¿quién puede penetrar sus intenciones en órden á nuestro destino? ¿no puede elegirnos esposas segun su gusto, sus facultades, y las relaciones sociales, y hacernos tal vez desgracia-

dos? Quando el amor haya dominado nuestros corazones, ya no tendremos tiempo para vencerlo; y si entónces decimos á padre que ya tenemos hecha nuestra eleccion, ¿estamos seguros de que merecerá su aprobacion? ¿no nos denostará nuestra poca confianza? ¿quién nos dirá que el nuestro es conforme al suyo? ¿debemos confiar porque nada nos dice al vernos tan obsequiosos y galantes con las que amamos? Muy bien puede ver todo esto con indiferencia, y atribuirlo todo á una franca y simple amistad. ¡Quál seria nuestro dolor si trastornásemos sus proyectos, si

se opusiese á nuestras inclinaciones, y si perdiésemos su estimacion, ternura y confianza por no haberle consultado! Así es que, en mi concepto, no debemos esperar á que, para manifestar el amor, nos hallamos en la imposibilidad de despedirlo de nuestros corazones. Todavia no es tan poderoso que no podamos vencerlo, aunque nos cueste algun trabajo. Vamos pues al quarto de papá; confiémosle nuestros sentimientos; y si los aprueba, nos podremos entregar libremente á sus impulsos, y estaremos ciertos de ser dichosos: si por el contrario, re-

prueba nuestros afectos, procurarémos vencerlos, y evitarémos las desdichas que pudieran sobrevenirnos. Á mas de que en este último caso, nos dará razones fuertes, convincentes y capaces de hacernos mudar de pensamientos; y aprobará nuestra docilidad, viendo que nos aprovechamos de las sábias lecciones que nos da, y de los útiles exemplos que pone á nuestra vista, y así nos amará, si ser puede, mucho mas. Tal es mi parecer, yo amo á Enriqueta; Julio á mi hermana; y creo que no es insensible á las gracias y talento de Rosalía. Pienso que sin

decir nada á nuestras queridas, debemos subir al gavinete de papá, y consultarle sobre el estado de nuestros corazones: ya no somos unos niños á quienes puede serles desconocida la idea del amor; entramos ya en la carrera de los hombres, tenemos pechos sensibles, y los desahogamos en el seno de nuestro mejor amigo: ¿podria enojarle esta confianza? Benito todavia conserva su indiferencia, pero nos acompañará; porque podrán servirle para lo futuro los sábios consejos que sin duda nos dará papá, y aun me parece que por la misma razon de

no tener pasion decidida, debe Benito ser el que hable en nombre de todos.

Muy bien pensado, dixo Leon; adopto el pensamiento: por este medio ó somos enteramente felices, ó precavemos infinitas desgracias: estoy pronto á hacer una sincera confesion de mi amor á Rosalía; pues aunque no la he visto mas de una vez, creo que la amaré eternamente.

Yo tengo mas miedo que vosotros, dixo el enamorado Julio: tengo motivos para temer la justa severidad de vuestro padre; pues siendo un miserable huérfa-

no, que carezco de todo, me he atrevido á amar la hija de mi bienhechor. Os aseguro que tiemblo de hacer esta confesion, que puede privarme de la ternura y de las bondades del hombre mas generoso. Sin embargo, si le dexo ignorar mis sentimientos, abuso de su confianza y del derecho de la hospitalidad; y si reprueba mi pasion, necesariamente habré de incurrir en su indignacion: pero, á pesar de mis temores, admito el proyecto de Armando; mas no me atreveré nunca á hablar, ni á sufrir las miradas del virtuoso Palemon, si advierto en ellas alguna

severidad. Temo... algo le he dado á entender de mi ternura en cierta ocasion... mas no importa...

Yo hablaré por todos, dixo Benito; yo soy intrépido, y no tengo pasion alguna; no suspiro como vosotros; y así acepto el encargo de orador que me encomendais: apruebo vuestro designio, y tengo por seguro el buen éxito; con que no hay sino manos á la obra, y, como dice el refran, el mal camino pasarlo luego. No dexemos enfriar la intencion; vamos en seguida á ponerla en práctica. Vamos, responden todos, y suben á la

estancia de Palemon. El anciano queda atónito al presentársele esta diputacion: los mira con cierta inquietud y seriedad que llena de recelos á los tres amantes: tiemblan sus rodillas; su corazon late apresuradamente, y se arrepienten de su determinacion. Pero no hay remedio para volver atras; y á mas de esto, el orador Benito está determinado á divulgar el secreto cumpliendo su comision. ¿Qué es, dixo Palemon á sus hijos, lo que me proporciona la satisfaccion de veros reunidos en mi quarto? — Yo os lo diré, respondió Beni-

to: me halló encargado por mis hermanos de mirar por sus intereses; y debo cumplir la promesa que les he hecho de ser su abogado en vuestro tribunal. — ¿Qué es eso de abogado? ¿pues qué tienen que pedirme? vamos, vamos, es forzoso sentarse; y vos, señor abogado, exponed lo que gustareis.

Los muchachos se sientan, y Benito en pie, dice de esta suerte: hay, padre mio, cierta edad en que el hombre, saliendo de la infancia, se arroja con ardor á las pasiones y placeres, comunes á todos los hombres y en todo

tiempo. Semejante á la flor temprana, que desplegando el capullo que la encierra, se desarrolla, desplegando sus hermosas hojas, y llevando en su seno el germen que debe convertirla en grano productor, el hombre se desembaraza de las fajas de la infancia, crece, se fortifica, y en fin llega á ser un padre de familia: mas para que sea virtuoso y estimable, es preciso que tome el dictámen de sus superiores; que sea dócil á sus lecciones; que les manifieste sus mas secretos pensamientos; y que arregle su conducta conforme á la voluntad de

aquellos. La flor no llegará á ser hermosa sin el auxilio del jardinero; y los hijos no adquieren virtudes sino con el socorro de la educacion que reciben de sus padres. En fin... el hombre... la flor... son... son...

Dexa tu hombre y tu flor, interrumpió Palemon sonriénse; no te andes con frases estudiadas, y vamos al caso. Benito, algo turbado, continuó así: quando se posee un padre tan bueno y respetable como el que tenemos nosotros, no le debemos ocultar nada de lo que sentimos, para que arregle nuestros afectos acerca del

estado que querrá darnos algun dia. Esto es lo que empeña á mis hermanos á confesaros, por mi voz, el amor que los inflama á los tres respecto de unos objetos, dignos al parecer, de toda su aficion, pero que dexarán de amar si os oponeis á los esfuerzos de su naciente afecto. — ¡Ola! ¡ola! ¿con qué me venis á hablar de vuestros amores? Tempranito es, amigos mios; todavia sois muy muchachos: pero con todo exâminemos el asunto: ¿con qué los tres estais enamorados? ¿no es esto? quiero decir, que Leon, Armando y Julio son los amantes; ¿y

no sabremos quiénes son las señoras? — Padre mio... — Calla, Benito; déxame preguntar separadamente á nuestros amantes. Acércate, Armando; dime francamente ¿á quién amas? Armando temblando respondió: amo á Enriqueta, porque me parece que es muy digna de inflamar un corazon amigo de la inocencia, candor y virtud. — Yo lo creo; pero ya sabes que Enriqueta es pobre: ¿cómo la has de mantener? — Yo espero, ayudado de vuestros consejos, establecerme de modo que pueda cumplir con mis obligaciones. — ¿Y en qué clase? —

Me parece que varias veces me habeis dicho, que una cátedra de matemática seria lo que mas me conviniese. — Pero es menester obtenerla, y aun no tienes diez y nueve años. — Pero si con el tiempo tengo la felicidad de alcanzarla, ¿aprobareis entónces que Enriqueta sea mi esposa? — No has hecho mas que adivinar mi deseo: mi mayor gusto será verte unido con Enriqueta, si ella no tiene aversion. — No señor, bien al contrario. — ¡Bravo! ¡he aquí un *bien al contrario muy significativo*! Pero en fin, si os amais, como lo presumo, tened esperanza; pe-

ro, hijo mio, cuidado que entretanto el amor no te haga alvidar tus estudios: aplícate mucho, y verémos: vamos á otro. Llégate, mi amado Julio; háblame sin timidez; dime, ¿quién es la persona que ha podido enamorar un corazon tan jóven como el tuyo? ¿titubeas? ¿no sabes el amor que te profeso, y que justamente mereces por tu amable carácter?

Julio está confundido, y no se atreve á hablar. Palemon lo conoce, y estima mas al muchacho, a quien dice: ¿no quieres confiarme tu secreto? ¿será preciso que yo lo adivine, y te diga que Adela

puede ser la que has elegido? — Ah padre mio! sin duda vais á castigarme por temerario. — ¿Castigarte, amigo mio? de esta manera, *le abraza*. Sé siempre bueno, confiado, honrado y sensible, y alcanzarás la posesion de Adela; pero no será mañana, como desde luego lo puedes considerar. Trabaja, sé laborioso, adquiere con la edad conocimientos en la agricultura: y algun dia sabrás mis pensamientos en órden á tí, y á mi hija que será tu esposa. — ¡Qué exceso de bondad! ¡de quán enorme peso me hallo libre! — Ese es el premio de tu franqueza

y modestia. Siéntate junto á tu hermano Armando, y apreciad la dicha de haber consultado á vuestro padre, que nunca querrá sino que seais muy dichosos. Vaya; señor Leon, á usted le toca el turno: sepamos qual es la musa que ha podido enternecer á nuestro Anacreonte; á nadie veo por aquí; y me parece que Marcela no será tu Clori ó tu Fenisa.

Sonrióse Leon, y dixo á su padre: mi Clori, ó como quisiereis llamarla, no habita en esta casa. Sola una vez la he visto, y juro que la amaré toda mi vida. — ¡Buen jurar es! ¿y podré jurar yo

dártela algun dia por esposa? digo algun dia, porque mucho tiene que esperar un amante de quince años. — Bien sé que soy todavia un niño; pero vos me habeis enseñado á pensar, y la razon y sensibilidad se han adelantado á mi edad. — Ya veo que eres muy precoz: ¿y la señorita?... — La prima de Emiliano. — ¡Ola! ¿la bella Rosalía? no, no te falta talento para escoger; pero, amigo, en quanto á esto, nada seguro puedo prometerte; yo no puedo disponer de Rosalía; su suerte depende de sus tios, que son muy ricos, y acaso tendrán

ya preparado algun casamiento distinguido para su sobrina. Ni aun estoy seguro de que vuelvas á verla; vive en París; y sus padres tal vez no volverán por estas campiñas; yo no puedo hacer viages; y tú, sin mí, no puedes ir á París sin mas objeto que el de ver á tu querida. Sin embargo, no te desconsueles, pues te prometo hacer todos mis esfuerzos para que, dentro de algunos dias, tengas una respuesta favorable. Escribiré á Mr. Leclerc, le pintaré tu tierno afecto, y le empeñaré á que averigue en que disposicion se halla Rosalía respecto de tí; y

si ésta te favorece, no dudo que su tio prefiera mi alianza á todas, y entónces veremos; pero han de pasar todavia algunos años, y el tiempo altera mucho las resoluciones. Espera entretanto, y cree que tu padre no lleva á mal que hayas puesto tu corazon en una jóven que lo merece, así por sus gracias, como por su talento y educacion. Me parece que ya no hay mas á quienes consolar, pues de Benito creo que no tiene que hacerme confianza alguna; ¿no es así? — Sí señor. — ¡O! ya sé yo que tú prefieres á todo tus diversiones y juegos; y á la verdad

me alegro; y aun desearia que tus hermanos hubieran esperado á que la edad sazonase su razon para convertirse entónces y no ántes en héroes de novela; pero el corazon no entiende de preceptos, y se adelanta á la madurez y al juicio. Sé siempre el mismo, amado Benito, conserva tu indiferencia, pues así te verás en disposicion de poder algun dia elegir mejor que tus hermanos: porque quando hermosura y riquezas se encuentran reunidas, son preferibles á las gracias solas. ¡ Es una terrible carga la que toma sobre sí el hombre que casa con muger pobre! Es preciso que desde

luego trabaje para dos, y despues para tres, cinco ó mas, si llega á ser padre de familia. Todo cae sobre él en quanto á cargos é inquietudes del gobierno de la casa, y sucede con demasiada freqüencia que quando se han satisfecho los deseos, y desvanecido las primeras impresiones del amor, el hombre se desalienta, se arruina, maltrata á su muger, y la echa en cara su falta de bienes. Este es un proceder indigno de un hombre honrado; y así espero que nunca le tendrá Armando con Enriqueta, porque todavia está á tiempo, y si la quiere, como dice,

debe siempre cuidar de hacerla feliz.

Yo celebro con mucha satisfaccion que me hayais elegido por confidente vuestro; esto me dice que soy mas amigo vuestro que padre; y ya veis si he correspondido dignamente á vuestra confianza. Sin embargo, no puedo disimularos el que me parece hay mas exâltacion en vuestras cabezas, que amor verdadero en vuestros corazones; y temo que esto sea resulta de las muchas historias que se os han referido de algun tiempo á esta parte. Habeis oido hablar de amor, y estais per-

suadidos á que le sentis. Sois demasiado jóvenes para sentir ya esta pasion, que no se apodera del alma, si no quando la fuerza del cuerpo puede alimentarla. Es preciso ser hombre y estar enteramente formado para entregarse á una pasion de puro entusiasmo y sensibilidad. Sea lo que fuere, lo cierto es que haceis de amantes como los que mas; quiero creer que lo sois efectivamente; pero en este caso, y qualesquiera que sean las esperanzas que os he dado, os encargo mucha delicadeza, atenciones y honor en vuestra conducta respecto de las jóvenes á quienes amais. Pen-

sad que su pudor y honestidad son unos tesoros que debeis cuidar con el mayor escrupulo; y que la providad y honradez os conservarán unas esposas virtuosas, y unas compañeras apreciables. Os prohibo con todo rigor que sepan nuestra conversacion Adela y Enriqueta, ni que me habeis confiado vuestra mútua inteligencia, y mucho ménos el que yo la he aprobado. Contentaos con alimentar una esperanza que no debeis darles á ellas, por mil razones que vuestra edad y mi carácter me impiden particularizar. Guardar secreto, repito, sobre vuestra resolucion; y

nada altereis del respeto y atencion que debeis á dos personas, que por razon de su sexô y juventud debeis amar recatada y silenciosamente. Venid ahora á recibir en los brazos de vuestro padre el premio de la confianza que le habeis hecho, y que es la mas lisongera recompensa de la buena educacion y cuidados que os he prodigado.

Todos ellos corriéron á abrazar á su padre con la mayor efusion de sus almas; y se retiráron encantados de su buen recibimiento, y del partido que habian tomado. ¡Vease aquí, decian, lo que es

un buen padre! él anima á sus hijos, estos desahogan en su generoso corazon sus mas secretos pensamientos; y de esta tierna confianza nace la felicidad de toda una familia.

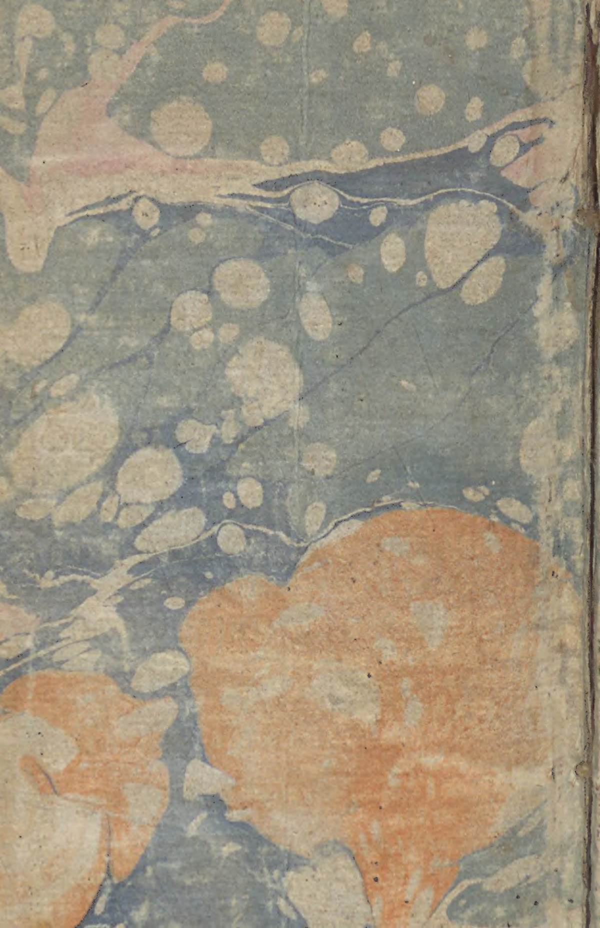
¡Buenos jóvenes! ¡el cielo quiera que vuestra conducta franca y noble tenga muchos imitadores!

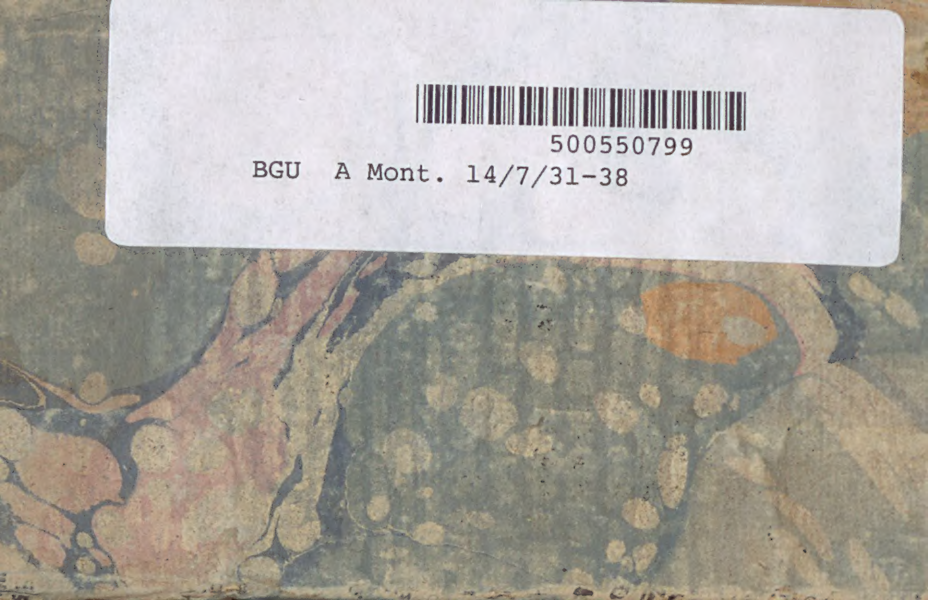
Locos de contento por verse autorizados por Palemon, Armando, y Julio fuéron á coger flores para Enriqueta y Adela, deseando por instantes verlas con qualquiera pretexto. Brillaba en sus ojos la alegría; eran mas galantes, mas tiernos y mas apasionados, pero, fie-

les á las órdenes de su padre, nada las dixéron de lo tratado, y ellas admitiéron la fineza de las flores con la mayor complacencia.

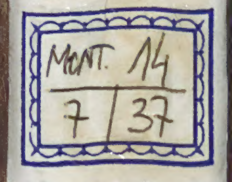
Este fué dia de descanso; hubo paseo y merienda en el campo, no faltó un poco de bayle; y en fin llegada la hora de recogerse, fuéron todos á disfrutar de un sueño lleno de agradables imágenes. Todos se hallaban felices; Palemon por tener unos hijos tan dignos de su amor, y estos por tener un padre tan lleno de bondad y de ternura.







TARDES
DE LA
GRANJA





colorchecker CLASSIC
calibrite
mm